

EL ESPAÑOL

2'50
Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 10 - 16 abril 1955 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Época - Número 33

BANDERIN DE ENGANCHI PARA LOS MAS VALIENTES

PARACAIDISTAS

ESCALADORES

HOMBRES - RAN

**EL EJERCITO ESPAÑO
PUESTO AL DIA**

**ESPIRITU DEPORTIVO PA
LA EPICACIA MILITAR**



UELVE A ESCENA EL CASO MONTESI

Por Enrique Ruiz García (pág. 50)

CARTA DEL DIRECTOR A DON JOSE FELIX DE LEQUERICA (pág. 12)

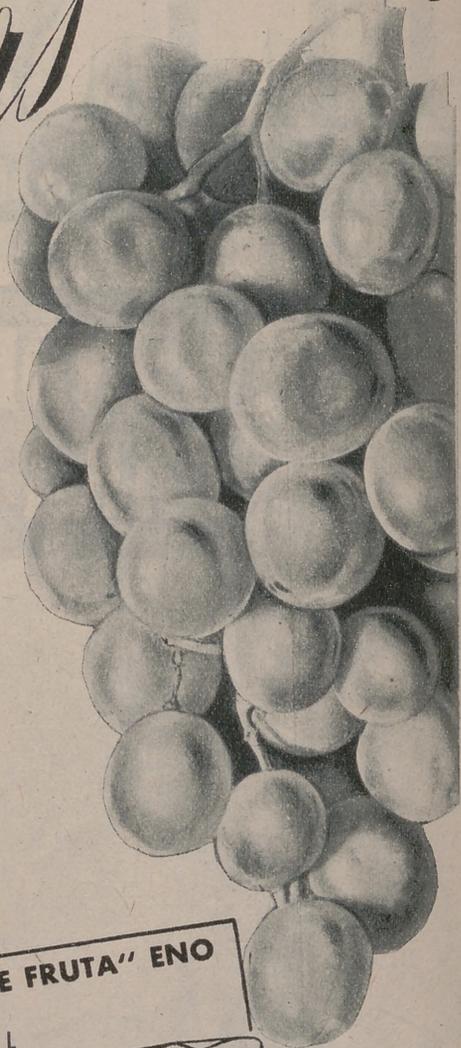
Monografía, eslava va a ser expuesta en Madrid (pá-
13) * El I Certamen Nacional de habaneras se celebra
en Torrevieja, del 7 al 14 de agosto, por M. Jesús Eche-
ría (pág. 17). * Cartas desde el Sur de Francia, por
José Pool Girbal (pág. 22). * Barcelona regala palomas
a toda España, por Eduardo García-Corredera (pá-
26). * Espléndido porvenir del puerto interior de Se-
por el marqués de Contadero (pág. 30). * Ocho mil
de espectáculos, por Antonio Cuevas (pág. 32) * En-
ta con Luis Antonio de Vega (pág. 44). * El fabuloso
ard Jerome, por Anita Leslie (página 47). * Entrevista
con Miguel Mihura (pág. 55)

BURLA NEGRA, novela por José María Castrovieja
(pág. 36)

Cura de uvas

EN PRIMAVERA

Es el momento de practicarla. No desaproveche la temporada. "Sal de Fruta" ENO es un depurativo suave, eficaz y agradable. Regula la fisiología y contribuye a corregir las molestias derivadas de la dinámica vida actual. Contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las propiedades de la fruta fresca y madura.



INDICACIONES DE LA "SAL DE FRUTA" ENO

- MALESTAR GENERAL
- DESARREGLOS DIGESTIVOS
- INSUFICIENCIA HEPÁTICA
- ESTREÑIMIENTO
- ARTRITISMO
- INAPETENCIA
- INSOMNIO-JAQUECAS
- DESGANA-IMPUREZAS



"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS REGIST.

REGULA Y ENTONA EL ORGANISMO

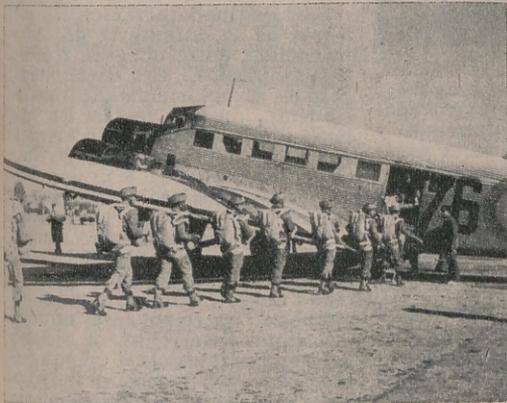
Concesionarios: FEDERICO BONET, S. A. - Infantas, 31 - Madrid

Adquiera el frasco grande. Resulta más económico

PARACAIDISTAS, ESCALADORES, HOMBRES-RANA

BANDERIN DE ENGANCHE PARA LOS MAS VALIENTES

EL EJERCITO ESPAÑOL PUESTO AL DIA



La más moderna técnica de guerra exige formas nuevas del valor militar y un entrenamiento y especialización de acuerdo con la más reciente experiencia guerrera. El hombre español ha recogido estas enseñanzas y las aplica en un entrenamiento deportivo y de paz, que es garantía de eficacia para un caso de guerra.

Zapadores anfibios («hombres-rana»), escaladores y grupos de destrucción y apoyo son unidades especiales de nuestra Infantería de Marina que, pese a encontrarse todavía en un período de tanteo y experimentación, puede decirse de ellas que tienen ya probada su necesidad y eficacia.

En cuanto a los paracaidistas del Ejército del Aire y del Ejército de Tierra, su eficacia y entrenamiento ha sido demostrado en suficientes ejercicios.

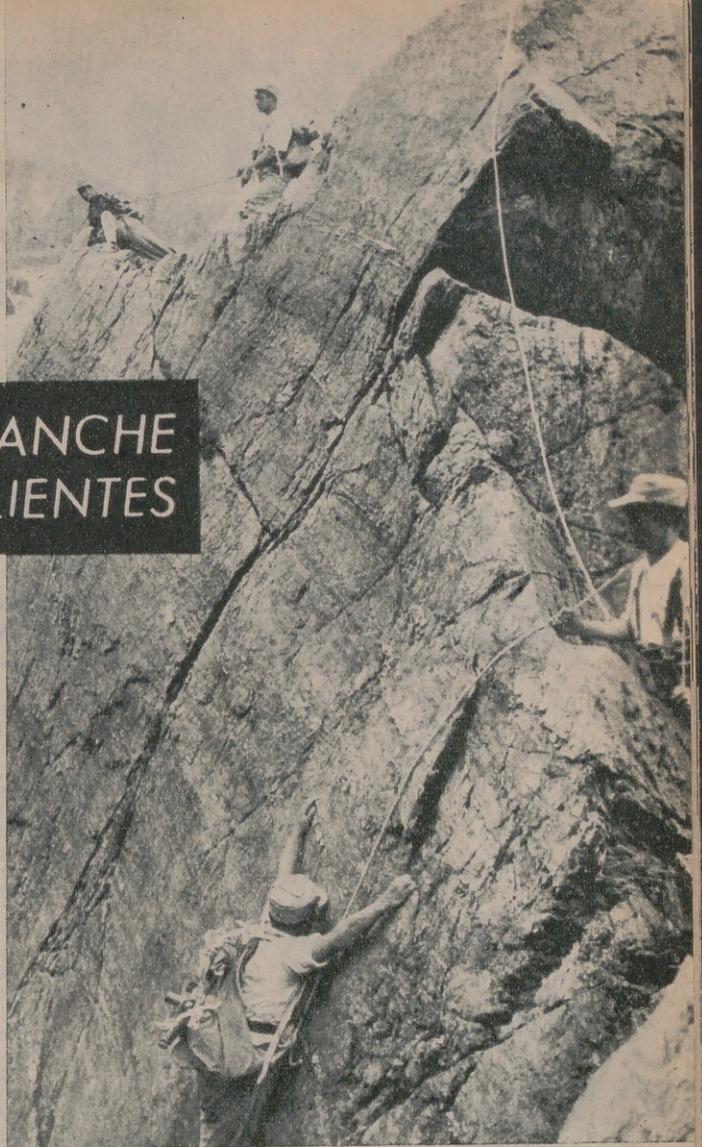
Estas unidades especiales se integran exclusivamente por voluntarios. Sus muchachos, una vez incorporados por reemplazos en la Infantería de Marina, en el Ejército del Aire o en las filas de las fuerzas de Infantería, solicitan la inscripción en esas unidades especiales, a cuya pertenencia no se puede obligar a nadie debido a posibles riesgos de su período de instrucción y entrenamiento.

No se puede obligar a un hom-

I z q u i e r d a :
Fuerzas paracaidistas suben al avión que ha de conducirles al punto donde verificarán el lanzamiento sobre el objetivo. Derecha: Escaladores en plena acción alcanzan la cota señalada por el Mando

bre a que nade autónomamente en la profundidad con un pulmón artificial a la espalda, ni a que desembarque frente a los acantilados que al salir del agua, debe escalar con la más perfecta técnica de alta montaña, ni a que salte atado a un paracaidas desde la altura. Es necesario que los hombres que forman las unidades especiales de asalto, además de reunir las condiciones físicas y el equilibrio psíquico necesarios, acepten voluntariamente la dureza y los riesgos posibles del entrenamiento deportivomilitar.

En el reciente desfile de la Victoria, los aplausos a las unidades especiales de asalto tuvieron un significado inconfundible de comprensión multitudinaria y popular de la gran importancia que esos soldados escogidos tienen en los Ejércitos modernos.



UN «HOMBRE-RANA» AL HABLA

Hemos hablado con algunos de esos soldados, cogidos aparte y por la calle. Todos ellos nos respondieron con esa sercillez de los sancos de cuerpo y espíritu. Parece que no existen fatuos ni presuntuosos en esas unidades especiales, en las que sus componentes podrían tener motivos ciertos para el aire de suficiencia.

Nos ha costado bastante dar con un zapador anfibio, con uno de esos soldados conocidos en la terminología vulgar como «hombres-rana», debido a que su uniforme de calle es idéntico al de los demás soldados de Infantería de Marina; pero, finalmente, dimos con uno de ellos, fijándonos especialmente en la letra B que, en la punta del cuello de la guerrera, indica su pertenencia al Tercio de Infantería de Marina de Baleares.

Creímos que los componentes de las unidades de zapadores anfibios eran en su inmensa mayoría, miembros de los Clubs náuticos y de las entidades deportivas

Distribución exclusiva de EL ESPAÑOL en la República Argentina:
QUEROMON EDITORES, S. R. L. :: Oro, 2.455 :: BUENOS AIRES

Distribución exclusiva en Méjico:
QUEROMON EDITORES, S. A. :: Revillagigedo, 25 :: MEJICO, D. F.



Los paracaidistas, en el interior del aparato, esperan la orden que ha de lanzarles al espacio



Ha llegado el momento esperado para la aventura. Desde la puerta se divisa un maravilloso paisaje



La salida del paracaidista es espectacular. Para ello se necesita un dominio completo y absoluto de los nervios

EN FILA, CON LOS «PIES DE PATO»

Tiempo más tarde, José Serra comienza a tener novia, y muchos sábados por la tarde falta a los ensayos del coro. Recibe, a causa de esto, varios avisos de la «colia», pero las relaciones no llegan a romperse, ni las de la novia, que trabaja en un obrador, ni las de la pequeña masa coral, en la que las sanciones se reducen a la no participación en ciertas paelas marineras que se organizan, unas veces en el local de los ensayos, y otras, en un merendero popular junto a la playa.

Una vez, nuestro hombre toma parte en la travesía a nado del puerto de Barcelona, y parece que no quedó mal en la prueba. Luego se compra unas aletas natatorias y más tarde unas gafas; al año siguiente, un fusil de arpon, y practica, durante los veranos, la pesca submarina.

Al ser llamado a filas, José Serra es destinado al Tercio de Baleares de la Infantería de Marina, donde, entre un gran número de aspirantes, es seleccionado, después de un meticuloso reconocimiento médico, entre los que pueden ser admitidos en las unidades de zapadores anfibios. Nuevo examen médico y prueba psiquiátrica, y los aspirantes quedan reducidos a una tercera parte.

Y ya tenemos a nuestro hombre en el campamento especial de los zapadores anfibios, donde practicará unas tablas especiales de gimnasia, especialmente estudiadas para desarrollar el sistema cardiorrespiratorio, así como a fortalecer el tren locomotor inferior. Se trata de un endurecimiento físico por el que se llega a excluir, casi totalmente, el peligro de calambres. El fortalecer preferentemente las extremidades inferiores es porque éstas se emplean preferentemente en los recorridos de superficie y de inmersión, cuando los zapadores anfibios llevan en las manos cargas explosivas.

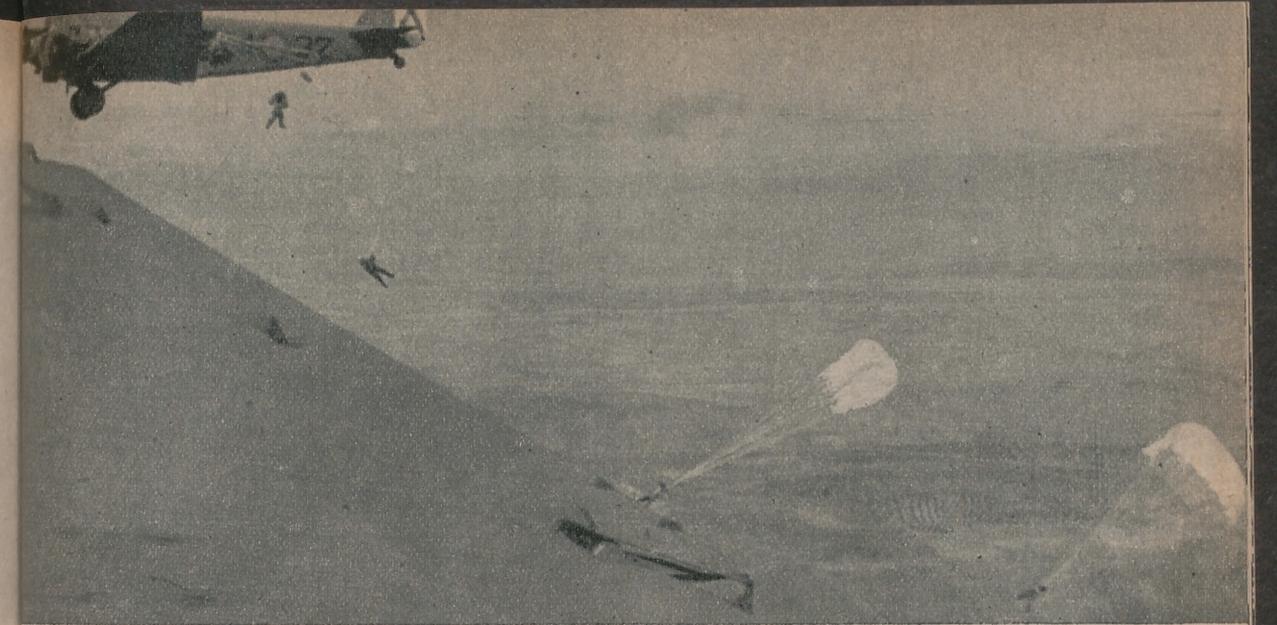
Luego vienen las clases de teoría y práctica. A la teoría se dedican dos horas diarias en el campamento, y en ellas se estudian materias topográficas y sobre corrientes, mareas, obstáculos ocultos y su demolición.

SERENIDAD Y VALOR BAJO EL AGUA

Las clases de teoría se alternan con los ejercicios prácticos, que, en un principio, son largos recorridos por la superficie, que llegan hasta los cuatro mil metros, sin que disminuyan las facultades del nadador. Después vienen los ejercicios de balsa y las prácticas de buceo hasta lograr que el soldado aumente su resistencia y se mueva bajo el agua con la misma seguridad que sobre ella y que en tierra. Luego el adiestramiento para el trabajo submarino y para el combate.

Un zapador anfibio debe tener espíritu de iniciativa, un sentido muy sensible de la orientación, un pleno dominio de la nerviosidad, en el que lleguen a dominarse, casi completamente, incluso los actos reflejos; ciertas cualidades intelectivas de coordinación y un valor tan reflexivo como sereno.

Como ese desenvolvimiento de cualidades espirituales y físicas no se puede improvisar, los hombres



seleccionados son sometidos a un meticuloso entrenamiento.

La unidad especial se subdivide en cuatro grupos de combate de cinco hombres cada uno. Al mando de cada grupo está un suboficial, mientras un oficial instructor manda cada dos grupos.

La mayor parte de los ejercicios tienen lugar durante la noche, ya que suele ser nocturna la sorpresa de los llamados «hombres-rana». A veces, unos turistas, a la luz de la luna, quedan sorprendidos por una formación perfecta de nadadores que atraviesan una cala en orden de combate, y preguntan qué extraño equipo deportivo es aquél, que demuestra un entrenamiento tan perfecto. Pero las gentes isleñas no se muestran muy predispuestas a satisfacer la curiosidad de los extranjeros respecto a la naturaleza militar de aquellos hombres que avanzan en la máxima posición de hundimiento del cuerpo en el agua y en una perfecta combinación de «crawl» y braza de pecho.

UN ESCUALO, ANTE LAS GAFAS

Son ellos que se preparan para rendir grandes servicios a su país en un caso de necesidad bélica. Parece no ser nada aquella formación perfecta de puntos que sobresalen del agua y que, a una señal, se sumergen todos a un tiempo para aparecer en un lugar señalado, y sin embargo, es muy importante para España ese entrenamiento deportivo en la noche luminosa de una cala mallorquina, mientras brillan las luces de la costa y se oye música de baile en las terrazas recargadas de turismo.

Uno de los peligros de esas largas excursiones por la superficie y en inmersión lo constituyen las «tintorerías», ese feroz escualo hembra con el que alguna vez se

El avión prosigue majestuosamente su vuelo lanzando al aire su carga humana

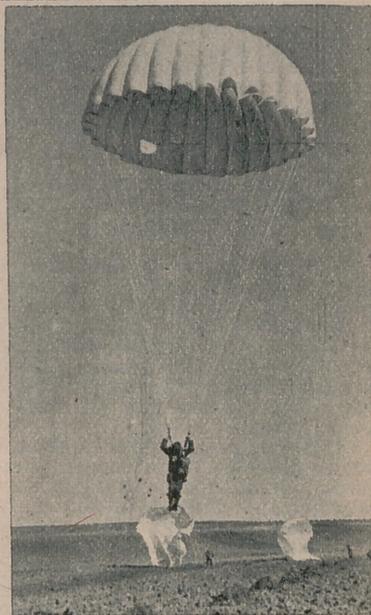
han casi tropezado nuestros zapadores-anfibios. Una vez pasó una «tintorería» a unos quince metros de distancia de dos «hombres-rana» de la base de la Illeta. En otra ocasión fué visto uno de esos escualos sujeta a la popa de un yate anclado. El muchacho que dió con ella supuso que estaba dormida y en libertad y aquel zapador anfibio, que no llevaba entonces el puñal, se supone que batió alguna marca de velocidad natatoria hasta llegar al islote en el que está situado el campamento.

En Illetas, José Serra, ha encontrado una gran camaradería. El riesgo de los ejercicios a gran profundidad y con el pulmón artificial y lo seleccionado y reducido de la fuerza ha hecho que se forme como una gran familia de los zapadores-anfibios en la que, sin quebranto de la disciplina, se vive en una sana camaradería militar en la que puede emplearse el estímulo positivo mucho más que la represión, que no es necesaria entre esos magníficos soldados.

PAELLA A LA MARINERA Y «DIENTE DE DRAGON»

En los alrededores del islote quedan ya muy pocos pulpos. Los zapadores-anfibios son también unos grandes provisos de su descomunal y bien nutrida paella a la marinera en la que los «dátiles» y moluscos hacen la competencia a los granos de arroz.

Esa paella a la marinera sirve de complementos al estudiado régimen de sobrealimentación que siguen los zapadores-anfibios en sus islotes como robinsones voluntarios para el servicio a España en una unidad especial. Se nutren preferentemente de grasas, albuminoides y proteínas administra-



El momento más difícil del lanzamiento es el de la toma de tierra. La instrucción recibida evita al paracaidista las lesiones

das en un plan científicamente calculado en el que las calorías diarias pasan de cuatro mil. El peso, los pulmones y el corazón son objeto de reconocimiento periódico y meticuloso.

Hay que alimentarse bien para compensar el desgaste de tanto ejercicio físico y de las horas nocturnas que se pasan en el agua fría nadando sumergidos con la tribotella «Coosteal-Gagnau» en la espalda y con la pizarrita de plástico y el lápiz especial sobre el pecho. Tienen que saber dibujar croquis muy bien esos «hombres-rana» cuyo equipo completo indi-

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA

vidual vale unas veinte mil pesetas.

Con pastillas de acetato-cúprimo ahuyentan—al menos en teoría—el peligro submarino de la posible proximidad de escualos.

Están bien equipados esos soldados del siglo que saben distinguir de noche y bajo el agua donde hay un «elemento C» y donde han sido colocadas vigas de hierro o «dientes de dragón» para impedir la llegada de barcasas de desembarco.

Nuestro hombre no refiere datos que puedan ser reservados al secreto militar. Hablan con naturalidad de cosas suficientemente conocidas. Da la impresión de tener un perfecto dominio de sí mismo ese hombre fuerte que hemos parado en la calle.

Pero llega un momento en que nuestro interlocutor parece impacientarse un poco, dentro de su inalterable equilibrio de facultades y mira su reloj-brújula antismarino y antimagnético. Parece que todos los llamados «hombres-rana» llevan ese reloj hasta para orientar por la calle. Preguntamos un último detalle sobre ese reloj-brújula de pulsera y recibimos una respuesta escueta: —Es un regalo de la «casa».

ESCALADORES ANFIBIOS QUE TRISCAN COMO LAS CABRAS

En el vecino pueblo de Fuenarral, carretera adelante, se encuentra el Cuartel de Automovilistas donde sabemos está alojada la Unidad de Escaladores Anfibios que con los «hombres-rana» y los paracaidistas constituyen las nuevas armas de combate de nuestro Ejército.

Divisamos el cuartel desde lejos por su blancura. Pero cuando llegamos al cruce de carreteras de Miraflores y Burgos le contemplamos ya plenamente. Es un edificio luminoso, con dos torres centrales entre las que campea el escudo de España. Los últimos rayos de sol siembran en el edificio enormes manchas que amarillean y sus berjas y persianas convinan sus verdes con el del aligustre del jardín.

Cuando llegamos hay unos instantes de espera a distancia conveniente. A poco, un marino rubio aparece abrochándose el último botón de su capote azul marino. Es el oficial de guardia de Marina.

Paracaidistas del Ejército de Tierra desfilan en el Día de la Victoria, en Madrid

—¿Están aquí algunos de los «comandos»—le preguntamos.

—No son «comandos»—nos aclara—son Escaladores Anfibios, pero no hay aquí ahora ninguno, están todos de permiso y les va a ser difícil ver a ninguno porque mañana a las once salen para Ferrol. ¿Por qué no hablan ustedes con su capitán, don Alfredo Díaz del Río, que es el creador de la unidad? Mejor que él nadie. Mañana a las ocho y media pueden verle. Estará en un autocar enfrente del Ministerio de Marina.

Nos deja desconsolados. De aquí a mañana a las ocho es muy difícil que nos tropecemos con alguno. Desandamos lo andado. Ya en Fuenarral hacemos alto para refrescar la «carreirña de can» que un marinero gallego nos dijo era la distancia que había del pueblo al cuartel. ¿Cómo deben correr los canes en Galicia!

En un rincón del bar en que estamos, descubrimos con alegría los uniformes gris verdosos y las gruesas botas de los escaladores. Juegan al fútbol. Nos acercamos.

—¿De dónde sois, muchachos?

—Yo, de Sada.

—¿Y tú?

—De Cambados.

—¿Y cómo os llamáis?

El de Sada nos dice que Jesús Sagredo, y el de Cambados:

—Yo, Pedro, Pedro Sueiro.

—¿Cuál era vuestro oficio antes de ingresar en la Marina?

Contesta el de Sada que pastor, y el de Cambados, que marisquero. Nos extraña. Cuando nos llamó la atención de su uniforme no habíamos reparado aún, como ahora, que nada denota en ellos al deportista. Los músculos apenas se perciben con el uniforme. El de Cambados tiene los ojos azules, llenos de mar. El de Sada, la barba cerrada y negra. Instintivamente les miramos las muñecas, pero no vemos nada. Su fortaleza se oculta a nuestra vista.

—La mayoría—nos dicen—somos del Norte; pero hay pocos deportistas en la unidad; casi todos tienen oficios como el nuestro.

—¿Habéis hecho escaladas antes de vuestro ingreso en la Marina?

—No—nos contestan.

—¿Entonces por qué ingresasteis voluntarios?

—Una vez ingresados en la Marina, todos los escaladores son voluntarios.

Comprendemos que en un Cuerpo en el que un accidente puede costar la vida ha de ser necesariamente voluntario. Pero no era esa nuestra pregunta, e insistimos.

—¿Cómo elegisteis esa especialidad?

—Para triscar mejor que las cabras—nos dice Sagredo.

—¿Cualquiera me gana a mí ahora a coger percebes!—añade Sueiro.

—¿Y el peligro?

—¿Oíste, rapaz? ¡Miedo no le hay, home! Además desde 1951, en el que se creó, no ha habido ningún accidente.

Es difícil, muy difícil preguntar a los gallegos. Casi siempre la contestación se vuelve otra pregunta, y al final resulta que los preguntados somos nosotros.

DEL MURO A LOS ACANTILADOS

—¿Muchos ejercicios?

—Todos los días la instrucción. Escalamos un muro en el cuartel, y después, un día a la semana, en la costa, en los acantilados.

—¿Mucho peso a la espalda?

—La mochila le pesa, aproximadamente dieciocho kilos. En campaña, hasta los oficiales llevaban su mochila.

Nosotros ya sabemos que las unidades especiales de salto constan de tres especialidades: destrucción y apoyo, escalada—que son con los que estamos hablando—y hombres-ranas. Los escaladores anfibios es una especialidad que únicamente tiene el tercio Norte de El Ferrol, y su misión es el asalto a acantilados y ataques por sorpresa. Actualmente hay nueve pelotones, de los que cada tres constituyen una sección —mandada por un teniente—, de tres escuadras cada una. La primera es de protección y lleva fusil ametrallador, y las otras dos, de asalto y destrucción, por lo que se equipan con lanzallamas, cargas de demolición y morteros del 50.

Aparte de la preparación física, la más importante es la preparación moral, ya que cada uno de ellos ha de conocer la misión de todos, y ello se logra mediante conferencias, procurando ejercitar la emulación, etc. Es verdaderamente sorprendente que las nuevas armas, las nuevas técnicas de la guerra procuren al individuo un robustecimiento moral y un sentido social de colectividad y camaradería, que se hacen menos patentes en otros Cuerpos.

Hay muchos escaladores anfibios que han hecho el curso de montaña, pues la técnica es igual a la de éstos, si bien con algunas modalidades distintas, ya que se trata de rocas generalmente húmedas.

Por consiguiente, al equipo militar hay que añadir el propio del alpinismo: clavijas, mosquetones, martillo y las cuerdas.

Y a la técnica militar hay que añadir también la de la escalada de montaña. Aprenden lo que es un nudo llano, un nudo Bulin y un Prusik. El uso de la cuerda en «cordada». Cada componente de ésta se hace responsable de la cuerda y del compañero que le precede. La cordada de tres individuos en paredes largas y difíciles es lenta, pero, en cambio, tiene mayor seguridad. El más



hábil es normalmente el delantero en la subida y el último en el descenso; el segundo en habilidad será último en la subida y el primero en el descenso, y en medio, el menos experimentado. Pero en salidas de extrema dificultad se procura que el segundo en destreza se encuentre inmediatamente detrás del delantero para poderle ayudar eficazmente en cualquier eventualidad.

Se acompañan también las enseñanzas del «agarre», las distintas clases de rocas, pues no se suben igual las montañas graníticas que las dolomíticas, etc. La manera de recorrer aristas, cornisas, diedros, chimeneas, etc.

CUANDO SE CALLAN LAS MAQUINAS

El solo error de uno sólo es la vida de todos y puede ser la de miles de hombres. Pero ni uno solo es abandonado por sus compañeros en caso de peligro. La vida de todos se expone, si es necesario, para salvarle.

Cuando el mando determina el asalto a una costa o a una playa, los escaladores se acercan a ellas en barcos o en submarinos. Se aprovecha, por lo general, la oscuridad de la noche. Las máquinas de los barcos se paran y no se oye apenas el chapotear del agua. A distancia conveniente saltan a las barcasas y a las lanchas de asalto. Con las primeras claridades del amanecer los escaladores trepan por los acantilados hasta llegar a sus crestas, y una vez allí, dar al enemigo la sensación de fuerzas numerosas, al mismo tiempo que protegen a la infantería que desembarca.

Sueiro se ha marchado ya. Charlamos ahora solamente con el de Sada.

—¿Qué haces en Sada los días de permiso?

—Según... Vcy al baile con alguna rapaza o al cine, o echo un paseo por la corredera o marchó a las canteras.

—Pero ¿bú qué prefieres?

—¡Las mulieres, home!

—¿Dejaste novia allá?

—Novia siempre le hay.

—¿Cuándo irás por tu pueblo?

—Espero que para las fiestas de San Roque.

—¿Y cuando te licencien qué harás?

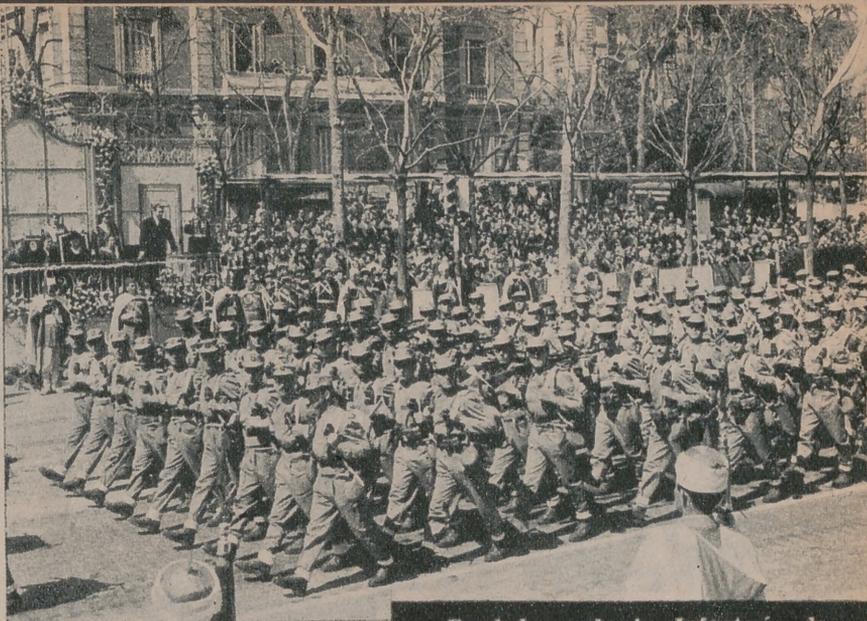
—A lo mejor, a lo mejor me quedo.

—¡Pues buen viaje y buena suerte!

LA MUERTE NI SE EVITA, NI SE BUSCA

Alcalá de Henares es el pueblo de más sabor castrense de España. Es como un Campamento gigantesco donde las tiendas de lona se hubiesen convertido, por encanto, en maderas de piedra y de adobe. Soldados de todas las Armas caminan despacio por sus calles o se detienen en animados grupos bajo los amplios soportales de la plaza de Cervantes.

Por la calle de Libreros, con un andar casi marcial, boina negra con lazo largo, cazadora ceñida, pantalón bombacho y botas altas, bajan tres jóvenes con tipo de atletas. También son soldados, legionarios paracaidistas de la bandera de Alcalá. Esto de la boina y el lacito es cosa nueva.



Escaladores de la Infantería de Marina en un ejercicio táctico en las costas levantinas

La gente se detiene en las aceras para mirarlos.

—¡Qué bien les cae el uniforme! Mira, aquel alto me recuerda alguna fotografía del mariscal Montgomery.

Aquel alto sólo se parece al mariscal inglés en la boina negra. Por lo demás, se llama Bartolomé Vallespir Amengual y es de Lloseta, un pueblecito de Mallorca.

Bartolomé apenas si ha cumplido veintiún años. Tiene cara de niño. Una incipiente sombra negra anuncia que dentro de un año quizá tenga barba y bigote.

—¿Qué tiempo llevas en Alcalá?

—Ingresé en paracaidismo el día 27 de agosto de 1954. Nunca se me olvidará. Cuando estaba en mi pueblo estudiaba. Hice hasta el quinto de Bachillerato.

Bartolomé Vallespir habla con un acento marcadamente catalán. Hace dos años este militar, que hoy viste su flamante uniforme paracaidista, era un alumno de la Academia de Lloseta. La única academia del pueblo. Después iría a examinarse al Instituto de Mallorca. En la calle de Bestard, en el número 11 exactamente, los padres de Bartolomé tienen un antiguo negocio. Una panadería. En los ratos que los latines y las matemáticas le dejan libres, también él se pone tras el mostrador.

El mostrador y los deportes. Por la natación tiene una predilección especial. Es uno de los más diestros nadadores del pueblo. Aprendió a nadar cuando aun no había cumplido los ocho años.

Un día, ya Bartolomé ha cumplido los veinte años, piensa alistarse como voluntario al Ejército. No sabe dónde ir ni a qué Arma servir, pero tiene deseos de salir del pueblo, de ver un poco de mundo, de conocer caras nuevas. A sus padres no les parece mal la idea del muchacho. Así, cuando vuelva, será joven y podrá emprender mejor el aprendizaje de cualquier oficio. Quizá hará unas oposiciones o tendrá ya la edad suficiente para ponerse al frente del negocio, a continuar la tradición de sus padres: la panadería de la calle de Bestard.

Una mañana, en las páginas de un periódico, Bartolomé ha leído

algo que le ha interesado demasiado. El recorte del periódico lleva varios días en sus bolsillos. Aun no ha dicho nada a sus padres. La noticia es simplemente ésta: Convocatoria para el Cuerpo de Cazadores Paracaidistas. Allí se aclaran las condiciones de ingreso.

—Al principio mis padres no estaban muy conformes. Alguien les había dicho que los paracaidistas, en el mejor de los casos, mueren un poco a cada lanzamiento. A pesar de todo, logré convencerlos. Yo ponía en ello todo mi entusiasmo. Me dieron su consentimiento, y lo demás, ya lo ve usted. Aquí estoy.

Las últimas palabras las ha pronunciado con alegría, jubilosamente, como si ellas fueran el triunfo de algo. Estamos en una de las dependencias del cuartel. Un edificio blanco, limpio, con un ambiente de suprema disciplina y suprema corrección. Mientras él hablaba, casi sin querer leía yo un lema con letra negra en la pared blanquísima. Se le ponía a uno un poco carne de gallina: «La muerte ni se evita ni se busca».

UN SALTO DE SEISCIENTOS METROS DE ALTURA

Bartolomé Vallespir, como Andrés Faubel, como Guillermo Horrach, como los innumerables gallegos que hoy se encuentran en el cuartel de paracaidistas de la calle de Roma, de Alcalá, ingresaron un día en esta bandera, después de sufrir unas pruebas de aptitud. La primera fué el reconocimiento médico.

—Yo a este examen no le tenía miedo. Nunca había estado enfermo. Creo que sólo he tenido el sarampión cuando niño, y ya no me acuerdo, pero era un examen tan minucioso que no pude disimular mi alegría, cuando vi el certificado: «Apto para el paracaidismo». Después vino la carrera de los 200 metros lisos, la prueba de saltos, el trepar a pulso por una cuerda vertical. No crea que estos ejercicios son nada fáciles. Muchos no pasan de estas pruebas. Cuando se superan llega uno al examen de cultura, y el



último de todos la prueba que llaman de decisión: un lanzamiento en plancha sobre una lona desde tres metros de altura.

Vencidas todas las pruebas, el nuevo paracaidista se sumó a la expedición de los que marchaban a Alcantarilla, un pueblo de Murcia donde se encuentra la Escuela Nacional de Paracaidismo. El programa de la Escuela completa la total formación del soldado. Un programa que exige del alumno el esfuerzo de su inteligencia, de su heroicidad puesta a prueba en cada instante y de la educación perfecta de sus músculos sometidos a la postura difícil, a mantenerse erguido en el aire como una flecha, o a rodar por el suelo simulando un ovillo de hilo. Saltos desde el muro, volteretas, balanceo en las anillas, salto a la lona, manteo. El manteo tiene por finalidad acostumbrar al alumno a dominar el cuerpo en el aire. Se realiza sobre una lona circular, en idéntica forma al manteo clásico.

Uno de los ejercicios consiste en aprender a desarrollarse. Es una ciencia difícil. Bartolomé la recuerda como una de las más complejas. El peor enemigo es el tiempo. Hay que hacer muchas cosas en escasos segundos. Una de las defectuosas aperturas del paracaídas se debe a que sus cordones se enrollan en dirección

Otro aspecto del desfile del Día de la Victoria. Hombres-rana con su equipo de oxígeno pasan ante las tribunas de la Castellana

contraria. En el ejercicio práctico, el alumno queda colgado mediante cuatro bandas en suspensión, unidas a unos aros por medio de haces de cordones. Se le hace girar al cuerpo para que estos cordones queden totalmente enrollados; al soltarlos debe extender los brazos en cruz y abrir las piernas hasta conseguir deshacer el embrollo. Todo se ha de realizar en un tiempo mínimo.

Pero la parte del curso que más interés despierta en los alumnos, las lecciones del programa que ellos prefieren, son los saltos, los lanzamientos desde el avión. Los paracaidistas hablan de saltar con la misma naturalidad que nosotros hablaríamos en el café de pintura abstracta o de la última quiniela de fútbol. Cuando este joven mallorquín me habla de la primera vez que saltó, se está refiriendo nada más y nada menos que a un lanzamiento de un avión a tierra desde 600 metros de altura.

—En la Escuela se nos exigen seis saltos obligatorios. Cuando hemos dado el último nos dan este carnet.

Este carnet es el título oficial de cazador paracaidista. El título completo: Caballero legionario cazador paracaidista.

SIEMPRE LA ÚLTIMA CONFESIÓN

En el carnet de Bartolomé hay un número que indica los saltos realizados. Los saltos, las lesiones, los premios y los castigos. Es como una pequeña hoja de servicio. La hoja del mallorquín tiene los castigos en blanco y en blanco las lesiones. Nueve saltos desde aquel primero que le sirvió para obtener su título.

—¿En qué piensas cuando sólo te quedan unos segundos para lanzarte?

—Hago lo que todos: el avión se convierte por unos momentos en un oratorio, en una pequeña

iglesia volante. Todos rezamos con la mayor devoción el «Señor mío Jesucristo». Pensamos que podría ser nuestro último acto de contrición. Después, cuando he saltado, al abrirseme el paracaídas, cuando noto que las sedas se han extendido, siempre repito las mismas palabras: ¡Gracias, Señor!

Cuando los paracaidistas están en el campo de vuelo, ya uniformados, con sus dos paracaídas encima, uno a la espalda y el de reserva en el pecho, mientras comienzan a sonar los motores de los «Junkers», el capellán de la bandera pasea a poca distancia: a él acuden muchos en ese preciso instante.

—Siempre hacemos esta confesión como si fuera la última. Después sube uno con más optimismo con más seguridad. Ascendemos en grupo de a doce. Los impares a la izquierda, a la derecha, los pares, con dirección a la popa del avión. Al acercarse a la zona de lanzamiento, el piloto hace una llamada con el claxon de a bordo, que quiere decir: nos encontramos próximos a la zona. A esta señal, el jefe de patrulla ordena que nos levantemos. Con la mano izquierda enganchemos el mosquetón al cable del avión, mientras con la derecha levantamos el asiento. Se repiten dos llamadas del claxon, nos encontramos en el punto de destino, se han reducido motores, se ha alzado la cola del avión y la velocidad ha disminuido. El jefe de patrulla está en la puerta, dispuesto al salto. Se lanza al espacio. Nosotros pegamos nuestro paracaídas de pecho con el de espalda del compañero y seguimos al oficial. En siete minutos el avión queda totalmente desalojado. Al llegar a tierra, y todavía en posición de tendido, se deshace uno de los impedimentos y nos dirigimos al «punto de cita» para continuar el tema táctico. Nueve saltos en el carnet de este paracaidista. Son nueve actos heroicos. Nueve manifestaciones de un valor sin medida.

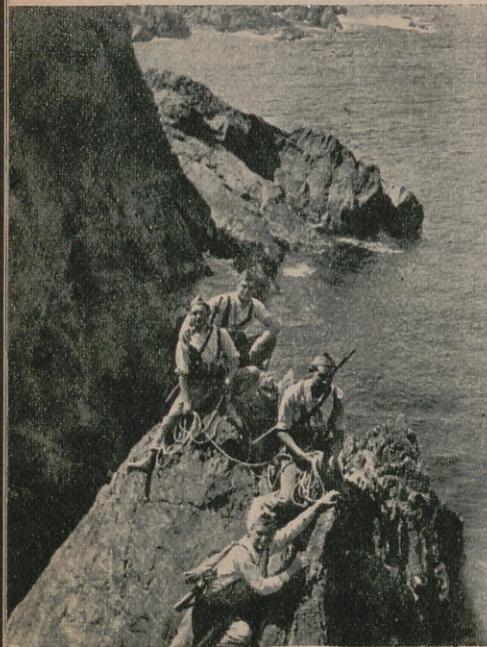
—Ahora, por esto de la boina

LEA Y VEA

TODOS LOS SABADOS

“EL ESPAÑOL”

Escaladores de la Infantería de Marina desfilan en disciplinada formación ante la tribuna del Caudillo



negra y el lacito negro, nos llaman por ahí «los viudos de la muerte».

EL IDEAL DE UN JEFE

Antes de abandonar el cuartel de paracaidistas de Alcalá, esta casa blanca junto a la Hostería del Estudiante, saludo al comandante mayor. El comandante jefe y fundador de la bandera. Es un hombre alto, espigado, treinta y cuatro años de edad y diecinueve de milicia. Ingresó como voluntario a los quince años a los comienzos de nuestra guerra de Liberación. Es el más joven de su grado en Infantería. A los dieciséis años lucía ya la medalla militar en su pecho. Don Tomás Pallás Sierra es de Jaca. Un hombre nacido para la milicia y para el deporte. Título de esqui, de escalada, de equitación y un diestro montador de camello. El único jefe de tierra con el título de paracaidista. En su carnet hay ya muchos saltos: treinta y cuatro. Tantos como años tiene.

—¿Todo el personal es voluntario?

—Sí, desde luego. Proceden de la vida civil, de la Legión o del cuerpo de Montaña. La oficialidad se escoge de Infantería.

—¿Cuál es su aspiración como jefe y fundador de la bandera?

—Hacer que sea siempre una realidad viva nuestra lema: «El paracaidista no es más hombre que los demás, pero debe ser el mejor soldado de la Patria.»

Con el comandante mayor, este hombre jovial y rígido a la vez, que se siente jefe y padre de los ochocientos paracaidistas a sus órdenes, recorro otras dependencias del edificio.

En la sala de plegados, colgando del techo, entre infinitos cordones, están las sedas de los paracaidas. En unas mesas largas, unos soldados pliegan y enrollan la seda. Lo hacen con un cuidado y una maestría exquisitos. Quizá de un pliegue, de un corchón mal dispuesto dependa la vida de un compañero. Un paracaidas cuesta unas veinticinco mil pesetas. Son de fabricación nacional. De las fábricas de Barcelona. Cada uno se usa para cincuenta saltos. Después, pasan a la reserva o se utilizan para el lanzamiento de paquetes. Un salto representa, por esto, un valor de quinientas pesetas

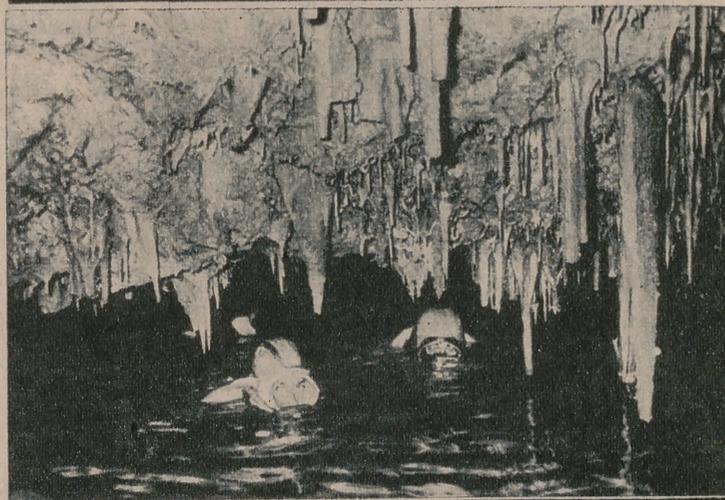
EL PARACAIDISTA HA DE SABER DE TODO

A los paracaidistas les viene muy corto el día. Tienen mucho que aprender. Además de sus obligaciones como soldados, les quedan otras propias de la especialidad. Un paracaidista ha de saber bien hacer y deshacer. Conducir un coche, conocer el funcionamiento de una emisora, dominar la comunicación a distancia por cualquier sistema o transmitir una noticia urgente. Y algo más: hablar algún idioma extranjero.

Bartolomé Vallespir Amengual, el paracaidista mallorquín, asiste a las clases de ruso y de alemán. El ruso es obligatorio para todos. Las clases se dan en las aulas del cuartel. Uno de estos días co-



Uno de los equipos de apertura de brechas efectuando ejercicios de aproximación en balsas



Otra de las prácticas subacuáticas consiste en ir aumentando paulatinamente la distancia a recorrer

mienza el curso de radiotelegrafía, al tiempo que se adiestra en el manejo del volante.

Cuando se cumplan los tres años de compromiso firmados el día que hizo su entrada en la bandera, este joven paracaidista tendrá muchos caminos que elegir. No habrá perdido el tiempo. A su servicio a la Patria, un servicio y un heroico sacrificio significa cada uno de los saltos que figuran en su carnet, se habrá sumado el aprendizaje de ser útil a España en el lugar que el destino le depara. Lo que nunca olvidaré será ese estilo castrense aprendido en esta escuela de héroes, donde hay minutos que tienen sabor de eternidad.



Los hombres-rana realizan diversos ejercicios tácticos en los fondos marinos. Del éxito de estas operaciones subacuáticas depende la preparación física, el valor y la audacia de cada uno de los componentes del equipo



NUEVAS REFLEXIONES SOBRE LA PRENSA

III

EL punto clave del pensamiento del señor obispo de Málaga, doctor Herrera Oria, sobre el ejercicio de la «censura previa» se resume en estas palabras: «Pero si la censura en sí es legítima, hay que ejercerla de un modo legítimo también, es decir, sometida a normas jurídicas, aunque quede siempre en la aplicación un margen prudencial, ofrecido al arbitrio del Gobierno». Concretamente: su planteamiento, que parte de la legitimidad de la «consulta previa» en sí, reclama, para la legitimidad de su ejercicio, la existencia de normas jurídicas sobre la misma, pero dejando al arbitrio del Gobierno un margen prudencial en la aplicación de dichas normas y reconociendo, a renglón seguido, que la «empresa no es llana y sencilla», que de hecho ningún país ha resuelto todavía a plena satisfacción el «problema». Más aún, se pregunta: «¿Qué país ha dado la pauta?».

Queda, por lo tanto, claro que nos movemos en un terreno prácticamente no dominado por el «saber positivo», sobre todo en lo que a normas legales y concretas realmente experimentadas y definitivas se refiere.

El hecho tiene, entre otras, una explicación, acerca de la cual conviene meditar serenamente. Porque lo que aquí está en juego es nada menos que el ejercicio de la «prudencia política» en el gobierno y administración de los intereses públicos. Por su misma naturaleza, la «prudencia» no es virtud que pueda estar sujeta enteramente a reglas y disposiciones legales. Tan cierto es esto, sobre todo en el ejercicio de funciones públicas y aun privadas de gobierno, que hasta en la aplicación de las normas por las que se rige la administración de la justicia es imprescindible la virtud cardinal de la «prudencia». Querer reglar taxativamente la «prudencia» es como querer reglar el «sentido común». Tanto aquella como éste, puede decirse, que se poseen o no se poseen y de ahí que ni siquiera los más inteligentes y preparados científica o técnicamente sean siempre los que reúnen las condiciones exigibles y precisas para la dirección o el mando, que a fin de cuentas no son sino las virtudes cardinales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza.

Por otra parte, bien sabido es que aun en la aplicación del derecho estrictamente administrativo los juristas conceden también a la autoridad el poder discrecional por juzgarlo de todo punto necesario para conseguir, en no pocos casos concretos, el mayor acercamiento posible a la justicia objetivamente ideal y a las conveniencias legítimas del bien común nacional. Y si esto se concede en lo específicamente administrativo «a fortiori» y con la amplitud debida habrá de concederse en lo que casi siempre es o se halla relacionado, directa o indirectamente, con lo moral, lo político, lo religioso, lo educativo, etc., que es justamente lo que ocurre con los instrumentos de difusión de ideas: Prensa, radio, libros, televisión, cinematografía y teatro.

La misma Iglesia se ajustó siempre a estos criterios fundamentales. Ejerce la censura, en primer lugar, para conservar la integridad del Dogma y de la Moral católicos, pero fuera de unas normas generales no tiene formulada una reglamentación taxativa y concreta para quienes, en su nombre, ejercen esta censura. Escoge con escrupulosidad admirable y ejemplar los hombres, pero no ha establecido un catálogo de las innumerables modalidades de delitos y conveniencias que regulen el ejercicio prudente de los censores. Por la sencilla razón de que puede un libro, un artículo, una fotografía, etc., no atentar directamente contra el Dogma o la Moral y, sin embargo, su publica-

ción o difusión ser peligrosa y, por lo tanto, no «prudente». Salvadas las naturales distancias, podemos y debemos concluir que, aun establecidos con la precisión y claridad deseables los principios fundamentales de un Estado católico, éste, a través de sus representantes, que ha de procurar que sean rectos, íntegros y bien formados, recabe para sí, dentro del ámbito del bien común, una facultad discrecional similar y que la ejerza al modo que la Iglesia la ejerce en la esfera que le es propia.

Esto es lo que creemos entiende el doctor Herrera Oria cuando nos habla del arbitrio del Gobierno y del margen prudencial que ha de reconocérsele en la aplicación de las normas jurídicas establecidas sobre la censura previa.

Los objetivos inmediatos de dichas normas son, a su juicio, los siguientes:

a) «Determinación del objeto o materia sometida a censura».

b) «Ordenación de alguna manera del difícil procedimiento de censura, de modo que de su aplicación resulten los menores daños y perjuicios a la industria periodística».

c) «Garantías contra el posible abuso del mismo».

Con relación a estos tres puntos, estimamos que procede tener en cuenta algunas cosas. Además de los Códigos vigentes en España con faltas y delitos que han de ser evitados o sancionados con las penas previstas, existe un conjunto de Leyes Fundamentales del Estado, en las cuales figuran normas básicas que han de ser respetadas y rectamente interpretadas, tanto por los periodistas, como por el Ministerio de Información. Tampoco debemos olvidar que está vigente una Ley de Prensa, promulgada en 1938. No diremos que sea perfecta y que esté inmejorablemente redactada. Al perfeccionamiento constante de nuestro dispositivo legal sobre estas materias se está dedicando por el Departamento correspondiente la máxima atención. Sin embargo, es justo reconocer que dicha Ley contiene una normativa fundamentalmente muy estimable, atendida sobre todo las circunstancias de guerra fría y de crisis en que hoy se encuentra el mundo entero, circunstancias que pueden afectar de manera grave a nuestra Patria. En su artículo 6.º se establece la obligatoriedad de la censura previa y se determina cuál es el organismo al que corresponde dictar las orientaciones a que debe sujetarse el censor. En los artículos 18, 19, 20 y 21 se establece lo que constituye delito de Prensa, los cauces a través de los cuales deben recurrir los agraviados por actuaciones periodísticas, las sanciones que pueden ser impuestas de acuerdo con la gravedad de los hechos, a quién corresponde imponerlas y con qué limitaciones y cómo puede interponerse recurso de alzada, contra cualquier sanción dictada contra un director o Empresa, ante el Jefe del Gobierno.

De cómo fueron interpretadas y aplicadas esta Ley y cuantas disposiciones de rango inferior se han dictado en lo sucesivo, baste, como índice, saber que el número de sanciones impuestas en Prensa arrojan un coeficiente tan pequeño que es de hecho y prácticamente inapreciable. No significa esto ni lenidad por parte del Poder público ni un ejercicio profesional siempre y en todo momento sin mácula en cuantos componen hoy nuestra comunidad periodística. Hay que proclamar, ciertamente, porque es justo, que el ejercicio profesional de los periodistas españoles arroja un saldo altamente positivo y que su nivel moral es, sin duda, muy superior al de la inmensa mayoría de los países. Pero tampoco puede ocultarse que es precisamente el modo como se ha ejercido la «censura previa» lo que de una manera directa o indirecta ha contribuido muy positivamente

a que ese nivel se haya alcanzado y mantenido. La parte más sana de la Prensa española es aquella que está más vigilada (dogma, moral, alta política, noticias de trascendencia, etcétera). En las zonas restantes, que están prácticamente libres, los defectos no adquieren la virulencia de otros tiempos.

Este magnífico nivel moral de nuestra Prensa se debe igualmente a la formación de unos hábitos, costumbres, usos sociales y sistema de relaciones entre las Empresas, los periodistas y el Departamento competente, que constituyen toda una normativa con vigencia y fuerza, en la práctica, de verdadera ley. No olvidemos que ni siquiera las normas constitucionales de los países, ni aun aquellas por las que se rige la conducta en la vida social, son siempre normas escritas, y ejemplos hay de pueblos en los que la tradición, el uso, la costumbre y los hábitos son las reglas y los cauces más firmes y más respetados de su legalidad. En virtud de las disposiciones vigentes sobre la «consulta previa», de los referidos hábitos y usos, los procedimientos seguidos en los pocos expedientes que la autoridad se ve obligada a incoar y ultimar son los usuales en cualquier otro campo de la Administración pública de nuestro país.

Prueba evidente de que esta normativa fundamental le es perfectamente conocida a los directores de periódicos es que, de 106 diarios españoles, son 85 los directores que están exentos de la «previa consulta», por lo que, con plena autonomía y de acuerdo solamente con su sentido de la responsabilidad, determinan qué es lo publicable y qué es lo no procedente. A este respecto, el Ministro de Información dijo en Barcelona: «No significa esto que se proceda arbitrariamente en la delegación de esta facultad. Todos los directores tienen la confianza de las Empresas y del Estado. Pero es precisamente la independencia y la libertad frente a los grupos de presión nacionales y extranjeros, movidos muchas veces por el capital anónimo, las que se trata de proteger y garantizar con el trámite de la consulta previa, cuando por circunstancias de lugar y tiempo no se delega dicha facultad. A vosotros menos que a nadie puede ocultársele que es en los grandes núcleos urbanos y sobre los grandes diarios donde estos grupos de presión políticos, culturales y económicos, tanto nacionales como extranjeros, cristalizan con más frecuencia y donde, por los caminos más insospechados y tortuosos, puede lograrse el dominio de los órganos de difusión del pensamiento, con el consiguiente peligro para la colectividad y la auténtica independencia de los directores de periódicos».

Otra faceta del problema es la siguiente: en Prensa, la casuística no tiene prácticamente límites. En Prensa, no sólo el bien común, sino los derechos de las instituciones y de los individuos pueden sufrir gravísimos e irreparables quebrantos por delitos cuya catalogación es de hecho imposible y hasta imprevisible. Prácticamente, en Prensa no hay, en realidad, géneros de delitos, sino que todos son delitos muy singulares, pues cada delito viene especialmente configurado por las circunstancias de lugar, tiempo y persona. Más aún: en Prensa pueden ser evidentes para el lector la intención y el sentido realmente ofensivos o perjudiciales de un comentario, de un titular, de una fotografía, de una noticia, de un recuadro, etc., mientras la configuración legal y comprobación judicial del delito son frecuentemente imposibles. Lo que un día o dentro de unas circunstancias determinadas resulta un auténtico y hasta obligatorio servicio al bien común, al siguiente o en otras circunstancias puede suponer un quebranto notable para los intereses legítimos del país o para los intereses justos de un individuo. Aquí es, precisamente, donde entra en juego la prudencia política, el margen y la holgura de movimientos necesarios para el buen gobierno; donde entra el ejercicio discrecional —con frecuencia tan difícil y tantas veces incomprendido— del gobernante. Así lo reconoce el doctor Herrera Orta cuando afirma que «las inconsecuencias en el gobierno son a veces sabias porque las impone la vida». Si donde está en juego la justicia distributiva puede y debe existir la norma, tan clara e inalterable como sea posible, donde es la prudencia la que ha

de guiar, representaría casi una contradicción «in terminis» el precepto lapidario y terminante. Ese precepto sería, en innumerables casos, la inmovilización contraproducente de la autoridad o la causa misma de muy graves injusticias». Ante el Primer Consejo Nacional de Prensa, reunido en Alicante, dijo el señor Arias Salgado: «La naturaleza del delito político en materia de Prensa, no es tan fácil configurarla en un texto legal. La incapacidad, la injuria, la falsedad, el daño material, la negligencia culpable, la difamación, la misma deslealtad con la Patria, en la Prensa no es tan fácil precisarla en muchas ocasiones, aunque nos consiste con evidencia que la hay. Ante los secretos de la gramática, la habilidad de la alusión, la sutileza de los recursos literarios, las ambivalencias de alguna figura retórica, las segundas intenciones que para el público son perfectamente inteligibles como primeras, los trucos de la confección y la titulación, el lugar del periódico al que se condena la nota, el comentario, la glosa o la información sugeridas por la autoridad—ardid conocido de los lectores—; ante el silencio que puede ser tan significativo, ante el mismo elogio, desmesurado ex profeso, la técnica judicial de los tribunales ordinarios puede resultar ineficaz e inadecuada en la mayoría de los casos». Y al tocar, en su discurso de Barcelona, este mismo punto, añadía: «Es frecuente criticar los procedimientos prohibitivos y abogar por una ley que tenga previstos todos los delitos que se puedan cometer y todas las sanciones convenientes. Pero prescindiendo de que los delitos políticos o la acción, omisión, conveniencias y circunstancias no pueden tener clara catalogación previa posible en ley alguna y de que la sanción «a posteriori» nunca puede ser válida, ejemplar y eficaz, como vimos durante largos años en España y estamos viendo con los escándalos y derivaciones políticas de la Prensa de Italia y Francia, por ejemplo; prescindiendo de que es mejor prevenir que reprimir, advertir que sancionar, supongamos que la sanción «a posteriori» sea tan rápida, tan ejemplar y tan justa que pueda restaurar equitativa y ejemplarmente el orden quebrantado en el área nacional. Pero ¿tendrán esa ley y esas sanciones fuerza y eficacia para reparar el daño que en el área internacional cabe inferir a la comunidad, al Estado o a una persona particular desde las columnas de un periódico? Desgraciadamente, casi ningún pueblo dispone de medios adecuados para que la verdad sea restaurada en el ámbito exterior, y España, que tanto ha sufrido por la actitud hostil y apasionada de muchos sectores de la Prensa extranjera, es un buen testimonio de ello. No cabe, por tanto, negar esta facultad a un Estado católico «de iure» y «de facto» porque la verdad, los valores dogmáticos y morales que presiden sus actos son una garantía del buen uso y ejercicio de esta facultad».

De esa incapacidad para reparar el daño que en el área internacional cabe inferir a la comunidad, al Estado o a una persona particular desde las columnas de un periódico, la experiencia nos ofrece pruebas todos los días. No es que el Estado español mantenga que los instrumentos jurídicos no sean necesarios. Prueba de ello es la labor que en este orden ha realizado ya el Ministerio de Información y la que tiene en estudio.

En resumen, existen, pues, principios fundamentales, normas jurídicas, hábitos, costumbres y usos sobre el ejercicio de la consulta previa. Estos principios, estas normas y estos hábitos son de hecho conocidos por los que tienen la responsabilidad en la dirección de los periódicos. En el perfeccionamiento de esta regulación jurídica de la consulta previa se trabaja con el interés máximo y la prudencia que estas materias requieren. De la aplicación de la normas vigentes sobre la consulta previa y de los resultados que para la Iglesia y la sociedad se han derivado durante estos años del ejercicio de dicha censura previa, el señor obispo de Málaga reconocía, como veíamos en nuestro comentario anterior, que eran ciertamente positivos. De otros aspectos de la interesante carta del doctor Herrera Orta, seguiremos ocupándonos en los próximos números.

ELESPANOL

SEÑOR DON JOSE FELIX DE LEQUERICA

REANUDO mi correspondencia dirigiéndome a usted porque en cualquier momento desde sus años de político y sus evasiones de periodista durante la Dictadura le he estimado el primer mentor de una promoción decapitada, pero que se encabezaba con José Antonio Primo de Rivera y con Ramiro Ledesma Ramos. Así cuando fundé EL ESPAÑOL en 1942 no pudo faltar en el número uno su palabra escrita a la manera de un mensaje, cuyo cumplimiento ha proclamado usted el día primero de abril al anunciar universalmente la proclamación de la era franquista, razón y ocasión también por las que le escribo. Usted se ha referido al Imperio Romano y hay otro enorme español, que es nuestro don Juan Pujol, que ha visto siempre en Franco la imagen y semejanza de Augusto. Los viejos europeos, si además somos cristianos viejos, no nos podemos inhibir de esas resonancias históricas, que terminan siendo constantes, cánones y arquetipos. El Imperio de Octavio supuso la crisis y la superación de las ideologías, de las facciones partidistas, de los grupos oligárquicos, de la demagogia y de los financieros. Las ideas pueden ser beatificadas, pero las ideologías asesinan y no hay nada más frenéticamente rabioso que la hidrofobia de un ideólogo. Gustó al pobre Mussolini esgrimir en su mocedad el dicho de Blauqui de que la revolución es una idea que ha encontrado bayonetas, pero no añadía que estas bayonetas se vuelven contra su promotor (hay ejemplos de todos los gustos y de todas las épocas, principiando por el propio Mussolini) si no ha sustituido la idea acabada en punta: en púñal, en estilete, que es la ideología, por un credo, por una creencia inmortal y moral (de la eternidad y del minuto), como la que es revelación divina y legado de la Iglesia Católica.

Mientras somos jóvenes nos abruma la petulancia, de la que acaso no debemos prescindir, y engreidamente somos algo así como Adán al venir al mundo. Sin embargo, lo que vale es el saber tan experimentado de tantos hombres maduros, de tantos ancianos que se acogen y cobijan bajo la fortaleza y el resol de la era franquista, pues es el mejor fragmento de su vida, en el que se han sentido más seguros y a la vez más altivamente españoles. No voy a exponer los testimonios de estos seres anónimos, cuyos nombres resplandecen en sus profesiones privativas, como es cimero don Juan Pujol o el nombre de usted, señor embajador. Pero si defendiendo el derecho que tienen a comparar la decadencia con la plenitud, el deshonor con el noble prestigio. España no se improvisa todas las mañanas, y quien ha padecido la miseria de su ocaso no puede querer que la rivalidad o la envidia extranjera utilice un saboteador a sueldo, prometiéndonos lo más corrosivo y suculento, al modo de las pérdidas un poco pasadas, una ideología del siglo XIX. Tantas aves un tanto putrefactas ha tenido que contemplar en su carrera el señor embajador que se escucha con simpatía su satisfacción por servir el orden y la paz de Franco. Desde 1910 en que Francisco Franco salió de la Academia de Infantería de Toledo, no hay ningún español que haya trabajado tanto por la paz con peligro grave de su misma existencia. Franco es un pacificador en Marruecos (el gran alca-

loide de la Península), en España y desde su caudillaje, el pacificador más fiel, en Europa y fuera de Europa, del mundo libre. La presencia de una España que venció militarmente al comunismo permitió hasta las tonterías y las barbaridades de Yalta y de Potsdam. Después ha sido el eje pacífico inmovible alrededor del cual han girado sin citarla los Pactos del Atlántico, del Mediterráneo y de la Europa tras el telón de acero, que no pueden existir sin España. Es decir, sin la España de la era franquista.

El pueblo americano ha prosperado a pesar de las ideologías de un Roosevelt y de sus compadres, como el pueblo inglés ha soportado a quien tanto se equivoca en lo grande, aunque acierte en lo menudo, pasajero y transitorio, por una perversión también ideológica, que en los aristócratas es el desdén por cuantos no pertenecen a su casta. El Caudillo jamás hubiera capitulado en Yalta, y no redacto una fanfarronada, porque las divisiones «panzer» estuvieron junto al puente de Irún y mucho menos hubiera caído en la indignidad de Potsdam, aunque en ese lugar los actores fueron unos entes tan ridículos como Attlee y Truman. Para mandar hay que libertarse de las ruindades y de los cepos ideológicos, como procura construir su vida de perfección el santo. Esta alteza de miras (no obstante su aspecto de frase hecha algo cursi) no debe confundirse con el funambulismo de la fantasía política, pues hemos asistido al rápido encumbramiento y desastre de dos hombres que parecían contar con todos y no empeñarse demasiado por una tilde ideológica. Estaba yo apartado del trajín diario cuando cayeron Mendes-France y Malenkov, casi al mismo tiempo, pero de distinta manera. El fulgurante P. M. F. (cuyo parecido y parentesco y, por consiguiente, análogo fin con Mendizábal pronostiqué hace algunos meses) y el campechano y obeso (dos veces, por lo tanto, tranquilizador) personaje del Kremlin, que traía la mano abierta a diestra y siniestra. Ambos eran, con cierta exageración expresiva, unos titiriteros, y no podían crear con su política ninguna era, sino un lapso de menos de medio año; es decir, la moda de un vestido de temporada.

Escribo esta carta después de haber escrito muchos artículos sobre el 1 de abril, como sobre el 18 de julio, o el 1 de octubre, y quisiera que nuestros hijos pudieran escribirlos dentro de cincuenta años. Uno dispone de su estilo personal y luego cuenta cosas vivas o esa cosa más abstracta que se llama concepto; pero nunca en estas conmemoraciones he deslizado de matute un tópico, que son los rípios de la prosa. Cada año la duración de la era franquista me ha traído un motivo distinto y original de exaltación y comentario. Este año ha sido su intervención directa ante los españoles formulándoles lo que disfrutaban e intuían sin haberlo oído o leído, expresado tan categóricamente. Sus servicios anteriores pueden parangonarse con su manifiesto del 1 de abril de 1955. Yo lo suscribo como un antiguo discípulo desde que reinaba Don Alfonso XIII y preparábamos la conquista del Esládo. Ha sido y será un manifiesto histórico, con tanta historia concentrada dentro, que seguramente don Juan Pujol insistirá en decir que tras Francisco Franco vaga la sombra augusta de Octavio.

SUSCRIBASE A "POESIA ESPAÑOLA"

EL SIMBOLO DE LA RELIGION RUSA



LA ICONOGRAFIA ESLAVA VA A SER EXPUESTA EN MADRID

Entrevista con **SERGIO OTZOUP**

¡¡ CONOS!

Había motivo para dar tono de importancia a la revelación, porque nunca se ha dado en España tan rica concentración de estas joyas arqueológicas. Cajones repletos iban entrando en el palacio de Bibliotecas y Museos.

—Más de ochocientas piezas —me aclaró quien seguía con la vista la operación.

Poco después tenía en mis manos un tríptico, no antiguo. Lo denunciaban sus vivos colores y la falta de angulosidad de las figuras. Pero en las tres hojas titilaban como estrellas las piedras preciosas. Era evidente la supremacía del valor material sobre el artístico.

—Un regalo de bodas.

—¿De príncipes?

—Del Zar de Rusia a la Reina Juana de Bulgaria.

Mucho tiempo era necesario para recorrer con la vista tanto detalle.

—En más de dos millones de pesetas ha sido tasado últimamente este icono.

Un regalo oriental. De un Zar de Rusia. Pensando esto vi, apartada, una pintura primitiva, tosca, ingenua, algo ajada por el tiempo y el uso. Una efigie de la Madre de Dios. Aquello me atraía más y parecía que se acercaba más a mí. Pude distinguir entonces dos sensaciones bien distintas: ante el lujoso tríptico, la de un regalo; ante el otro, la de misterio.

Tenía más fuerza espiritual el misterio.



Valioso icono de la «Madre de Dios» (Vladimirsraia), escuela de Novgorod, siglo XVI, de la colección de Sergio Otzoup

NUNCA HUBO UNA EXPOSICION ASI

He aquí un acontecimiento artístico, dando al vocablo acontecimiento su valor de novedad sorprendente. Cronológicamente, el primero de España. Y el primero, por su valor y contenido, de Occidente y del mundo. Nunca se ha dado una exhibición de tal magnitud.

Puede tener más extensión el significado de la palabra acontecimiento; aquí, en España, apenas hay quien haya penetrado críticamente en esta manifestación artística de la fe de los pueblos orientales. Median razones de Historia y de Geografía.

El director general de Información registró en seguida la posibilidad. Y con él, todo el Ministerio tomó parte activa en este encuentro del espíritu. Hasta jerarquización se ha dado al gesto: El Ministro de Información preside el Comité de Honor, del que forman parte figuras de la Iglesia romana, de la Historia, del Arte y del simple saber.

—Más de mil iconos se presentaron.

Satisfacción y sorpresa había en el señor Alonso del Real al decirlo.

—¿No se esperaban tantos?

—No.

—¿Fue, por tanto, trabajosa la selección?

—No queríamos pasar de los 800. Y está bien. Las últimas Exposiciones europeas —en Italia y Francia— no pasaron de 200. Y no faltaba en ellas el sentido comercial. Aquí, no. Aquí, ilustración.

Aquí, por lo visto, cada cual, lejos de vencer, pretende hacer un seguro.

Han sido seleccionados iconos de los diplomáticos señores marqués del Prat (20), Cárdenas (15) y Navasqúés (12). Tres de la Reina de Bulgaria. Y el resto, del ruso, ya español por nacionalización, don Sergio Otzoup.

Los iconos y una sección bibliográfica-litúrgica oriental, procedente de los fondos de la Biblioteca Nacional es el numerario de la Exposición. Lo de-

más y más valioso traspasa los muros del palacio de Recoletos para difundirse lejos, muy lejos, en busca de un mundo gimier-te y soterrado.

PINTAR UN ICONO ES UN ACTO RELIGIOSO

Contemplé la figura y luego di la vuelta a la tabla. Materialmente era eso: una tabla. Una tabla que fué cortada a golpe de hacha. Sobre ella pusieron una capa de yeso duro: cal y cola de pescado. Y luego, los colores y el arte. Más bien que arte devoción.

No es única esa técnica. Tiempos hubo en que a la madera, recubierta de cera, aplicaban un hierro, caliente y coloreado, para obtener las figuras. Y en otros, más lujosos, añadían al yeso una capa de albúmina; luego, panes de oro, y, por último, la figura.

Ni estampa litográfica, que en Rusia nunca existió, ni un mero cuadro pictórico. Entre ambos se encuentra por sus dimensiones materiales el icono. Pero la diferencia específica está en su actividad, en su fuerza operativa. No es el icono una representación destinada a la escueta contemplación.

Decía San Juan Damasceno: «Bien miradas las cosas, toda imagen fué siempre para los cristianos de Oriente —y sigue siendo todavía— un misterio. La tienen por algo así como un sacramento, como un elemento portador de la energía y de la gracia divina.»

En verdad que impresiona el valor casi sacramental que los de Oriente confieren a sus iconos. Pero es que ya en la mente y corazón de los propios autores de tan candorosos cuadros estaba la idea de esa función espiritualmente regeneradora.

Los iconos salían de manos de monjes, raras veces de las escuelas gremiales. Y los monjes consideraban el acto de pintarlos como una oración, como un acto de su vida espiritual. Preparábanse con oraciones y vigiliás, sin otro fin que poder penetrar el carácter místico de su futuro trabajo artístico.

No es, desde luego, una novedad esta disposición subjetiva de los iconopistas o monjes pintores de iconos. En los escritorios monacales del Occidente medieval también se consideró oración y penitencia, impuestas por la devoción o la Regla, el trabajo de los escribas y miniadores. En la puerta de uno de ellos aparecía inscrito: «Si sabes y sientes dónde estás, dígotte: cállate.» A San Isidoro se atribuye esta norma.

Por tema y trabajo es religioso el icono. La mano creadora se inhibe en el mismo momento de dar el último retoque. Ni su firma queda. Firmar es pecado de soberbia. Si alguien pudiese su firma, su nombre no aparecerá inscrito en el cielo. Una norma.

He ahí un grave problema para los posteriores investigadores.

UN PUEBLO SENSIBLE Y RELIGIOSO

Sólo en un pueblo profundamente religioso podía cundir esta veneración, esta adoración de los iconos. Y el auténtico pueblo ruso lo es. El pueblo ruso lo considera como una representación viva del santo, con energías espirituales, con fuerzas místicas, como si el alma allí estuviese asentada para dotarlo de voluntad.

Este sustrato religioso perdura. Y perdurará.

Gogol dijo: «El alma rusa es misteriosa, fiel, grande y contradictoria.»

Un joven de hoy, el señor Aragonés, que conoce aquello, me ha contestado a la misma pregunta: leal, noble muy creyente, casi fanático, compasivo, hospitalario, fatalista.

Un campesino ruso, sea de las feraces tierras del Dnieper o de las zonas forestales del Arctico, apenas abre las puertas de su hogar no ve a la familia. Ve primero el icono, tal vez herencia de sus antepasados o regalo de los hijos en alguna fiesta familiar. Antes de entrar hace una profunda flexión de tronco, a veces casi llega al suelo, y se santigua al modo oriental: haciendo la cruz de derecha a izquierda.

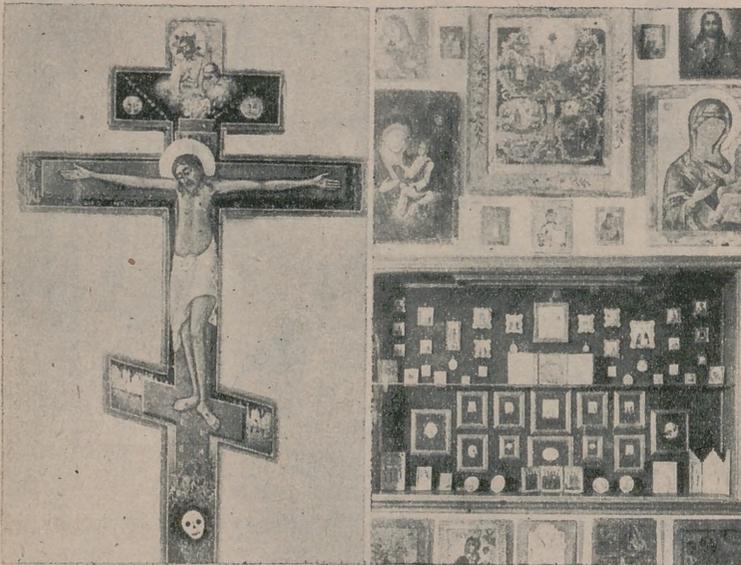
Ese mismo campesino no bendecirá a los hijos con la mano, ni dará la mano a besar. Las manos del hombre son pecadoras. Con un icono, entre los muchos que suele haber en un lugar determinado de la casa, «el rincón rojo», impartirá solemnemente la bendición, y luego cada uno se acercará a rendir el tributo de un beso en la efigie toscamente pintada. Allí quedan los iconos como santos protectores de los miembros del hogar.

UN MUSEO DE ICONOS

Esperando el ascensor apareció por la puerta de la calle un señor alto, grueso, vestido de oscuro y sombrero negro. Lo más distintivo era su porte; algo así como el de un gran señor andaluz. Mucho empaque y lentitud de movimientos.

—Pregunta por usted —le dijeron señalándome.

Abrió su piso —debiera tener una denominación de más amplia significación—, cedió el paso con ese aire de nuestras tierras del Sur, y creo quedaría pendiente de mi probable reacción. Casi segu-



Izquierda: Cruz de madera perteneciente también a la escuela de Novgorod, siglo XVI.—Derecha: Uno de los rincones del museo particular de Sergio Otzoup

ro. Porque mis ojos tropezaron con verdaderas caravanas de elefantes y elefantitos, blancos y negros—los unos, de marfil; los otros, de caoba negra africana—, dispuestos en fila india en los entrepaños de librerías que cubren las paredes del vestíbulo. Unos setenta y siete elefantes.

—La buena suerte —aclaró casi irónico.

—¿Los elefantes?
—Eso dicen en Oriente. Siete elefantes traen la buena suerte. Yo tengo once veces siete. Pero no puede haber dos del mismo sitio ni regalados por la misma persona.

Fuimos pasando revista. De derecha a izquierda iba en aumento el tamaño.

—Ese, de Saigón. Ese, de Colombo. Aquél, de Singapur.

—¿Ha recorrido esas ciudades?
—El Asia y Europa casi enteras.

No había dificultad en el diálogo, porque don Sergio Otzoup, aunque de origen ruso, habla sin dificultad el español. Como el inglés, el alemán, el francés, el italiano, el sueco y el búlgaro.

Iconos, más iconos, encontré en la segunda sala. Al entrar, sobre un atril, un gran libro litúrgico, como nuestros misales, en caracteres cirílicos. Me pareció al principio visigodo. Iconos en la pared, casi tocando marco con marco, sin apenas espacios en claro. Iconos sobre una mesa. E iconos dentro de una vitrina empotrada en pared, que ilumina una barra de neón. Iconos por todas partes, menos en el suelo. En el suelo, apilados como cajas, libros referentes a iconos, escritos en ruso, alemán, inglés y franceses.

Después de recorrer con la vista, y en el mayor silencio, las paredes—pero las paredes completas—de la sala, pasamos a otra, tal vez más repleta por tener mesas adicionales. Más iconos, muchos más iconos, de todos los tiempos y escuelas.

—¡Un museo!

No cabía otra palabra. Y dudo, además, que haya—dentro o fuera de España—un conjunto más numeroso y completo de estas pinturas.

—Tengo «más que novecientas».

Este fallo idiomático me hizo recordar que estaba al lado de un ruso. Nunca lo hubiera creído, porque otras expresiones castizas y muy españolas me situaban al lado de un hombre de negocios en plena calle de las Sierpes de Sevilla.

—¡Ya!

Exclamé así al pisar una tercera sala: el comedor. Tenía delante jarrones, muchos cacharros de cobre de todos los tamaños, decorando como un friso móvil. Y platos azules de Talavera, a manera de pequeños rosetones, en la parte alta de las paredes. Dos chimeneas, bien guarnecidas de rejillas artísticas, invitaban a la charla en torno. Y varios morillos de buena labor, con sus baidilas y ganchos, hacían las veces de ventanas enrejadas.

Advirtió mi tránsito de los iconos a este conjunto decorativo típicamente nuestro.

—¡Es que soy español, amigo! Rió después de pronunciarlo con cierto énfasis, no desprovisto

de afecto. Apagada su voz, ni de tiple ni de tenor, sino borrosa por el tabaco, quedo mirándome fijamente, con los ojos—ojos que parecían de vista cansada—bastante abiertos y el párpado inferior tirando hacia abajo.

—¿Y eso?

—Dos ánforas fenicias.

Por su colocación en una especie de aguaderas me recordaron las cántaras de Lebrija, parte prácticodecorativa de las cocinas o portales de Andalucía occidental.

—Sí, señor. Soy español. ¡Y cuánto me gusta Andalucía!

Abrió un bar, y vi en su interior, muy espejeante: Jerez, Sanlúcar, Puerto de Santa María. Dió dos pasos atrás con los brazos abiertos, como para expresar la bienvenida sonriente.

En ese momento quebró el silencio el canto de un pájaro: «Cu-cu». Eran las siete y media de la tarde.

Al cuculillo precisamente prepara vivienda el ruso en la puerta de su «isba».

POR LAS ESCUELAS DE OCCIDENTE

—Cincuenta años coleccionando iconos.

Con cierto deje cansino, pero el dedo índice bien erguido, me lo hizo saber. Advertíase en el tono que incluso había historia. El período de cincuenta años quiere decir que fué truncada la empresa por la aparición del comunismo. Primero procuró salvar la vida. Y después de pasar por una checa logró llegar, en 1918, a Finlandia, y luego a Suecia.

—Todos ésos quedaron allá.

Señalaba unos treinta y seis iconos con una rúbrica en el aire.

—¿Y cómo los rescató?

Melancólicamente fué recordando; en Berlín, su residencia durante diecinueve años, dió la dirección de su casa de San Petersburgo a un alemán que hacía viajes frecuentes a Rusia.

—Un día se presentó con los iconos.

—¿Cómo!

—Los compró a los bolcheviques.

Mientras avanzaba por la habitación con la cabeza un poco caída, iba diciendo:

—Casi todos figurarán en la Exposición.

De pronto se detuvo y, girando un poco, preguntó:

—¿Qué le parece?

Indicaba un icono de buena factura, colores oscuros y figuras alargadas.

—Del Greco.

—No.

—¿Y ése?

Era una efigie de la Virgen —Nuestra Señora del Signo—, a través de cuyo pecho transparente veíase el Niño.

—De Dalí.

—Tampoco.

Pendiente un rato de mis posibles gestos, terminó sonriendo.

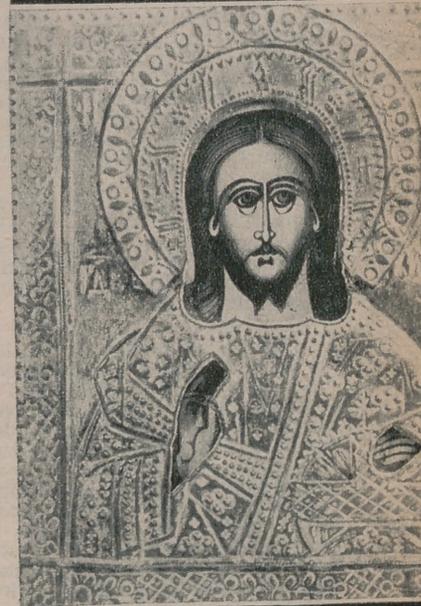
—Pero en esos otros hay clara influencia italiana.

—Sí, señor. Monjes de Oriente vinieron a Occidente. A Florencia, Venecia, Amsterdam, Rotterdam. Italiana es la influencia más vigorosa.

—¿Qué razones hay entonces para esa pintura alargada cuyo número indica que no es cosa casual?



Las trece fiestas principales de la Iglesia Oriental. Tabla policromada del siglo XVIII. Escuela de Moscú



«Pantokrator», tabla cubierta de metal, siglo XVII. Influencia germana

—Una consigna o norma del reglamento de pintura sacra de los monjes del monte Athos; las figuras para la contemplación hay que hacerlas alargadas.

Unos poliptycos, colcados no lejos, parecían miniaturas de los grandes retablos de nuestras catedrales. Tantas coincidencias obligan a investigar en el tiempo.

DE BIZANCIO A MOSCÚ

—De las manos del apóstol y evangelista San Lucas, que también fué pintor y médico, salió el primer icono.

De Oriente, por tanto. Su área geográfica puede limitarse así: Palestina, Siria, Asia Menor, Creta, Bizancio, Grecia y Rusia. La principal escuela residió en Bizancio, hasta la llegada de los turcos. Este hecho dispersó los pintores de iconos por las islas del Egec, pero con visible descenso de valor artístico.

—¿Quién lo difundió por Rusia?

—El gran duque Vladimiro el Santo, propagador de la fe cristiana en Kiev, allá en el siglo X.

Vladimiro llevó consigo artistas, pintores griegos, de Bizancio, que con frescos y mosaicos empezaron a decorar las primeras iglesias de la bella ciudad del Dnieper. Brotó así una escuela de pintores de alta categoría, que sucumbió ante los mogoles en el siglo XIII. Hasta entonces fué un arte grecobizantino, regido por el canon severo de los monjes de Athos.

—¿Los primeros síntomas de autonomía y personalidad rusas?

—En Novgorod, a principios del siglo XIV. Había otras escuelas, como las de Tver, Pskov y Vladimir-Sudal; pero la de Novgorod superó a todas, y además resultó incólume de las embestidas de los mogoles, a pesar de su fabulosa riqueza en aquellos tiempos.

El señor Otzoup continúa diciendo que a Novgorod llegaron en el siglo XII Petrovi y Theofán, griegos, a cuyo lado fueron formándose los nativos.

—¿Entonces el padre de este arte ruso quién es?

—Al gran Rúblev se considera el mayor artista de arte religioso. Pero el padre del icono típicamente ruso es Teófan. En éste se reúnen las características de la escuela de Novgorod: composición, líneas, ritmo y colorido. Hay más pureza de estilo y técnica excelente.

—¿Cómo perdió Novgorod la primacía?

El señor Otzoup se echa atrás, como indicando que hay mucho que contar. Y con un castellano poco vacilante fué contando:

—Los reinados de Iván III y IV marcan las fechas del traslado de Novgorod a Moscú, todavía dentro del siglo XVI. El IV, a pesar de su sobrenombre «el Terrible», fué muy amante del icono. Este Zar de Moscovia, cuyo título se le confirió por vez primera en 1537, aprovechó un incendio de la capital para hacer una verdadera leva de iconos y pintores del país con el propósito de restaurar y decorar las iglesias. Así, marcharon en bloque los artistas de Novgorod. Luego, el tremendo saqueo a que fué sometida por el mismo Iván el Terrible acabó definitivamente con sus talleres. Y quedó Moscú.

SIMBOLO DE LA RELIGION RUSA

En los varios viajes alrededor de las salas pude observar que el tema de la Virgen—ellos prefieren denominarla Madre de Dios—es la predilección de los artistas de iconos.

—Son menos las advocaciones que en Occidente. Allí se repiten más.

De todos modos, esta coincidencia en la devoción mariana es un puente que, cimentado en la vieja y común fe, une la isla del Oriente ortodoxo con la tierra firme de la Iglesia de Roma. Más lejos quedan quienes, más cercanos geográficamente, apartan sus ojos de la Madre de Dios.

—En Rusia ha de haber advocaciones marianas populares, nacionales.

Rectamente nos dirigimos a cuadros marianos cuya situación puede localizar ciegamente el señor Otzoup. Tal vez pasa revista a diario. Erguido, muy derecho y con el brazo extendido, fué diciendo:

—Wladimirskaia... Tigvinskaia... Iverskaia.

A cada indicación seguían unos pasos en busca de otro cuadro. Al final, la siguiente conclusión: he ahí la Virgen del Pilar, Guadalupe y Covadonga de Rusia. Es decir, sus equivalentes en aquellas lejanas tierras.

Aunque algunas de las glorias y prerrogativas marianas, aceptadas hoy como dogma en Occidente, tuvieron su comienzo en Oriente, no suele ocurrir que las advocaciones, concretamente rusas, coincidan con las de por acá. Llevan denominaciones de muy larga pronunciación y frecuentemente relacionadas con el estado de ánimo de un pueblo que sufre. Así, uno de los iconos, ahora ante mis ojos, se denomina: «Madre de Dios, alegría de todos los que sufren».

Tampoco deja de ser para nosotros curiosa la interpretación, o tal vez ejecución, de los misterios cristianos, desde el Nacimiento del Hijo de Dios, ejecutado de muy diversas maneras, hasta la Sagrada Cena, en mesa redonda, nimbados todos los apóstoles, incluso Judas. El cariño materno de la Virgen hacia el Niño lo he visto expresado, cara y cara juntas, de una manera muy original artísticamente, que humanamente no lo es porque responde al gesto más primario de este afecto.

—Señor Otzoup—dije, deteniéndome—, ¿qué representa esto para el pueblo ruso?

El señor Otzoup parece que convocó todas sus fuerzas para contestar. Firme, muy firme, lo fué haciendo.

—Este arte de los iconos fué la primera expresión del pensamiento religioso y de la piedad popular. Después ha pasado a ser el símbolo de la religión rusa, el

enlace entre el alma y la creencia del campesinado.

Estas palabras me hicieron recordar cuanto se dijo en el Concilio de Nicea: las sagradas imágenes pertenecen en algún modo al magisterio espiritual de la Iglesia. La elaboración de imágenes no es invención de artistas, sino ley y tradición de la Iglesia.

La Iglesia no ha negado al arte la calidad de testigo de la tradición y del sentir, valores positivos en la argumentación teológica. ¿Acaso los «Inmaculadas» de Murillo no fueron expresión del pensar y del sentir de Sevilla en los días de su gran movimiento concepcionista?

—El icono es algo profunda y firmemente enraizado en el alma rusa, ¿no es así?

—No hay casa sin «rincón rojo».

Rápidamente movió los brazos, en gesto característico del que cae en la cuenta de algo. Inclinado hacia mí, fué reforzando con la mano cada palabra que pronunciaba, lo mismo que un director concreta con la batuta cada nota de un compás.

—El color rojo no es comunista. Es el color nacional de Rusia, que a veces se usaba como símbolo de bello. Un color que ya servía de fondo al lugar más venerado de un hogar: el rincón desde donde los iconos presiden la vida familiar.

UN NUEVO MUSEO A LA VISTA

Casi en la puerta de salida, me volví.

—¿Qué le movió a esta colección?

—La fuerte impresión que en mi infancia me hizo la mística de estas tablas.

Al reanudar la marcha insistió:

—Me llegaba al alma, me conmovía ver cómo el pueblo, sufrido y cansado, se entregaba con entera fe a los iconos.

—No ha sido, pues, por pura afición artística.

—No. No ha sido ésta la más potente fuerza que me ha llevado a lograr este conjunto. Tal vez nació después.

Y recorrió con mirada entre melancólica y cariñosa todas las paredes. Luego me detuvo con mucho interés:

—Tengo la intención de donarlos al pueblo español para que las generaciones venideras sepan que, por encima de la geografía y la historia, hay un puente entre los pueblos: la fe y Dios.

JIMENEZ SUTIL

En el número 38 de POESIA ESPAÑOLA

encontrará las firmas de Jesús Acacio, Manuel Álvarez Ortega, Carmen Conde, Joaquín de Entrambasaguas, Ramón de Garciasol, José Gerardo Manrique de Lara, Juan Antonio Liaño Huidobro, Carlos Edmundo de Ory, José Luis Prado Nogueira, María Teresa de la Puente, Felipe Sordo Lamadrid y Antonio Víctor.

Precio del ejemplar: DIEZ PESETAS.



EL PRIMER CERTAMEN NACIONAL DE HABANERAS SE CELEBRARA EN TORREVIEJA DEL 7 AL 14 DE AGOSTO

TORREVIEJA, frente al Mediterráneo, acaba de recordar las habaneras que cantaba hace cincuenta años. Y las viejas habaneras, nunca perdidas, pero sí a veces olvidadas, han vuelto a sonar frente a la playa, entre las dulces casuchas del barrio de pescadores, hasta hacer llorar a los viejos lobos de mar sobre sus pipas, hasta hacer suspirar de nostalgia sobre las redes a las pescadoras más ancianas.

Torrevieja se ha estremecido. Cantan los dos coros de la población las habaneras que importaron capitanes de tremebundas guías. Capitanes del mar, aventureros de la vela, que se sabían de memoria los seis meses del viaje de ida y vuelta de Torrevieja a Manzanillo, o a La Habana. A ellos, entre el ron y el aguardiente, se les quedaban prendidas las lánguidas palabras de canciones con ritmo de hamaca. Y a veces se las traían para acá, entre el cargamento de caoba como el mejor regalo de su último amor cubano. La caoba y la canción se quedaban aquí, en Torrevieja, mientras ellos volvían a cruzar el mar, satisfechos de su cargamento de tejas y ladrillos.

Por eso todo el mundo en Torrevieja sabe habaneras. Algunos habían olvidado que las sabían y se han sorprendido al descubrirse dentro letras, música y ritmo de una lejana juventud. Las voces más roncadas han vuelto a sonar emocionadas, y el recuerdo de Cuba, «la isla hermosa», flota sobre la playa, traída y llevada por los más melancólicos acordeones del puerto.

Por eso también —por todo eso— el I Certamen Nacional de Habaneras va a celebrarse este verano del 7 al 14 de agosto, en Torrevieja, al mismo tiempo que en Cuba se celebra una Exposición de La Habana actual y La Habana del siglo pasado. Contribuyen al certamen con importantes premios la Sociedad General de Autores de España, Compañía Transatlántica, Dirección General de Prensa, Instituto de Cultura Hispánica, Diputación Provincial, embajador de Cuba en España y algunas destacadas personalidades cubanas.

AL SON DE LA HAMACA
La habanera es una canción

EL RECUERDO DE CUBA FLOTA SOBRE UNA PLAYA MEDITERRANEA ANIMADA POR LOS SONES DE GUITARRAS Y ACORDEONES

blanda. No más danza que canción, sino más canción que danza. Es música para disfrutar, para oír tendido a lo largo de la hamaca, contemplando el vaivén de las palmas y el inmóvil cielo azul.

Cuando los bravos capitanes de Torrevieja y de Levante se decidían a dar una vuelta por la manigua, era ésta la estampa que ofrecía la cubana guajira:

*La palma que en el bosque se
[mece gentil,
tu sueño arrulló.
Y un beso de la brisa, al morir de
[la tarde,
te despertó.*

Música de fondo de las interminables tardes tropicales en las que la cubana guajira se hacía abanicar con inmensos «pays», mientras sorbía algún refresco. La habanera no podía por eso nacer con otro ritmo que el que marcaba el ir y venir de las hojas de palma. Ritmo arrullador, perezoso hasta —sobre todo— en sus puntillos. «Tan... ta, ta, ta. Tan... ta, ta, ta. Tan...» Hacía el ritmo de la canción. Y el bosque de palmas, como un eco, repetía el mismo ritmo contra el bongo inmenso del cielo.

Nace la habanera en el siglo XVII, y sobre sus orígenes se han dado y pronunciado muchas hipótesis. Se ha hablado de la procedencia árabe de la habane-



Los cubanos y los torrevejen- ses no han olvidado las viejas habaneras. Las voces sue- nan emocionadas

ra, de la procedencia hispánica de todas formas. ¿Nació esta canción de alguna canción española importada por los conquistadores a aquellas tierras? ¿Tuvo su origen en el «tango español» con modificación del «tempo» o movimiento que en el tango es vivo y lento en la habanera? Es posible. Lo cierto es que la habanera, tal y como triunfó en España, hacia el setenta y tantos del siglo pasado y aun a finales de siglo, es la canción traída por los capitanes torrevejeneses hasta el litoral mediterráneo. Es una canción críolla, la contradanza cubana. En Cuba, el ritmo estaba en plena boga y en las tabernas de La Habana y Manzanillo se oía siempre. Aprendía la gruesa bota del marino a marcar el ritmo y se unía el vaso a reforzar el lento vaivén de la canción. Así aprendieron «La palcma», aprendieron «Tecla» y aprendieron todas las habaneras que se cantaban dedicadas a las chicas más bonitas.

LA MULATA TECLA Y LA MULATA TRINIDAD

Porque las habaneras rara era la vez que no hablaban de alguna beldad más o menos esquiva, siempre encantadora. Canción



El mar no separa, une a los pueblos, por él Torrevieja está tan cerca de Cuba

criolla, la habanera, las más de las veces se dedicaba a ensalzar los encantos de las mulatas. Las mulatas, los cafetales y las palmas: he ahí los cauces por los que se desliza lento el ritmo señorial de la canción. Y de la mulata Tecla y la mulata Trinidad eran las más conocidas por todos. Sobre todo Tecla.

... la mulata que yo camelé camelaba con sal...

A los marinos les gustaba decir, aunque sólo fuese en una canción, que se habían «camelado» a alguien. Y a los marinos de Torrevieja más que a nadie. Por eso aquello de Tecla les salía del fondo del alma.

Tampoco la mulata Trinidad se quedaba muy lejos en las preferencias de nuestros lobos de mar. Sólo que la mulata Trinidad se limitaba a pasear «por las calles de La Habana». Por lo menos en la mañana de la que habla el principio de la canción. Del destino de la pobre mulata Trinidad nadie ha estado nunca muy seguro, porque la letra solía fallar al llegar a la última parte. Y las versiones varían.

Fuera como fuese, el caso es que, terminado de hacer el accipio, volvían los veleros Océano Atlántico adelante, con todo su golpe de capitán y oficiales de patillas bien cortadas, decían adiós a las Azores en cuanto podían y hacían lo posible por llegar cuanto antes al Mediterráneo, que era como estar ya en casa. Además, en el Mediterráneo, con tener más calma, se les volvía el alma de música, y las canciones aprendidas, con cafetal, mulata y todo, reaparecían en las noches de bonanza. Sonaba el acordeón en cubierta y en seguida empezaba aquel rítmico golpear de botas aprendido en La Habana o en Manzanillo. Era como estar de regreso en la tierra dulce de Almedares, del San Juan y del Yumurí ¡y tan cerca de Torrevieja!

LA POLITICA, LA SATIRA Y «LA PALOMA», DE IRADIER

Ya hemos dicho que la haba-

nera, allá en Cuba, no se bailaba: se oía. Para bailar estaba el danzón. La habanera se limitaba casi a ser canción. Canción señorial y aristocrática. Quizá por esto, casi al mismo tiempo que ella, nace una hermana suya más popular, llegada directamente del pueblo a los salones. Es la «guajira de salón», muy parecida a la habanera, pero con la que es posible guardar menos respeto. Esta sí que se baila y se requete-baila en todos los salones de La Habana por aquellos felices años del 60 al 90. La habanera siguió siendo siempre algo mucho más solemne y como de más etiqueta.

Esto no quitaba para que el pueblo cubano cantase habaneras. Y hasta para que las más bonitas saliesen de él. Y para que su gusto por las habaneras perdurase y fuese mucho más allá de lo que la moda musical de la época ordenaba. Ha sido el pueblo cubano el que ha seguido cantando habaneras cuando ya nadie las cantaba en los salones, cuando otros ritmos y otras formas triunfaban. Como los torrevejenses. Y ellos fueron también los que más celebraron la canción del español Iradier, hasta el punto de propagarla por el mundo entero.

Es curioso esto de que una de las habaneras cubanas más célebres haya sido escrita precisamente por un español, por un vasco, para más señas. Iradier, el bohemio, el mal trajeado, el soñador eterno, hizo para Cuba una de las habaneras más bonitas. Y se la regaló a la isla así, tranquilamente, para su colección. No es que Iradier permaneciese mucho tiempo en Cuba, pero durante el tiempo que estuvo le subyugaron los ritmos y formas de la canción cubana, y llegó a captarlas de tal modo que en el momento actual «La paloma», conocida en el mundo entero, pasa por ser cubana.

Si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona...

La habanera en cuestión fué cantada delante de Maximiliano y Carlota en el entonces teatro principal de La Habana. Lástima

que desde siempre la primera estrofa de esta canción haya servido para hacer letras irónicas y alusiones políticas del momento. De la estrofa sólo el primer verso se conserva intacto en estas jocosas versiones.

Si a tu ventana llega...

Lo malo es que lo que a continuación ha ido llegando a la ventana ideada por el pobre Iradier han sido toda clase de personajes políticos y de animales molestos, desde un gato flaco hasta algún que otro señor con mostachos con significación en el momento político. Pío Baroja refleja y copia muchas de estas habaneras políticas en algunos de sus escritos.

HISTORIA DE LA HABANERA «TÚ»

Muchas habaneras tienen su «pequeña historia». Este es el caso de la habanera «Tú», de Eduardo Sánchez de Fuentes.

Cuando Sánchez de Fuentes empezó a escribir habaneras ya este género había decaído. En los salones principales de la capital ya no se oían habaneras. Sin embargo, firme el compositor en su empeño, logró resucitar este bello género de canción, de la que es compendio y gloria para el pueblo cubano la habanera «Tú».

La historia... La muchacha era la más bella de La Habana. El pelo, los ojos, la voz... todo contribuía a enamorar al músico. El compositor deseaba tutear a su cubana. ¡Cosa difícil! Aquellos tiempos no eran como los que corren, y tutear a una muchacha a la que apenas se conocía no se estilaba. A pesar de todo, Eduardo deseaba poder decir «tú...». Y «Tú» nació.

En Cuba, la isla hermosa del ardiente sol, bajo su cielo azul, adorable trigueña, de todas las flores la reina eres «tú».

Sigue la canción, y el amor a la tierra y a la mujer. La admiración por ambas se hace una.

Dulce es la caña, pero más lo es tu voz, que la amargura quita del corazón. Y al contemplarte suspira mi laúd, bendiciéndote hermosa sin par, porque Cuba eres «tú».

«TÚ», «TECLA», TORREVIEJA Y VILLAVERDE DEL CAMINO

La habanera «Tú» se vino por la ruta de los veleros, de la caba y de las patillas de los capitanes torrevejenses, hasta España, hasta Torrevieja. Y en Torrevieja casi todo el mundo se acuerda de la música de la famosa habanera, aunque sea para cantarla con la letra de «Tecla». Cantar la habanera «Tú» con la letra de la mulata «Tecla» es algo nuevo, original, inventado aquí, en Torrevieja y extendido por Levante y SE. Porque en toda esta zona las habaneras constituyen algo así como el folklore más típico. Y en algunos pueblos más o menos alejados, hasta el único folklore

existente. Ahí está, por ejemplo, Villaverde del Camino, en la provincia de Huelva...

En Villaverde del Camino nadie canta otra cosa ni sabe otra cosa que no sean habaneras. Dulces y lentas habaneras con letras que a veces dan que pensar. Versiones españolizadas de las más puras habaneras cubanas, y otras veces habaneras españolas de lo más cubano. También aquí, en Villaverde del Camino, la habanera «Tú» la cantan con la letra de «Tecla». Por lo visto, con una otra melodía, a «Tecla» la sigue emulando todo el mundo.

Ella, «Tecla», no se limitó a quedarse aquí. Y con las demás zambullas, los cafetales y el ritmo de hamaca, fueron todos juntos volviendo hacia el Norte, irrumperon en la región catalana, y desde hace mucho tiempo se han aclimatado a la región hasta tomar carta de naturaleza. La habanera catalana, como la aliñantina, ha ido teniendo día a día más y más sabor español. Luego se corrió hacia la meseta, vino a Madrid, se asomó por las zarzuelas, se hizo más y más castiza». El mundo casi entero ya creído desde hace mucho tiempo que la habanera era algo genuinamente español, cuando no era sino algo «genuinamente» adaptado.

Eso sí, muy bien adaptado.

LAS HABANERAS DE NUESTRAS ZARZUELAS. LA BOMBILLA Y LOS «SALONES»

Todos los compositores del género lírico del siglo pasado han compuesto habaneras. Apenas hay zarzuela en la que no exista una canción montada con este ritmo. Cantaban todos. Igual que picaban hacían su «schotis», su pasodoble y su relamido dúo a la italiana. Picaron Bretón, Penella, Chueca y casi todos los autores del género lírico, sobre todo los de «género chico».

Luego, las notas de la habanera de «La Gran Vía» —«Pobre chico, la que tiene que servir»— sonaban en el organillo verbenero de la Bombilla, para deleite de chicos y estudiantillos a medio arruinar o arruinados del todo. El lugar era Casa Juan o en cualquier otro merendero tan castizo como éste, de los muchos que había por los alrededores.

Aunque los de bombín, los amantes del baile, de verdad, de verdad, estaban en los «salones». Y los pomposamente llamados «salones» sólo eran dos: La Rosa Blanca y Provisiones. En cualquiera de los dos había mucho que poder admirar: un gran salón cuadrado con sillas o bancos corridos, adosados a la pared, para los mirones, o las pobres muchachas que «comían pavo», y otra habitación pequeña al fondo, donde servían vino, vino a secas, a los caballeros y vino dulce a las señoras. En el centro de la pista el «bastonero», la mayor parte de las veces con aspecto de catadura de licenciado de prescripción, ordenaba la buena marcha del asunto y obligaba a todo el mundo a bailar en círculo. Era como dar vueltas a la noria, y por nada de este mundo estaba permitido detenerse. ¡Buenos se hubiesen puesto los magos de la



Huellas de la presencia española en Cuba. Esta es la catedral de La Habana

danza! Allí se bailaba ca-i como haciendo un ejercicio militar y se daban las vueltas a golpe de bastón..., y al que se desmandaba... Al que se desmandaba, golpe de bastón también.

COMO SE BAILABA UNA HABANERA «CASTIZA»

El «schotis», la habanera y el pasodoble andaban en estos lugares bien cogidos de la mano. Como se bailaba al son del organillo, uno tenía que tragarse el rollo entero de cada zarzuela o irse. Y ya se sabía... pasodoble, habanera, «schotis». Por estos años del 15 al 18, la habanera era ya tan castiza como el pasodoble, y la gente lo bailaba de una manera muy castiza también.

Si se bailaba la habanera. La habanera, que primitivamente en Cuba sólo fue canción y más que nada canción de arrullo, aquí en España fué baile y castizo.

Los de Provisiones la bailaban muy tiesos, sin pizca de aquella flexibilidad que pudiera haber recordado la de la palma. Porque estaba mal visto hacer contorsiones, y los buenos bailarines parecían palos con pies de duende. ¡Allí era la de San Quintín cuando

do la habanera de «La verbena de la Paloma» comenzaba a pasar en el organillo! En cuanto se oían las primeras notas, aquello de:

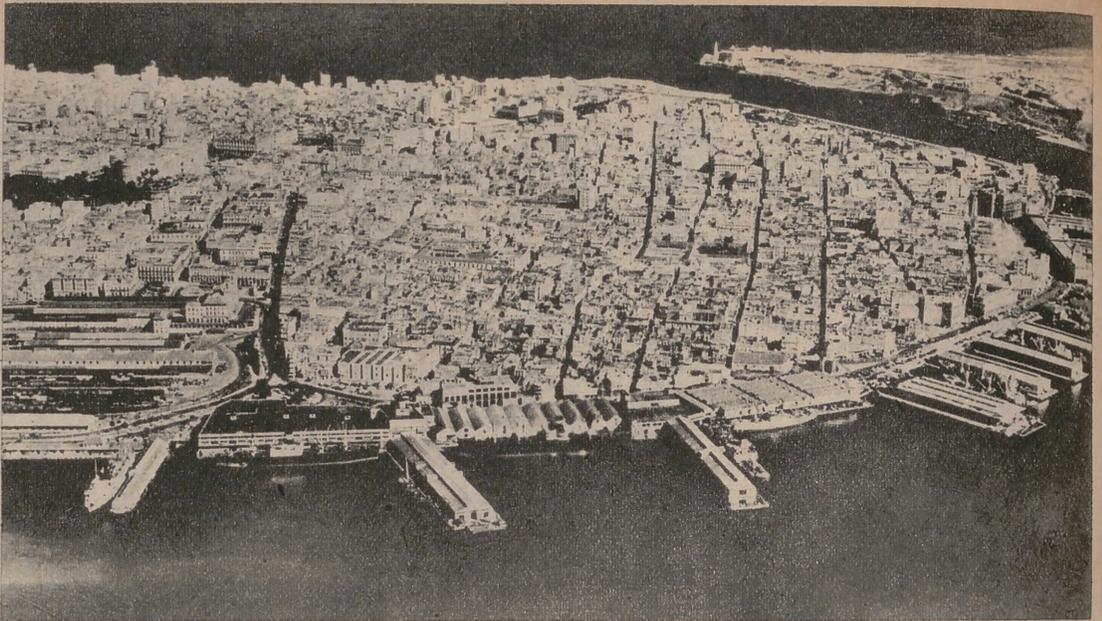
Dónde vas con mantón de Manila, dónde vas con vestido chiné...

ya estaban los elegantes del baile, los presumidones de turno por ver de bailar la pieza con alguna de las «reinas» de la sala, la mayor parte de las veces feas como demonios, pero que bailaban como ninguna otra mujer en Madrid y aun en muchos kilómetros a la redonda. Ellas escogían —aceptaban o se negaban—, y a veces había sus navajazos y sus silletazos por estas causas, hasta que el tío del bastón volvía a ordenar la rueda. Se restañaban las heridas, se echaba una caña de vino al coleteo y el ritmo del baile recomenzaba. Todos serios y tiesos, a bailar la habanera.

Si se cambiaba el rollo del organillo, los «bailarines» se retiraban

Torrevecija es conocida en todo el mundo por sus famosas salinas. Un tesoro blanco





Vista aérea parcial de
La Habana

ban, «reservándose». Bailaban o no, según quien manejase el manubrio del instrumento, que por lo visto también tenía sus trucos. Y si el que lo llevaba no era mozo de su confianza, permanecían orgullosamente a un lado, sin bailar, hasta que el rollo se terminaba, o hasta que el manubrio cambiaba de mano. Luego... duro con el «schotis» ceñido, con el pasodoble farolero y con la habanera hecha casi ejercicio gimnástico.

*Todas las mañanitas viene la
[aurora,
y se lleva a la noche triste y
[traidora...*

Con la habanera de «Don Gil de Alcalá» eran otras muchas las que estaban en boga. La habanera del «Pom-Pom», de «El pobre Valbuena», era también otra de las favoritas del público de los «salones» de la Bombilla, y hasta de las «cachupinadas» de la clase media, en la que la niña de la casa nunca podía dejar de tocar una habanera.

CUANDO A LA HABANERA LA HICIERON ESPAÑOLA HASTA EN LAS OPERAS. RECUERDO DE UN VELERO

La habanera en España ya no era la misma que llegó de Cuba. En Cataluña se hicieron habaneras, y un catalán fué el autor de «Niña Isabel», historia de mulatas

y cafetales tanto como era de rigor. Sin embargo, no fué ésta la tónica general. La tónica general de la habanera «española» fué la de no seguir la tradición de las letras cubanas. Las de nuestras habaneras son ricas y variadas y trabajan cualquier tema que nunca, o casi nunca, era el tema de los cafetales y las mulatas.

Esta es la habanera que se hace célebre en el mundo. Esta, la habanera cuyo tema buscaba Bizet durante el tiempo que vivió en Triana, cerca del Cristo del Cachorro, entre los temas españoles que iba recogiendo para su ópera «Carmen». Aunque luego la habanera de la ópera no le costase mucho componerla porque se la regaló, por las buenas, el gran bohemio de Iradier, el ya nombrado autor de «La Paloma», según toda evidencia, por motivos económicos. La habanera de «Carmen» es la habanera del genial Iradier, arreglada y atusada por Bizet para que sirviese de expresión a su heroína en el momento más culminante de la ópera. ¿Por qué eligió Bizet esa habanera, precisamente una habanera, como medio de expresión de Carmen en un momento patético? Indudablemente, no hubiera recurrido a esta forma de canción si hubiese siquiera sospechado que la habanera no era algo netamente español.

Dentro del género sinfónico son más, muchas más, las habaneras que se han compuesto. Existe una de Chabrier, para piano, y también Ravel compuso otra para su «Rapsodia española», sin contar las de Sarasate, Albéniz, Debussy...

Y es que desde España, la habanera irradió al mundo, se internacionalizó, siempre provista de un sello especial, de un algo nuevo que había adquirido a su paso por nuestra tierra. Y a la vez de difundirse, la habanera, aunque ya no de moda en los «salones», siguió viviendo entre el pueblo, entre los viejos marinos que la importaron, allá en el puerto de Torrevieja. Todavía pisan fuerte algunas de las botas que hicieron retemblar Jesús y María. Todavía suenan roncadas voces que «camelaron» mulatas, que si no se llamaban Tecla bien podían haberse llamado así.

Por eso a los acordes torreviejenses y a sus coros les es fácil recordar lo que nunca olvidaron: el recuerdo hecho música del último brote de España.

*Como un arrullo de palma,
como el cantar del sinsonte...*

Sobre la ceniza de la pipa se queda una lágrima.

¡Era tan bello el día que el Mediterráneo aprendió esta melodía de un velero!

María-Jesús ECHEVARRIA



En las escuelas y colegios cubanos, las corales mantienen la actualidad de las viejas habaneras



Un conjunto vernáculo de infantiles músicos participando en la «Fiesta de la canción cubana».

SENTIDO DE COOPERACION

227

QUE la autoridad sea necesaria resulta manifiesto del análisis sistemático de la naturaleza de la sociedad. Ella es el postulado primero en la búsqueda del bien común. No obstante, para que el poder político, el dominio sobre los demás, sea justo y legítimo, no basta ver la necesidad y el fin de su institución. Es necesario también tener presente su origen y causa eficiente.

Bajo todos los aspectos examinaron los escolásticos la génesis de la autoridad política. De un teólogo español, luz en Trento, son estas palabras claras y contundentes: «Habiendo demostrado que la potestad pública es instituida por derecho natural, y teniendo el derecho natural a Dios por autor, es manifiesto que el poder público viene de Dios. El creó a los hombres de tal naturaleza y condición que sin sociedad, sin cooperación, no podría existir.»

Probado este origen superior de la autoridad legítima, quedaría por ver hasta dónde llega la responsabilidad cristiana y católica de esa necesaria y urgente cooperación individual y social. Cooperación que no sólo se refiere a la ejercida sólo entre los miembros de la sociedad, sino, de muy principal modo, a cierto estado de vinculación estrecha y permanente entre gobernante y súbdito, entre quienes obedecen y quienes gobiernan. Cooperar con la autoridad, asistirle de modo efectivo, es la consecuencia inmediata, después de admitir su legítima naturaleza. Y no hay medio más lógico, ni más justo de cooperación por parte del súbdito, que sentirse unido a los que gobiernan por lazos de una pura obediencia activa, de una sumisión racional y total, de una docilidad perfectamente en armonía con aquellas palabras del apóstol: «Someteos a toda humana criatura por Dios.»

Este es el espíritu colectivo y ciudadano de obediencia que la concepción católica del Estado propugna y defiende para el súbdito católico.

Frente a los eternos especuladores de la dignidad humana, contra aquellos que consideran la total sumisión a la ley como un acto de deshonrosa postura, como una mano tendida al servilismo, habló claramente León XIII: «Según la doctrina y preceptos católicos, la razón de obedecer es fácil, firme y nobilísima.»

No hay dignidad mayor para un súbdito católico que encontrarse siempre bajo la luz y jerarquía de quienes han sido elegidos para gobernar y conducir a quienes por voluntad o ley se les someten.

No es siempre la abierta rebeldía el único símbolo de protesta. Insumisión, falta de cooperación, desobediencia en definitiva, es también la omisión, la fría indiferencia, la voluntad de no hacer, tal vez por considerar que es la apolítica un estado normal o inmejorable del nombre.

Uno de los equívocos más funestos en la psicología del ciudadano moderno es este de considerarse hombre apolítico, súbdito abstencionista. Abstenerse significaría aquí huir de toda colaboración, sentirse al margen de hechos históricos. Este es el error. No se puede evadir la realidad política que nos rodea, esa realidad viva y operante en la que el mismo apolítico queda sumergido.

La postura del indiferente, del apolítico, de quien cree que omitiendo cumple, es hartamente funesta y sospechosa. Por de pronto, siempre se encontrará más cerca de la crítica que de la obediencia, más predispuesto a la opción personal que a la sumisión dócil y constructiva.

EL ESPAÑOL



**CONTRA
RESFRIADOS
GRIPE
REUMATISMO**

ASPIRINA

Eficaz e inocua

El remedio de fama mundial

CCS. 14356

CARTAS DESDE EL SUR DE FRANCIA

LOS ESPAÑOLES DE TOULOUSE VIVEN CON LA NOSTALGIA DE LA PATRIA

**Saint Cyprien, un barrio
casi andaluz**

EL bar de l'Opera, en Toulouse, se halla situado a cuatro pasos del Theatre Capitole, en la plaza del mismo nombre. El teatro es magnifico, de primera. El bar es un local muy coquetón, abierto día y noche, que tiene mucho giro. En estos últimos días he venido varias veces al bar de l'Opera, y siempre lo he encontrado rebosante.

El dueño de este bar es el señor Emilio Burch, de Barcelona, un hombre muy correcto, muy amable, que lleva en el sur de Francia la friolera de dieciséis años y ha sido pobre, rico, millonario, resistente, deportado, vendedor de verduras en el boulevard d'Arcole, camarero, pintor, parado, y ahora, al cabo de su larga aventura, posee este negocio amén de un taller de pintura al infrarrojo en colaboración con otro catalán, Fortet, natural de Arbucias (Gerona).

El catalán Emilio Burch era un chiquillo cuando, siguiendo la oleada del ejército vencido, atravesó la línea fronteriza. Pasó las de Cain entre las alambradas del campo de Argelés-sur-mer. Luego, al igual que tantos españoles, fue reclamado para trabajar en las grandes industrias de la Haute Garonne, y plantado en Toulouse, ahorró durante un año hasta poseer lo suficiente para adquirir algunas cajas de verduras. Se puso luego a vender éstas en el mercado, sin autorización, arriesgándolo todo. Trabajó, durante dos años, dieciocho horas diarias. Pudo ahorrar algún dinero y estableció varios negocios modestitos, que a veces le iban mal. Entre desastres, Emilio Burch, sin per-

der su ánimo, trabajaba en cualquier cosa, en lo primero que le venía a mano. Además, durante la dominación alemana estuvo en la «resistencia».

Emilio Burch fué deportado por la Policía del Reich. Entre Mathansen y Buchenwald, durante dieciocho meses aguantó a diario doce horas de trabajo a pico y pala y cuatro horas a pie firme durante las listas. Recibía como alimento un litro de sopa, ciento cincuenta gramos de pan, un cazo de café y un trozo de margarina. Tuvo que resistir situación parecida, además, en las fábricas de material bélico situadas en Greslo y en Weimar.

Ahí, en Weimar, le liberaron los americanos. Volvió a Toulouse sin un franco.

Ahora el catalán Emilio Burch disfruta de una aceptable situación, pese a lo cual trabaja aún mucho más que antes. Se acuesta entre las cuatro y los cinco de la madrugada—pues cuida muy de cerca el bar de l'Opera—y a las nueve se traslada al taller de pintura al infrarrojo.

Ha hecho, en el último año, varios viajes a Barcelona. Defesta la política de sus antiguos gerifaltes. Ama profundamente a España. En su café se reúne uno de los grupos de emigrantes ca-



Los puentes sobre el Garona separan de Toulouse el barrio de Saint Cyprien. Al fondo de la fotografía vemos la plaza de Toros

talanes: el grupo del llamado «Casal Catalá de la Plage Capitole», que cultiva el amor a Cataluña de una forma absolutamente objetiva, cariñosa y ajena a todo romanticismo separatista.

Aquí enfrente, en el teatro, representan una ópera italiana. Por lo tanto, en el bar de Emilio Burch—cuando llego a la cita, a eso de las nueve de la noche—hay un lleno imponente. Margel, el camarero, me indica que «le chief» me espera en el reservado con un grupo de «monsieurs espagnols». Busco al grupo de «monsieurs espagnols». Son cuatro o cinco. Se levantan y me estrechan la mano. Me hablan en catalán. Estamos en familia...

—¿Y usted es el que ha de escribir sobre nosotros?—pide un señor bajito, de ojos vivos.

—Eso deseo.

Se presenta:

—Yo soy, para servirle, Felipe Salas Brossa, vicepresidente del «Casal Catalá». Juan Clot, el presidente, no ha podido venir.

Burch—que está al lado de Salas—me presenta a otro de los reunidos:

—Ese señor es Luis Fortet, de

Arbucias, mi socio en el asunto del infrarrojo. Es secretario del «Casal»...

El de Arbucias es un hombre de unos cuarenta y pico de años, de estatura mediana, muy moreno, rizado de cabellos.

Siguen las presentaciones: —Aquí, el amigo José Ferrer Aymar, de Vilanova y Geltrú. Trabaja de pintor...

—Mucho gusto. El de Vilanova, es un hombre alto, melenudo, de ojos acerados. Salas me indica que me encuentro en presencia de un gran escritor y director de teatro.

—¿Organizan alguna representación teatral?—pregunto.

—Sí; pero son muy malos... —replica un caballero sentado al otro lado de la mesa.

—No le haga usted caso a ese Baró. Es viperino...—replica Salas.

El tal Baró estalla en una carcajada. Al reír, sus menudos ojos se empuerquecen.

Tiende hacia él la mano. Y la estrecha diciéndole entre guiños y sonrisas:

—Me llamo José Baró Ricart, y soy de Lérida. No creo que le importe mi filiación política anterior. Lo pasado, pasado. Ahora —señala con amargura en sus palabras— soy un apátrida profesional... ¿Quiere usted que le muestre mis papeles?... Tengo muchos y todos muy bonitos. ¡Verá qué colorido!... ¡Qué rabia y cuánto engaño hemos padecido!

El sufre, pero ríe, ríe mucho, y palmorea, y aparenta tomarlo todo a guasa.

—Baró—me indica Burch— es un hombre muy culto. Es profesor.

Marçel, el camarero, me sirve un «grog» caliente. Aquí eso de los «grog» calientes está a la orden del día. Reconfortan. El café que se sirve en los establecimientos suele ser malo. No puede compararse con el que se sorbe en las «barras» españolas. Carece de sabor y hasta de densidad. Dan mucho, eso sí, dan casi el doble que en España. Y su precio no es caro, comparativamente: cuesta de treinta a cincuenta francos la taza. Las cafeteras de vapor empleadas aquí, suelen ser, además, muy inferiores, a pesar de su gran vistosidad. Anoto eso, lo anoto, entre otros motivos, por nostalgia del negro cafetito peninsular. Con trampa o sin ella, los concentrados «café de café» que sirven en los bares españoles son mucho más sabrosos y aromáticos. Sépalo usted, amigo que me lee, y aumente la propina al camarero...

Felipe Salas Brossa, el vicepresidente del «Casal Catalán», se ha sentado a mi lado. Es un hombre simpático, agradable.

—Siento curiosidad—me dice— por saber qué piensa usted de nosotros, cómo nos ve... Además, sea sincero, se lo ruego, ¿podría usted indicarme cómo nos ven, qué piensan de nosotros los españoles residentes en España?

—Usted, señor Salas, es un simple español emigrante. Todos ustedes son unos españoles emigrantes.

—Nos falta información de España—alega Salas—. La Prensa francesa se ocupa sólo superficialmente de lo que pasa en nuestra Patria. Y no podemos hacer caso de la Prensa que sacan los di-

rigentes españoles extremistas de aquí, porque ellos viven del sesionalismo... y del engaño.

Fortet comenta, preocupado:

—Llevo dieciséis largos años alejado de España. El pasado verano, entre Burch y el padre Bohigas, que es un hombre excelente, me trajeron a mi madre. No quiero dejarme dominar por la nostalgia—susurra después de una larga pausa, conteniendo hasta el tono de su voz—. Trabajo, sí, trabajo... Tengo un negocio. Me debo a mi negocio... y desearía...

—¿Volverá usted?...

—Podría hacerlo. Me han prometido toda clase de seguridades. Quizá haga un viaje, con el tiempo... Pero...

—¿Qué?...

—¡Oh!... ¡No, nada!... Es que, a veces, de noche, cuando pienso en mi tierra, en mi comarca, en los manzanos de mi pueblo e imagino que estoy de nuevo entre los míos, yo..., ¿entiende usted? —Un poquito...

—...Yo, yo...—se esfuerza en contenerse, y le tiemblan las palabras—, yo ya no sé imaginarme un viaje a España... No podría volver luego a Toulouse... Toulouse tendrá su ambiente, tendrá su parecido con España, pero la tierra tira...

Felipe Salas, el vicepresidente, también desea volver. El verano pasado mandó a su esposa a Barcelona. Pasó ella un mes entre los suyos. Cumplidos los requisitos indispensables, nadie la importunó. El hombre me explica eso; pero luego pregunta:

—¿Y si a mí no me sucediera lo mismo?...

—No le ocurrirá nada. Si el consulado le extiende el visado puede usted entrar tranquilo y salir cuando quiera. Todo lo más, en caso de que le sean descubiertas anteriores actividades delictivas, le darán a elegir entre afrontar un juicio o volver a Toulouse...

—Es el veneno de la Prensa anarquista el que nos tuvo ciegos.

HISTORIA DE UN SARDANISTA

Salas cuenta su historia. El bailaba sardanas. Bailó cientos, y miles de sardanas en todas las plazas y calles de Barcelona. A él le gusta el folklore catalán, el teatro catalán, y las costumbres, y los guisos, y yo qué sé... Conoció a una muchacha entre dos sardanistas, y se puso a rondarla, y se casó con ella. Luego—ya de casados—los Salas siguieron bailando en cuanto había ocasión. Bailaban por bailar. Andando el tiempo, el matrimonio empezó a ser conocido en todas las reuniones donde soplaban una tenora. Salas era carpintero y su mujer modista. Iban tirando. Como el hombre sintiera repentina afición por eso que se denomina «el arte de Talía», actuó en un cuadro artístico. Iba algunos domingos, con ese elenco, a los pueblos de la provincia de Barcelona dispuesto a dejar chicas las glorias de Enrique Borrás. Vino la guerra, y Salas se fué a vivir a La Junquera. De pronto, con la retirada—alarmado por la propaganda comunista—pasó al otro lado de los Pirineos.

—¿Eso es todo, señor Salas?

—Esto es todo, se lo juro...

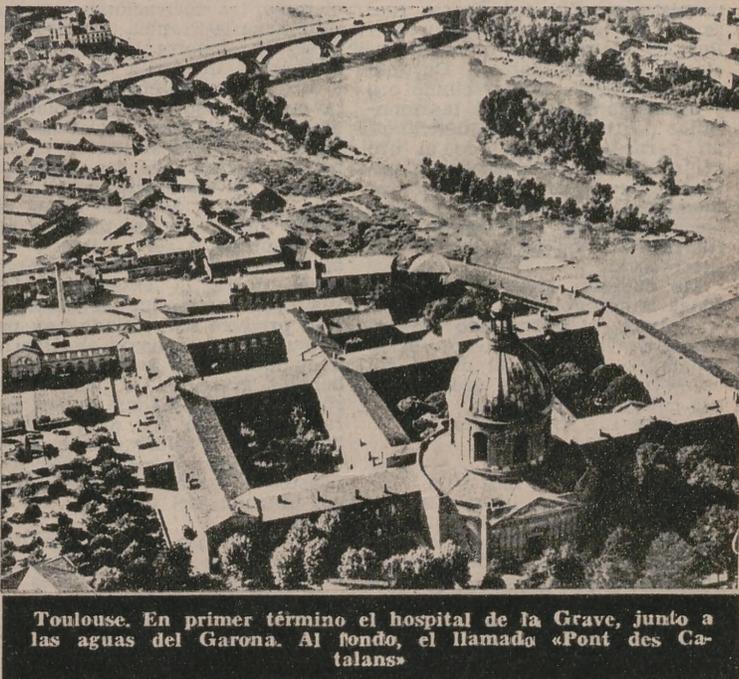
—Y bien, ¿qué teme usted?...

En Barcelona, actualmente, se bailan más sardanas que antes de la guerra. Y hay elencos de teatro catalán...

A este hombre, por cuestión de sus negocios, no le conviene cambiar de residencia. Tiene ya taller propio de carpintería, con gente a sueldo, y ha casado a sus hijos.

—Mi hija se casó con un andaluz, de Córdoba. Ya tienen dos chavales. Yo les puse un colmado, y se defienden bien. Mi hijo es carpintero, como yo...

Dieciséis años, claro, son muchos años. Salas ha sufrido sus años de escasez, y sus apuros económicos. Ahora está al frente de un negocio acreditado. Tiene fama por sus dotes escénicas. Según Burch, ese hombre borda el papel de «Manelic», en «Terra Baixa».



Toulouse. En primer término el hospital de la Grave, junto a las aguas del Garona. Al fondo, el llamada «Pont des Catalans»



—No le niego que me gustaría hacer un viajecito a Barcelona e ir a Montserrat.

—...Y bailaría usted algunas sardanas...

—...¡Con qué gusto!... Mi mujer volverá a Barcelona este verano, y al regresar me informará acerca de todo. Nos han llenado la cabeza. Nos han tenido aterrorizados...

—¿Los franceses?

—No, no, Los españoles que viven de la política. Los comunistas, especialmente...

«LOS COMUNISTAS NOS HAN DESACREDITADO»

Interrumpe Baró:

—Los comunistas nos han desacreditado. Hubo un momento, después de la Liberación, cuando Francia se estaba reorganizando, en que, por culpa de ellos, se nos cerraron todas las puertas...

—Ultimamente, el partido comunista español fué puesto fuera de la ley—comenta Burch—. Pero al término de la «resistencia» ellos mandaban. Durante muchos meses había recibido oro y armas lanzados sobre las montañas por los aviones americanos, en paracaídas. No todo el oro ni todas las armas sirvieron para luchar contra los ocupantes alemanes. Y, claro, con la paz, los comunistas emplearon esa fuerza en actos de terror, en represalias...

Me cuentan algunas historias, todas lamentables.

—Ahora, al haber sido puestos fuera de la ley, los comunistas españoles—prosigue el dueño del café—trabajan a las órdenes de sus colegas franceses.

—¿Son sus «banderilleros»?

—Algo muy parecido.

—¿Muy numerosos?

—No. Nunca lo han sido. Disminuyen, además, igual que disminuye el número de los que aun siguen la vieja política. ¡Son tantos los que están viendo claro en su interior y tantos los que llevan una vida muy dura...!

—¿Ha ido usted a ver el barrio de Saint Cyprien?—me pregunta Fortet.

Sardanas en la plaza de Castres

—No. Aun no...

—Andese por allí. Es el barrio español.

—Además—comenta Baró—, allí sólo se bebe manzanilla y se toca la guitarra.

Y Baró vuelve a reír intensamente por encima de sus ojos.

INTIMIDADES DE UNA GRAN CIUDAD

Llegan algunas señoritas.

—Son «las artistas»...—comenta Baró.

—¿Es que hay función?

—Hay ensayo.

El sardanista Salas me invita a pasar al salón de actos. La mayor parte de los cafés «toulousains» tienen salón de actos. Si a usted—señor que lee mi carta de hoy—le preocupan, por ejemplo, las derivaciones del partido España-Francia y desea exponer su importante opinión, no tiene más que ir a Toulouse—o a otra ciudad francesa, no importa cuál—y pedirle al propietario de un café que le alquile la «salle de conférences». Usted la llena de curiosos. Y les cobra la entrada, y les suelta su rollo a esos curiosos. Procure usted citarlos hacia media mañana de un domingo, a ser posible, y sea en su conferencia largo, largo, largo, hasta la extenuación de sus oyentes, porque la extenuación produce sed, y nada hay para quitar la sed como el «Byrrh» o cualquiera de esas marcas de bebidas grabadas en los ceniceros. Diga usted lo que quiera para demostrarle que aquí hay libertad, la «Préfecture» le mandará un par de gendarmes dispuestos a escucharle con la mayor atención del mundo, «por un sí acaso...»

En Toulouse—ciudad próspera—los cafés tienen «salles de conférences», y son capaces de perder la llave y no cerrar las puertas en mil noches y hasta pueden servirle a usted una succulenta cena a las seis de la ma-

drugada o un desayuno a media tarde.

Puesto a sacar trapitos, diré, además, que el sistema de cloacas de la cuarta ciudad de Francia es un sistema abierto, liberal, un sistema incapaz de ocultar sus bajezas, porque fluye a la luz pública, y atraviesa las calles, con orgullo. En la place Wilson, en la avenue Alsace-Lorraine, en la rue Jean Jaures, en el boulevard Strasbourg—y hablo de lo más céntrico y elegante—, instruye contemplar a la una de la tarde la enorme cantidad de cosas íntimas que flotan sobre un par de centímetros de arroyo artificial.

ENSAYO GENERAL

La sala de actos del bar de L'Opera es reducida. Sillas, un par de mesas, un piano, un atril, algo de polvo, un poco de humedad, gallardetes que aun cuelgan desde los bailes de Carnaval y ese aire indefinible de las salas de ensayo, tan especial. Me muestran un rótulo colgado de una pared. Reza este rótulo: «Consoci: Fem que la convivencia al «Casal», sigui agradable a tothom. Per lograr-ho, no fem política!...» (Consocio: Hagamos que la convivencia en el «Casal» sea agradable para todos. Para lograrlo, ¡no hagamos política!...)

El ambiente es frío. Nadie se quita los abrigos. Ferrer Aymá se sienta en un sillón de mimbre, saca una pipa, se cala las gafas y abre un libro de teatro, encima de una mesa. Frente a él se han sentado tres o cuatro hombres ya maduros y algunas jovencitas.

Alguien, a mis espaldas, apaga las luces. Brilla tan sólo una bombilla polvorienta, en el centro.

Entre las jovencitas hay una mujer hermosa, treintaña, que viste abrigo «beige». Ferrer Aymá, el director, la señala con la mano, y le apunta, en baja voz, lo que debe decir. Y ella, encogándose de hombros, murmura en catalán:



Así calman los emigrantes, la nostalgia de la Patria

—Esperando este casamiento, los vestidos que llevamos pasarán de moda...

Una morena joven, jovencísima, le contesta que sí, que tiene toda la razón. Les replica así señor, que debe ser algo así como el galán joven de la farsa.

Ensayan una obra del malogrado Luis Elias. La obra se titula «La tercera vegada...», y creo recordar que fué estrenada en Barcelona, hace un par de años, en el teatro Romea. Le digo esto a un señor que está a mi lado. Y éste se niega a creerlo:

—En Barcelona—objeta—está prohibido el teatro catalán...

—No lo crea. Le puedo asegurar que eso no es cierto...

—¿Usted qué sabe?...

—Vivo en Cataluña.

—Bueno, bueno; yo sé lo que me digo...

—En seguida me larga unas copias grabadas en multicopista. Indica:

—Lea esto y sabrá lo que son las cosas...

Examino los papeles. Todos ellos están dedicados a dos únicas cosas: a calumniar a España y a meterse con todos los carnavales políticos en el exilio.

El señor que se ha sentado a mi lado no es socio del «Casal». Simplemente se trata de un amigo. De vez en cuando, esa clase de amigos desfilan por la «salle de conférences», con la misión de hacer proselitismo.

—¿Por qué vive usted en Cataluña? ¿Es usted franquista?...

—pregunta, incisivo, volcándose sobre mí.

—Soy catalán, y, además, soy franquista, sí, hombre. ¿Qué pasa?

—Usted será un agente provocador...

—¿Dice usted?

—Un agente provocador...

—¿Pero por qué se empeñan algunos de ustedes en invertir los términos de las cosas?...

El tipo se levanta. Me mira de arriba a abajo, y se larga de la sala, con aire olímpico. Uno de los del cuadro escénico nos ha

observado, riendo, y se encoge de hombros.

—¿Aún quedan tipos de esos?

—pido.

—Cobran para hacerlo. Es un oficio...

—¿Quién les paga?

—No se lo va a creer si se lo digo. Les paga el propio partido comunista...

—Pero si él se ha declarado socialista...

—Cuestión de mimetismo...

EL BAR VASCO DEL BU- LEVAR JEAN JAURES

A medianoche—después de despedirme de mis nuevos amigos—me planto en el bar Basque, de la rue Jean Jaurés. En el bar hay también tertulias de turcos, de griegos, de vietnamitas...

Cuando entro, en una de las mesas, están cantando a voz en grito aquello de:

«Bilbao, nuestro gran Bilbao
y su rico chacolí;
viva la merluza frita
y el bacalao al pilpil...»

Es Beñardo Harembure quien, al saber que soy un pericidista español, me agarra por las solapas y me arrastra, riéndose, hasta su grupo. Un turco morenazó, al que ellos llaman «Solimán» me besa en ambas mejillas, y un tal Pierre Despotopoulos, futuro doctor en Veterinaria, me dice, en griego, una barbaridad de cosas.

—«Alzazipirizulala...»

Ha sonado este grito vasco, y todos se levantan y empiezan a brincar como demonios. Entre Roberto Agarrista y Juan Antonio Corchón me sacan a rodar en el corrillo.

El de Hendaya se pone a cantar siete canciones, o diez, o cien, mientras una muchacha rechoncha grita de nuevo, a pleno pulmón:

—«Alzazipirizulala...»

Jaime POL GIRBAL

(Enviado especial)

Vuestro
BUSTO
será
perfecto!



Solo existe una gran marca internacional que os puede garantizar el resultado.

En Francia, América y Africa, millares de mujeres han obtenido el más rotundo éxito.

¿Por qué no habéis de conseguirlo también vosótras, ya que

PLASTO SEIN triunfa donde todo ha fracasado

Nosotros os ofrecemos hacer un ensayo, no con una pequeña muestra, sino mediante un **tratamiento completo** adecuado a vuestro caso, que indicaremos en el Vale al pie que deberá sernos remitido cuanto antes.

Dentro de 20 días quedaréis sorprendidas al contemplar vuestros senos perfectamente desarrollados y con aquella firme elasticidad que constituye uno de los principales encantos de la mujer.

GRATIS VALE N.º 60 EXPESA
Osio, 27 - Barcelona

Ruego a Uds. me envíen la documentación completa sobre la fórmula n.º y la oferta para ensayar el tratamiento completo a sus expensas. Adjunto los sellos para gastos envío reservado.

Plasto-Sein
a doble efecto

PARIS · BRUSELAS · LA HAYA · MILAN · DUSSELDORF · CARACAS





Barcelona regala palomas urbanas a toda España



La plaza de Cataluña, lugar de cita de las incontables aves dispersas por la ciudad

En 1952, los barceloneses se dieron cuenta de que no podían dar un paso sin pisar una paloma

CASI un centenar de solicitudes, incluso de establecimientos penitenciarios, ha recibido el Ayuntamiento de Barcelona desde que hizo pública, hace dos años, su decisión de regalar palomas a toda España, para resolver de modo humanitario el problema que le plantean estas simpáticas aves.

EL PROBLEMA DE LAS PALOMAS

En 1952, los barceloneses se dieron cuenta de que no podían dar un paso sin pisar una paloma. Ya no había que ir a la plaza de Cataluña para verlas: estaban en cualquier sitio y a todas horas.

Tuvo entonces la Escuela de Periodismo la ocurrencia de convocar un Coloquio, para decidir sobre el espinoso tema. En la mesa presidida se puso una jaula con una palomita blanca, y el periodista Manolo del Arco actuó de «fiscal», exponiendo los antecedentes del juicio que iba a celebrarse. La intención era terminar el Coloquio con el inculco de la acusada, que estaba muy mustia entre rejas, pero el representante de la «Liga protectora de animales» se tomó a pecho la defensa y exigió la libertad provisional inmediata, lo cual hubiera significado el fin de la polémica. Ante la negativa del respetable, el «plenipotenciario» de la Liga abandonó su lugar en la presidencia y muy digno, salió del local.

Nadie interpretó mal este gesto, que ponía de relieve la firmeza de la Liga en sostener sus convicciones.

La trínca resultó animadísima. No faltaron extremistas que señalaran como remedio tajante el cuchillo y el tenedor, ni personas sensibles que opusieran soluciones más acordes con la cultura cívica.

ALARMA EN LA CATEDRAL

El señor canónigo fabricante expuso su alarma por el porvenir de la catedral.

—Pronto será imposible oficiar en los claustros, porque las palomas viven encima mismo de los altares. Además, las capas de excremento corroen muros y techumbres.

La polémica terminó, según se había previsto, acatando las directrices de la «Liga Protectora de Animales y Plantas», que goza de verdadera autoridad en los asuntos de su competencia. Ella antes que nadie—en 1949—de común acuerdo con el Ayuntamiento había escrito al Alcalde de Venecia para documentarse sobre la manera de proveer a dichas aves de cobijo y alimentación regular, controlando la reproducción. Ya entonces sugirió al Municipio la solución de regalar las sobrantes.

«EMBAJADORAS ALADAS» A TODA ESPAÑA

Una mujer, doña María Dolores Marsáns Comas, rige y encarna los ideales de la «protectora» barcelonesa, que tiene su sede en la típica calle del Vidri; y cuenta con más de 1.300 socios activos. Suya es la frase—y la idea, no menos feliz—de «enviar embajadoras aladas a todas las ciudades de España».

—Tener palomas en la ciudad y no proporcionarles cobijo y comida de una manera regular, viene a ser lo mismo que planter jardines y dejarlos sin cuidar, a ex-

piensas de que la gente los riegue. La Liga alimenta diariamente —haga frío o calor— a las palomas de determinadas calles y plazas, recoge cuantas aves heridas que son señaladas o entregadas por beneméritos ciudadanos y amonesta o denuncia a la autoridad competente a quienes las hieren o matan.

—Pero todo esto ¿no contribuye a agravar el problema?

—No, porque forma parte de un programa completo, donde propugnamos construir palmares en distintos sectores y colocar en ellos «buchonas» para atraer a las palomas callejeras. Regular su reproducción sustituyendo con huecos de piedra los recién puestos en los nidos, que irían a establecimientos benéficos. Apartar, por medio de «buchonas» o por el procedimiento de la red, las palomas de los distritos no indicados para ellas, recomendando a los vecinos que se abstengan de echarles comida en ellos. Y, finalmente, redar las palomas sobrantes—que es lo que estamos haciendo ahora—para regalarlas a otros Municipios. Creemos que uno de los espectáculos más agradables que ofrece Barcelona son sus calles, plazas y jardines adornados con estas aves, estampa cívica que era exclusiva de otras ciudades europeas.

—¿Se han recibido muchas solicitudes?

—Cerca de un centenar. El señor Alcalde las atiende personalmente. Nosotros nos limitamos a cumplir sus órdenes.

—¿Qué criterio se sigue?

—Sólo se conceden palomas a aquellas ciudades que puedan tener calles y plazas importantes. Algunas peticiones de pueblos rurales se han rechazado por sospechosas, pues no faltan motivos para pensar que proyectaban un «arroz municipal». Por nuestra parte, antes de remitir las peticiones enviamos instrucciones para que construyan el palomar y regulen desde un principio la procreación, no sea que se enfrenten, dentro de unos años, con nuestro problema.

Hemos remitido lotes incluso fuera de la Península—Melilla, Tetuán, Canarias...—y ya correan algunas por los patios del penal de Chinchilla.

LA LIGA PROTECTORA DE ANIMALES Y PLANTAS, AL SERVICIO DE LA CIUDAD

Las paredes de esta simpática asociación están cubiertas de propaganda mural. Fotografías de perros y caballos indultados del matadero, de perros heroicos... Carteles llenos de consejos sobre el modo de tratar a los animales...

Es misión de la Liga socorrer a los animales que han sido atropellados en la vía pública. Si presentan heridas incurables, ponen fin a sus sufrimientos mediante una muerte humanitaria. Así evitan espectáculos desagradables a toda persona sencilla. Estadísticas de servicios prestados, señalan que en el último semestre fueron auxiliados 286 perros y gatos atropellados, tres caballos caídos en la vía pública y 49 palomas heridas o enfermas. Se recogieron, asimismo, con destino al refugio del Tibidabo—propiedad de la Inspección—, 1.473 perros y gatos,



La plaza de Cataluña es punto de cita de todas las palomas de Barcelona



Los niños se sienten felices jugando con las simpáticas aves urbanas



También en los barrios bajos de Barcelona las palomas tienen amigos

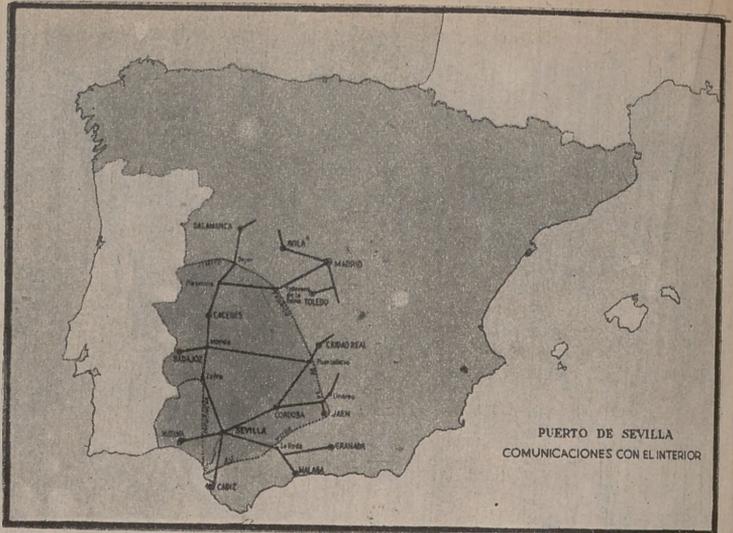
*En Vanguardia
de la Moda*



Fontcuberta

LA MAS HERMOSA COLECCION DE PAÑERIA

ESPLENDIDO PORVENIR DEL PUERTO INTERIOR DE SEVILLA MEDIANTE LA MEJORA DE SU VIA MARITIMA DE ACCESO



Por Jerónimo DOMINGUEZ Y PEREZ DE VARGAS
Marqués de Contadero, Alcalde de Sevilla

ME solicita para las columnas de EL ESPAÑOL su director, don Juan Aparicio, un artículo sobre el tema que juzgue más interesante, y, luego de agradecerle la deferencia, entiendo que el Alcalde de Sevilla no puede por menos de aprovechar esta prestigiosa tribuna para tratar de la mejora de nuestro puerto, problema que, por exceder mucho del marco local, me atrevo a calificar de interés nacional, ya que la zona de influencia del puerto sevillano se ejerce sobre unos 80.000 kilómetros cuadrados, a través de las provincias de Sevilla, Córdoba, sectores de Huelva, Jaén, Ciudad Real, Salamanca, Badajoz, Toledo y Cáceres. Al propio tiempo el enorme incremento de riqueza en un futuro inmediato y merced a la certera visión de los grandes problemas, peculiar de nuestro Caudillo, que patrocina decididamente este trascendental proyecto, también aconseja su difusión en ambientes alejados del ámbito de influencia del puerto de Sevilla.

No soy publicista ni literato, sino hombre de acción, y me inspiraré muy directamente, en la interesantísima Memoria publicada recientemente por la Junta de Obras del Puerto, de la que tomaré los datos más fundamentales.

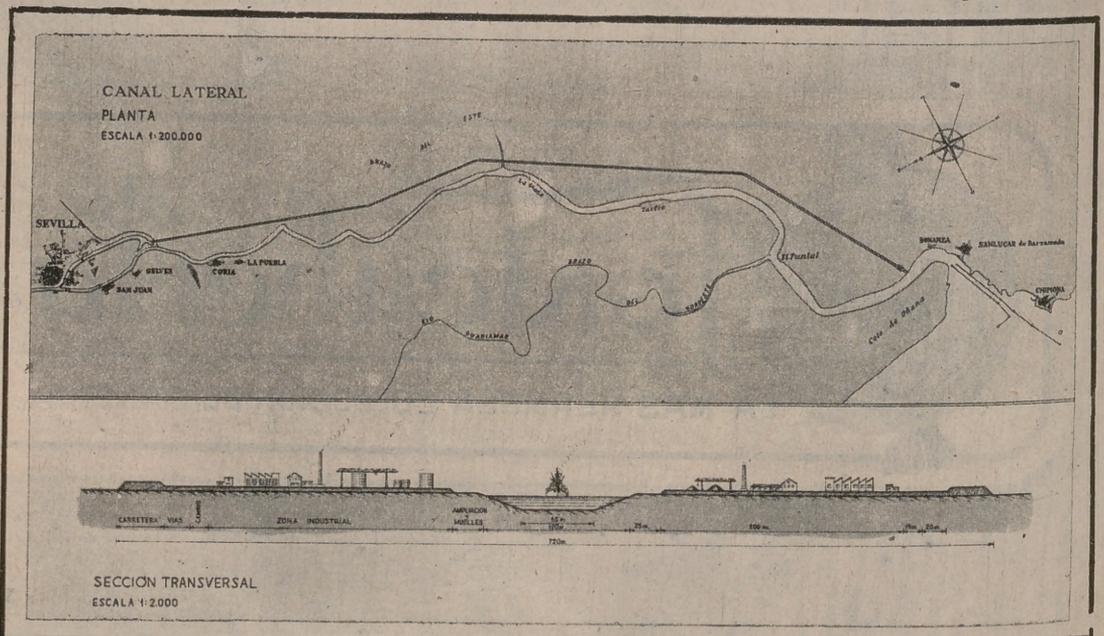
Es sabida la economía del transporte marítimo sobre el terrestre, y un gran puerto interior, que se adentra hasta unos 90 kilómetros del mar, hoy

por hoy, si se habilitan sus accesos e instalaciones, de todo punto insuficientes en la actualidad, tiene reservado un risueño porvenir, que podrá cifrarse en tres millones y medio a cuatro de toneladas de buques que nos visitan anualmente.

DEFICIENCIAS MAS GRAVES ACTUALES

Los carísimos trabajos de dragado no son capaces de mantener la ría actual con caudal suficiente por los constantes aterramientos, y si a esto se suma que durante las frecuentes avenidas del Guadalquivir, y en periodos inmediatos, la navegación por la ría es a veces imposible y siempre peligrosa, se impone una solución radical, ya que el Guadalquivir al mediar el siglo XX no es apto para lo que las necesidades técnicas y económicas exigen como vía de transporte.

En síntesis, ni por insuficiencia de calado, incorregible mediante exclusivamente dragados; ni por imposibilidad y gran dificultad de navegación, durante las crecidas y periodos inmediatos, la actual ría de Sevilla a Bonanza "puede aceptarse



para servir a un puerto de la enorme zona de influencia y gran porvenir como es el de Sevilla.

TRES SOLUCIONES

La primera, intensificación y profundización de los dragados, demandaría unos ocho a diez millones de metros cúbicos al año, adquisición de nuevos trenes, con un gasto total del orden de los dos mil quinientos millones, en absoluto prohibitivo y, en definitiva, sin solucionar el problema.

El segundo proyecto puede radicar en profundización de los dragados, simultaneada con corrección y calibración de la ría, realizando, entre otras obras de menor envergadura, la Corta de la Puebla al Mármol, todo lo cual exigiría un dragado del orden de 1.115.000 metros cúbicos al año, en vez de los 750.000 metros cúbicos de hoy.

Carísima esta segunda solución, que excedería a los dos mil millones.

El estudio y la técnica del brazo aconsejan la tercera solución, o sea, la construcción de un canal lateral, precisamente en margen izquierda del Guadalquivir, de 65 kilómetros de longitud, con una profundidad de 10 metros, anchura «en solera» de 60 metros y en superficie de 120, con cuatro alineaciones rectas y tres curvas de 3.000 metros de radio; todo ello permitiendo el acceso a nuestro puerto de los mayores tonelajes de buques de carga y suficientes en los de transporte de pasajeros, con un coste total la obra del orden de 1.169.000 pesetas y fuerte contrapartida de ingresos. Esta solución, en sentido técnico y económico, es la mejor, y en la información pública la inmensa mayoría de los escritos presentados se ha inclinado también a favor de la construcción del canal.

Claro está que esa solución, ideal desde el punto de vista de la navegación, implica abandonar el tramo de ría de referencia y, consiguientemente, la paralización de los trabajos de dragado y rectificación de tornos que de manera perseverante viene realizando la Junta de Obras del Puerto desde hace muchos años, labor ésta eficientísima, según demuestra la experiencia, para mejorar las condiciones de desagüe del cauce entre Sevilla y Bonanza, circunstancia ésta de la máxima importancia por afectar en la época de riadas a la propia seguridad de la ciudad y localidades ribereñas.

Consideramos, por tanto, indispensable la continuación de esos trabajos para que, juntamente con el primerlo de defensa ya realizado por el Ministerio de Obras Públicas, podamos estar a salvo para siempre, dentro de las humanas previsiones, del grave peligro de una inundación de la ciudad al ser desbordadas aquéllas en avenidas extraordinarias precisamente por falta de desagüe en el tramo inferior del río.

ESPLENDIDO PORVENIR

Aunque incalculable, a plazo un poco lejano, en un futuro inmediato cabe ya imaginar las enormes ventajas del canal, que mediante sus esclusas será todo el año de aguas tranquilas e insensible a las avenidas, permitiendo la navegación normal a fuertes tonelajes e instalándose en ambas márgenes del mismo y en bastantes kilómetros hacia el sur de Sevilla, en su zona industrial, de 200 metros a cada lado, numerosas industrias derivadas de la ampliación gigantesca de regadíos de Sevilla, Badajoz y otras provincias y que busquen, por otra parte, establecerse prácticamente al lado del mar para recibir y transformar productos, o a la inversa. Una autopista de 68 kilómetros (menos de una hora de automóvil moderno), correrá paralela al canal y un ferrocarril de igual longitud que permita llegar a Bonanza en la desembocadura de la ría en tres cuartos de hora. Al propio tiempo se ampliarán y mejorarán a fondo las instalaciones portuarias.

Estas breves consideraciones bastarán a procurar al lector la impresión del emporio de riqueza que, por iniciativa y bajo la inmediata protección del Caudillo—que así nos lo comunicó a la Comisión de autoridades y fuerzas vivas de varias provincias en reciente audiencia—va a surgir en el suroeste de España en próximo porvenir.

Suscríbase a POESIA ESPAÑOLA

AGRADABLES PARA VER Y LLEVAR



Amor

Las gafas que gustan



NINGUNA IMITACION PUEDE DAR SATISFACCION.

¡RECHACE IMITACIONES!

Produce agrado llevar gafas **AMOR** y se ve con simpatía a quien las usa. Son amables y sonrientes, de líneas armoniosas y funcionales, que dan más carácter al hombre y mayor belleza a la mujer. Los perfeccionamientos modernos de su estructura y articulaciones han hecho de ellas unas gafas comodísimas que sientan bien y se adaptan a la perfección.

Si, además, se montan en ellas cristales **FILTRAL**, la combinación resulta perfecta, pues éstos proporcionan a los ojos un notable descanso por absorber los rayos ultravioleta e infrarrojos, invisibles pero nocivos.

Esja la marca AMOR grabada en el interior del puente.

Montura Gafas Amor, enchape-oro 50/1000.
Sin aros, Ptas. 300. Con aros, Ptas. 325.
En oro de 18 quilates, Ptas. 1.620.



ADQUIERALAS EN LOS ESTABLECIMIENTOS DE LOS OPTICOS DEPOSITARIOS OFICIALES.

INDUSTRIAS DE OPTICA, S. A.
MADRID BARCELONA SEVILLA VALENCIA

80
loca de
especulos
se disuyen
por istro

UN INDIPRESIVO
DE LA VULTURAL

Una butaca de cine para cada doce españoles

EL Sábado de Gloria es el día más comercial del año para los empresarios de espectáculos. Ya en las proximidades de Semana Santa empiezan a flojear los programas de cines y teatros —que apagan sus luces, religiosamente, en Jueves y Viernes Santo— para resurgir con todo su atractivo y su fuerza comercial en el venturoso Sábado de Gloria. Para la renovada alegría de las gentes, tras el fervor y la penitencia de la Semana Santa, el empresario de cine reserva su mejor película, el de teatro renueva la obra en cartel; y otros espectáculos anuncian sus más atractivos programas, cumplido y respetado el paréntesis religioso.

En la tarde de este Sábado de Gloria de 1955, abrirán sus puertas al público de toda España algunas más de 4.400 salas de proyección de películas. Esta importante cifra, con la de 60 teatros, unos 3.000 salones de baile, 285 plazas de toros y una quinena de circos, componen el censo de los espectáculos públicos de que disponemos en el país para diversión y entretenimiento.

En realidad, los espectáculos públicos constituyen un índice expresivo de la vida cultural del país. El cine y el teatro, especialmente, son un vehículo popular a través del cual puede inyectarse una corriente educativa. Si estos espectáculos, como ocurre en España y en tantos otros países, están sometidos a la vigilancia y orientación del Estado, el entretenimiento se armoniza con la cultura.

En las pistas de baile, circos, plazas de toros o campos de fútbol, predomina la diversión —como factor exclusivo— o la pasión. Pero el pueblo trabaja y

hay que dar a la fatigosa jornada semanal el contrapeso de unas horas de esparcimiento. El espectáculo, por otra parte, no debe considerarse como un lujo, a menos que quisiéramos privar al hombre de los necesarios ratos de ilusión que le proporcionan las sesiones de cine y los programas teatrales; o del desahogo de la pasión que desata, por hora y media, en los campos futbolísticos y plazas de toros.

UN CINE POR CADA SEIS MIL HABITANTES

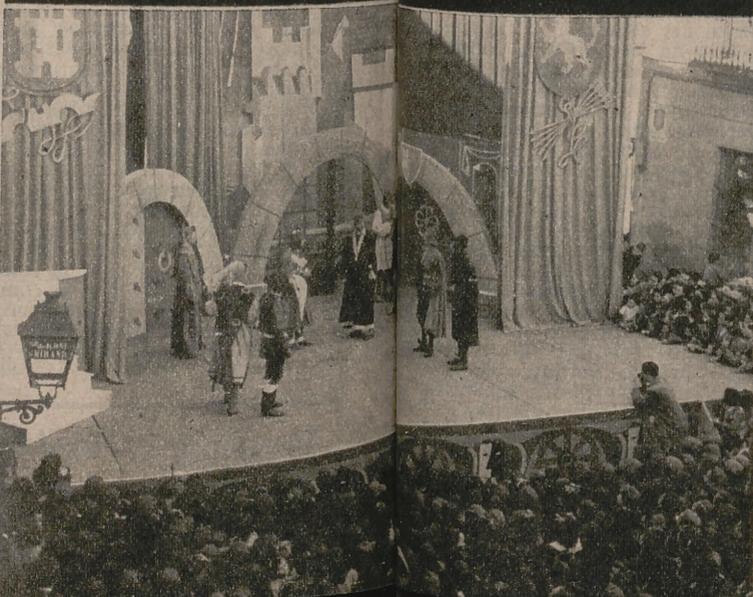
De todos los espectáculos, el cine es el que ha tomado mayor vuelo. La primera sesión cinematográfica se celebró en Madrid el 15 de mayo de 1896. Algún tiempo después se instalaron salas en Madrid, Barcelona y otras capitales. En 1925 teníamos ya 1.350 cines comerciales; que pasaron a 2.900 en 1935, a 3.700 en 1948 y a los 4.400, que hemos citado, en 1955.

Tales cifras han superado incluso el aumento de población habido desde entonces. De 8.500 españoles por cine que correspondían en 1935, hemos pasado a poco más de 6.000 en la actualidad. Ni siquiera Francia, Inglaterra o los Estados Unidos de América, superan esta favorable proporción española de hoy entre cines y habitantes.

Datos tan optimistas no se dan en el teatro—cuyos locales sufren un proceso constante de disminución—ni en el espectáculo taurino, que se mantiene en una discreta cifra de plazas en activo. Tan sólo el fútbol, como espectáculo, ha experimentado un movimiento de expansión paralelo al del cinematógrafo; cada temporada es mayor la afluencia de aficionados a los co-



Ilustran estas páginas fotografías de Chamartín, de la plaza de toros de Madrid, y del Liceo de Barcelona.



Renovación de programas el Sábado de Gloria

losales estadios deportivos, y cada año, también, se abren al público un centenar de nuevos cines en las zonas rurales o en las grandes poblaciones, para compensar el aumento de aficionados al celuloide o la mayor frecuencia de los ya habituales.

DOS BINOMIOS PARA LA COMPETENCIA: CINE-TEATRO Y FUTBOL-TOROS

Cuando una persona se lanza a la ciudad buscando una distracción a sus ocupaciones diarias, ya está dominado en la mayoría de los casos por su habitual preferencia a cierta clase de espectáculos. Pero hemos hablado de la mayoría, no de todos. Y esto quiere decir que hay un número de clientes indecisos, «flotantes», que son los que pretenden sumar cada empresario con el resorte de la propaganda.

Pero en la competencia hay que señalar dos grupos. El primero está formado por los espectáculos diarios, con sesiones de tarde (media tarde) y noche; el segundo comprende los espectáculos semanales, en día festivo y primera hora de la tarde.

La lucha del espectáculo diario se plantea entre cine, teatro y sala de fiestas. La del semanal entre toros y fútbol. Hablamos, claro es, de las grandes ciudades en que se producen simultáneamente estos espectáculos; porque en los pueblos, donde sólo funcionan una o dos salas de proyección, no hay, por supuesto, más posibilidad de competencia que la consabida entre empresarios del mismo gremio.

También habrá que dejar un poco al margen de aquella lucha comercial a las salas de baile,

ya que la asistencia a esta diversión es más espaciosa e irregular en el ciudadano medio. Incluso, la sala de baile procura alargar su horario hasta horas avanzadas de la noche—entrando ya en la madrugada—para recoger así a los espectadores de cines y teatros, que abandonan estos locales sobre la una de la noche, más o menos.

Modernamente, la sala de fiestas ha incorporado a sus pistas programas tan variados—ballets, humoristas, canciones regionales, etc.— que han motivado la queja de los teatros a quienes se arranca un género—el de variedades—que ha sido propio de los escenarios.

En los espectáculos semanales, la competencia se plantea en aquellas épocas del año—primavera y otoño—en que coincide la celebración de partidos de fútbol con la de corridas de toros. Al comenzar el Campeonato de Liga aún tiene vida el espectáculo taurino, que no muere prácticamente hasta finales de octubre, mientras que, al iniciarse en la primavera la temporada taurina, está por jugarse la Copa del Generalísimo. Tal cosa ocurre, desde luego, en Madrid o Barcelona; pero en las capitales de población más reducida, en que el perjuicio pudiera ser grave para una u otra fuerza, se aplica la fórmula de adelantar el partido a la mañana del domingo. En términos generales, el invierno es exclusivamente para el deporte futbolístico y el verano para la fiesta nacional.

En estos binomios: cine-teatro, fútbol-toros, hay un definido vencedor. La batalla está ganada para el cine y para el fútbol. Sin pensar en que desaparezca el teatro (decía un empresario

madrileño: «mientras haya vestigios de vida habrá teatro», ni en que se apague la fiesta taurina (bien asistida, por cierto, con la corriente turística de hoy) la balanza cuantitativa tiene sus brazos vencidos en los platillos del cine y del fútbol, como iremos viendo.

4.40 CINES CONTRA POCO MAS DE 50 TEATROS

Los números cantan victoria para el cine. Ya hemos visto que para 4.400 salas de proyección que funcionan en España, hay poco más de medio centenar de locales dedicados exclusivamente a representaciones de teatro. En los asientos de aquellos cines pueden acogerse nada menos que 2.360.000 personas, mientras que los teatros fijos sólo ofrecen cabida a menos de 100.000 espectadores. El cine se adueña del mapa de España y... del dinero disponible para ser invertido en espectáculos.

Con estos datos ya podemos afirmar que la competencia cine-teatro es una pura ilusión, reducida, si acaso, a las tres o cuatro capitales españolas en que estos espectáculos tienen vida común.

Quienes niegan con tuzudez la línea decadente del teatro, alegando que «cuando hay buenas obras en cartel, el público llena los locales», no se apoyan en un argumento consistente. Una obra teatral de calidad, con tema interesante para el público de hoy, puede mantenerse en cartel por espacio de semanas a local lleno; pero ésta no es una hazaña considerable si tenemos presente que por cada local de teatro asistido excepcionalmente por el público, hay que contar 100 ó 200 salas de cine que no precisan obras excepcionales, ni siquiera medianas, para llenar sus asientos.

En el fondo de este proceso hay una razón indiscutible. El público del teatro se recluta hoy día entre personas maduras o de edad avanzada, aunque asista también una minoría joven, entre intelectual y conservadora, que alterna en ambos espectáculos. Pero la juventud está ganada definitivamente por el celuloide, y los muchachos se van a las pantallas, donde lucen los rostros de las «estrellas» mundialmente conocidas.

Los elevados precios del teatro también contribuyen a retirar un buen sector de público de sus taquillas. Mientras el billete de entrada en estos locales supone, en Madrid, unas 30 ó 40 pesetas, el cine más elegante y confortable apenas sube de las 20 pesetas, en su mejor asiento.

Y el resultado es este: mientras que no se construyen locales de cine que puedan servir para representaciones teatrales, el número de teatros que se pasan a las filas enemigas es francamente alarmante. Los antiguos teatros de las ciudades españolas han instalado su pantalla de proyección, y durante temporadas cada vez más largas ven del negocio de películas. Como poco perder, el teatro ha perdido definitivamente la exclusiva del local. En el propio Madrid hemos visto ceder a la piqueta o al celuloide, en el espacio de poco tiempo, varios importantes escenarios. Repaseemos: Beatriz, Fontalba, Lope de Vega y Albéniz. Y, cualquier mañana, el periódico nos dará la noticia de que el «cinemascope» —la maravilla del cine moderno— se ha instalado en algún otro tradicional y castizo escenario madrileño. El cine ha barrido al teatro de la misma forma que la cafetería acabó con el café de divanes.

Pero resulta curioso que veamos con detalle la situación de la capital de España en dos épocas distanciadas por ochenta y cinco años. En 1870 funcionaban en Madrid 8 teatros principales, 9 de segundo orden, 15 cafés-teatros y 8 espectáculos más, entre plazas de toros, bailes y circos gallísticos.

Como contraste, en la cartelera de cualquier diario madrileño de hoy ustedes podrían contar hasta el centenar de espectáculos, aunque lo cierto es que esta cifra se duplica en la realidad. En el casco urbano madrileño, y para una población de 1.800.000 habitantes tenemos disponibles estos locales de esparcimiento:

145 cinematógrafos, con una capacidad de 155.000 asientos.

16 teatros, con 17.000 asientos.

34 salas de fiesta, con una capacidad, aproximada, de 9.000 personas.

Un local de circo, con 1.900 plazas.

Y aún nos quedan dos campos de fútbol, dos plazas de toros, un hipódromo y algunos frontones.

Madrid, por tanto, como toda España, se expansiona principalmente en los cines, en cuyas taquillas deposita anualmente sus buenos millones de pesetas. Aunque en esto de los millones no convenga sacar consecuencias apresuradas. La gente se deja convencer fácilmente por los signos externos, y basta que un sábado o domingo no encuentre billetes en un local, u observe una cola ante la puerta de entrada, para pensar en que el empresario está forrando de billetes las paredes del local. Como comprenderán ustedes, esto de las ganancias o las pérdidas es muy relativo y está condicionado a múltiples factores (emplazamiento del local, precios de admisión, días de la semana, comercialidad de la película, etc.), pero no hay que olvidar que mas de un 30 por 100 del precio del billete se lo lleva el Estado en concepto de impuestos. Sin entrar en gasto alguno, el empresario ya ha cedido al Fisco la tercera parte del precio de entrada. Luego hay que contar con esos días intermedios de la semana—martes y viernes—en que la asistencia flojea más de lo que suponemos.

230 CORRIDAS Y 280 NOVILLADAS CADA AÑO

Ya sabemos que la fiesta de toros florece en nuestro país en la primera mitad del siglo XVIII, cuando ya se construyen recintos de madera y dejan de celebrarse las corridas en las plazas públicas. Hoy tenemos en el país 285 cosos taurinos, de construcción permanente, aunque se sigan celebrando festejos—transcurridos dos siglos—en las plazas de muchos pueblos, con el típico cierre de carros o andamaje.

La fiesta taurina ha pasado por algunas crisis, pero la afición mantiene el ritmo necesario para que no decaiga. La afluencia turística, por otra parte, ha constituido un inesperado factor de ingresos para el empresario. No hay turista o visitante que regrese a su país sin haber presenciado, como mínimo, un par de corridas, que procura recoger fielmente en su máquina fotográfica.

Sin embargo, no puede hablarse de auge en la fiesta taurina. Mientras que el vertiginoso ascenso del espectáculo futbolístico nos ha llevado a la construcción de colosales estadios y a la ampliación constante de los ya construidos, para satisfacer a la creciente afición al balompié, la fiesta de toros no ha conseguido otra cosa que mantener su tradicional arraigo popular. Nuevos aficionados van sustituyendo a los que desaparecen o pasan a la reserva, pero no puede afirmarse que aumente su número. Apenas se construyen nuevas plazas y las que existen se utilizan con frecuencia para otra clase de espectáculos (exhibiciones deportivas, cines de verano, etc.) La mayoría de las plazas españolas, además, son antiquísimas. Un gran número de ellas fueron construidas en la segunda mitad del siglo pasado, y otra buena parte a principios de siglo.



«Cola» para entradas ante las taquillas de la plaza de toros de Madrid

Como cifra media se puede citar la de unas 230 corridas de toros, por año, en toda España, y unas 280 novilladas con picadores. A lo que hemos de sumar varios miles de festivales, becerradas y lidia de novillos sin picadores.

El mayor número de corridas se celebra en Barcelona, siguiendo en importancia Madrid, Valencia y Sevilla. Por el contrario, hay capitales, como Teruel, cuyos aficionados sólo han tenido ocasión de presenciar una corrida de toros en toda una temporada. En resumen, que entre ovaciones y pitos—según el caso—se consumen al año unos 1.500 toros de lidia y varios millares de novillos.

EL NORTE, ZONA CINEMATOGRAFICA; EL SUR, ZONA TAURINA

Los 28 millones de españoles no disfrutan de los espectáculos en igual proporción. Por razones económicas, de nivel cultural o, simplemente, por razones tradicionales, el reparto en el país de los 8.000 locales de esparcimiento ofrece una irregularidad bastante acusada.

Los cines se concentran en la zona marítima o periférica de España que, comprendiendo una superficie tan sólo de 31 por 100 del país, absorbe unas 2.400 salas de proyección, esto es, un 55 por 100, aproximadamente, del total. Y es que el negocio cinematográfico se asienta preferentemente en estas zonas de mayor número de habitantes y más elevado nivel de vida, por estar en relación directa con las posibilidades económicas de la población, más industrial o de comercio más intenso en la periferia que en el interior.

La situación cinematográfica más favorable se ofrece en la región catalana (solamente Barcelona cuenta con más de 450 salas, entre capital y provincia), que es donde podemos encontrar las cifras más ventajosas del índice «habitantes por asiento de cinema». A la cabeza de todas las provincias españolas figuran Lérida (cuatro habitantes por asiento de cine); Gerona, con 5; Tarragona con 6; y Barcelona, con 7. Poco más o menos, los catalanes disponen de una butaca de cine para cada cinco personas.

El reverso lo constituyen Orense y Lugo (41 y 40 habitantes por asiento, respectivamente); Guadalajara (38), Avila (34), Soria (33), Zamora (29), y otras provincias castellanas.

Las plazas de toros—y éste es un dato curioso—ofrecen, en general, una distribución inversa a la de los cines. La zona centro-andaluza comprende el mayor número de cosos taurinos, mientras que escasean en la franja Norte. La provincia con mayor número de plazas es Badajoz, que tiene 19; le siguen Toledo, con 15; Jaén, 14; Huelva, 13; Cáceres 13; Sevilla, 10; Cádiz, 10, etc.

Por regiones es Andalucía, naturalmente, la que ocupa el primer lugar, siguiendo las dos Castillas y Extremadura.

En esta distribución—aparentemente caprichosa—de las salas de cine y plazas de toros en el mapa del país, juegan un pa-

pel importante, con independencia de los factores económico y cultural las condiciones del clima.

El cine es un espectáculo más propicio a las zonas frías o lluviosas, mientras que los toros exigen temperatura benigna. No ya porque se trate en estos últimos de un espectáculo al aire libre (también lo es el fútbol, que se practica en invierno, a pesar de ello), sino porque lo requiere esencialmente la fiesta; el aire, la lluvia y el frío dificultan y hasta imposibilitan el toro.

Que el frío, en cambio, es un buen aliado del cine, se comprueba en los países del norte de Europa, donde la proporción de habitantes por cine es de las más bajas del mundo.

Andalucía, precisamente, resuelve el problema del calor y el cine instalando numerosos locales de verano, al aire libre. Sólo en Sevilla pasan de 200 los que funcionan en la época estival, y en Córdoba hay más de cien.

En las capitales españolas están situados 725 cinematógrafos, 46 plazas de toros y varios cientos de salas de baile y puede decirse que la totalidad de los teatros permanentes. Los restantes espectáculos se extienden por las zonas rurales. Hoy día son cerca de 3.000 las poblaciones que tienen cinematógrafo, pero no están agotadas, ni mucho menos, las posibilidades de este espectáculo, ya que se calcula en 1.400 el número de municipios superiores a 1.000 habitantes que carecen todavía de sala de proyecciones.

RENOVACION DE INSTALACIONES

La propia fuerza del cine no le permite dormirse en los laureles. La competencia de la televisión obligó a los magnates del cine norteamericano a una acción defensiva, cuyos resultados no tardaron en extenderse por toda Europa. Aparecieron entonces el cine en relieve (muerto casi al nacer), el famoso «cinemascope» y las nuevas proporciones de pantalla. Estos últimos sistemas han favorecido el espectáculo cinematográfico en grandiosidad y brillantez. España ha conocido el «cinemascope» al tiempo de su implantación universal y nuestros mejores cines han renovado sus instalaciones con la consigna: «mejor proyección, mejor sonido, mejor espectáculo»



A pesar de la abundancia de salas, los aficionados al cine también han de formar filas para entradas

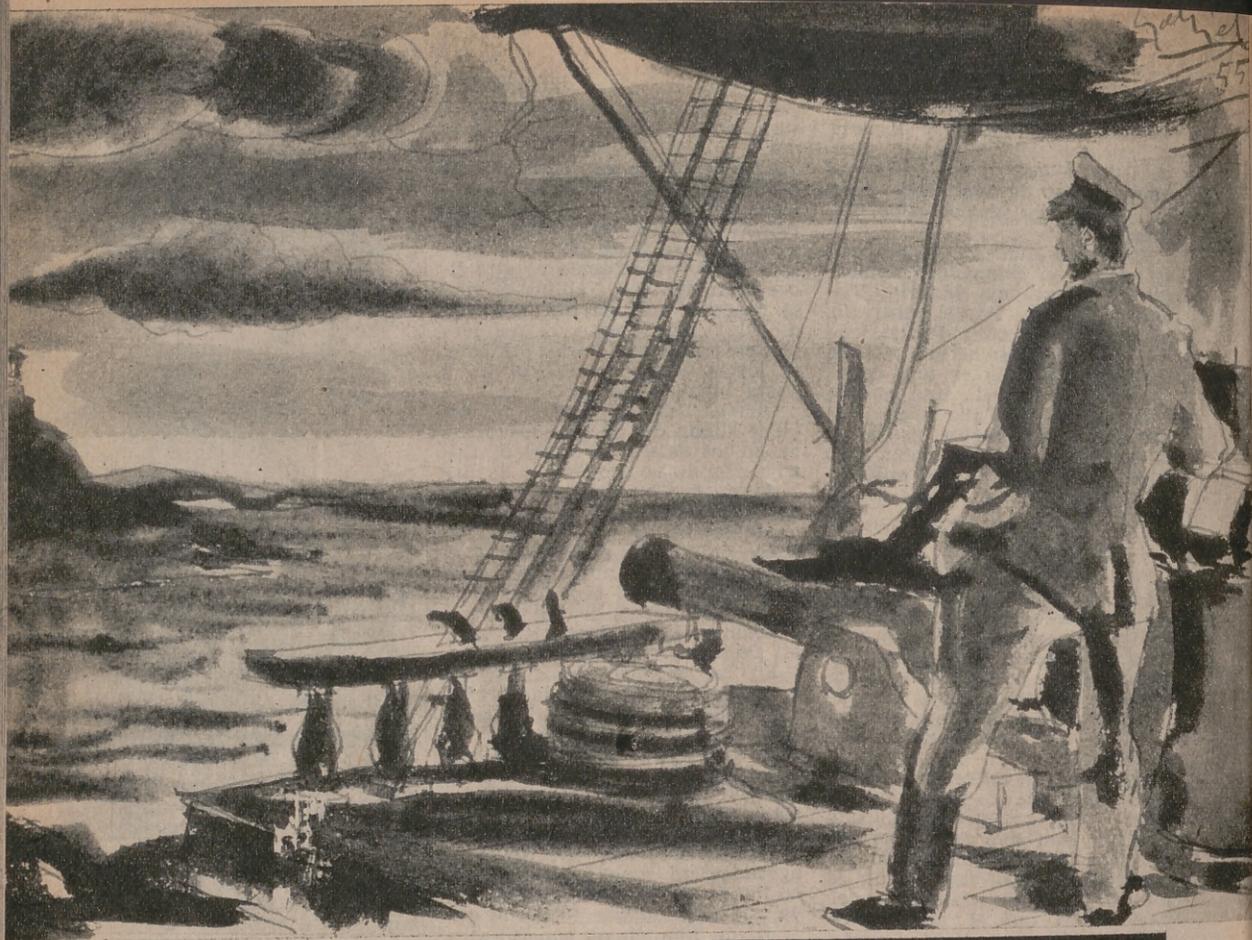
Otro golpe efectivo para el teatro, que pretendía vivir con sus viejos escenarios y sus inmuebles de principios de siglo. Y un aviso de que el cine no se dejará dominar fácilmente por competidor alguno. Aquel se ampara en la tradición artística, en la supremacía histórica; pero no hay detrás de sus bambalinas una protección financiera que aguante los duros embates de la competencia. El cine, en cambio, está respaldado por una industria potente y despierta (a cada seis minutos de proyección de una película corresponden seis horas de trabajo de muchos técnicos y especialistas en los estudios). Algo parecido a lo que viene ocurriendo con los toros y el fútbol.

La consecuencia final es que tendremos, por muchos años, cine, teatro, fútbol y toros. Pero mientras unos progresan en clientes y poderío económico, los otros se van retirando a posiciones cada vez más discretas.

Antonio CUEVAS



Paciente espera ante las taquillas del estadio de San Mamés, de Bilbao



BURLA NEGRA

NOVELA

Por José María CASTROVIEJO

El bergantín seguía navegando entre olas grises y altas, bajo un cielo de plomo que parecía sorber al barco y al océano.

Benito Soto, en el puente, se dejaba otra vez llevar por sus melancolías.

La proximidad de Galicia le alegraba y oprimía a la vez. No había vuelto a tener noticias de los suyos, y el rostro de su madre se le aparecía nuevamente inclinado hacia él con extraña blancura. Una blancura dolorosamente bella y angustiada, como cuando era rapaz y tuvo aquellas viruelas con tanta fiebre que por poco lo llevan. Su madre entonces no se apartaba de su vera y sentía, como una frescura deliciosa, el contacto de aquella frente fresca contra la suya que ardía.

—Saint-Cyr, mañana, si el viento no cambia, llegaremos a Galicia...

—Hace tiempo que no hago más que respirar este aire. El Norte me atrae como un imán. Soy de la raza de los dólmenes y las ballenas, como diría mi pariente el gran vizconde, y este gris me embriaga como un licor exquisito...

Soto, acostumbrado a las fantasías del joven caballero, asentía, por lo que podía intuir y también por educación.

—Sí, como creo las cosas van bien, en pocos días arreglamos las partes y luego vendemos el barco. En llegando, voy a mandar un propio a mi tío Jesús Aboal; a mi padre, por el momento, no me atrevo...

—Beberemos vasos contigo en tierra, me darás lo que quieras y me marcharé en seguida a la Bretaña—dijo Saint-Cyr—. Quiero soñar con otras cosas, olvidándome de negros y de barcos por bastante tiempo...

Soto lo miró con una de aquellas sus miradas hondas. Una mirada que entraba por dentro y parecía dividir el cuerpo.

—Saint-Cyr, tú te quedarás a mi lado hasta que terminemos todo. Te necesito.

El caballero se encogió de hombros.

Bueno, qué más da...; pero estaré el menor tiempo

posible. Tendremos que darnos prisa.

El capitán se ensimismó nuevamente.

—Traemos con nosotros alguna gente que no me gusta nada—dijo—: Juan el co-

cinero, el negro Joaquín Antonio y ese marinero americano de la fragata «Topacio». Los primeros hablan mucho, y éste puede ponernos en un compromiso, descubriendo la procedencia de las sederías que cogimos en su huque.

—Yo les pondría vigilancia, sobre todo en tierra, y no me preocupaba más de ellos—replicó Saint-Cyr—. Y a propósito, con quien va a haber que tener mucho ojo es con los celadores y encargados del resguardo...

—Tengo ya esto pensado. No te preocupes. Con cinco mil duros compro a todos y no temo a la justicia ni a nadie. En España, lo que no haga el dinero nadie es capaz de hacerlo—terminó estocadamente.

Se sentía la proximidad de la tierra, que parecía tirar con invisibles cables, tal vez tejidos por las trenzas rubias de las muchachas, del corazón de todos. Por la popa quedaban enroscados tres rizados de viento, para estrenar en otro viaje. Las gaviotas eran todas blancas, el viento amainaba y el mar parecía cantar satisfecho.

El bergantín, con la pompa de todas las velas al viento, corría hermoso, con júbilo, sobre las crestas de las olas.

De pronto, a bordo, una explosión azul: ¡Tierra! Entraban con la Pascua, de mañana, en la ría de Pontevedra, y daban fondo frente a Bueu, en el llamado Caballo de Beluso.

Aquella misma tarde se aproximó al bergantín, que había izado bandera inglesa, un bote del Resguardo, para inquirir sobre su nombre, procedencia y cargamento. Soto estaba zumbón, y les contestó que el barco se llamaba el «Buen Jesús y las Animas» y que venía de Norteamérica, con carga de habichuelas, pájaros y frutos del país, pólvora y balas. Después, que el nombre era el «Guiller».

Los del Resguardo se retiraron con la aprensión de si les estaría tomando el pelo.

Entretanto, había dictado Soto una carta para su tío, el voluntario cuando la francesada. Una dorna pescadora del pulpo fué encargada de transmitir el recado. La contestación tardaba en llegar y Soto estaba sobre ascuas, por lo que decidió bajar él mismo a tierra. Víctor Saint-Cyr, José Antonio Silva, Pedro Antonio y Federico Lerendú fueron sus compañeros.

Era ya anochecido cuando arriaron el bote, que bogó silenciosamente en dirección a Marín. Por precaución llevaban todos capas e iban armados de espadas y pistolas.

Llegados al muelle, les encargó Soto que se fueran a cenar y que estuvieran vigilantes, evitando los alborotos y las mozas del trato. A la amanecida del día siguiente volverían a encontrarse para regresar a bordo.

Acompañado de Saint-Cyr, el capitán se dirigía con rapidez hacia casa de sus padres. Su madre, sobre todo, ¿cómo lo recibiría? Sentía una dulzura especial al pisar las viejas tablas de la orillamar que recorriera tantas veces descalzo de pie y pierna siendo un pobre muchacho marinero. Ahora tenía riquezas y, en plena juventud, era un temido capitán.

Pero en aquel momento se sentía niño y su corazón estaba vestido de doce años.

Encontró a su tío Jesús, que había recibido la misiva y se preparaba a partir en su busca en aquel momento. Hubo abrazos prolongados, sobre todo al saber lo que Soto traía consigo; emoción y rondas de vino. El padre de Soto había muerto hacía unos meses, en un naufragio, frente a La Lanzada, comido por la mar, que hizo naufragar el bote del arte. Su madre vivía, más triste ahora por la doble ausencia, pensando siempre en el hijo único, que se le había marchado.

En silencio y por dentro lloró Benito a su padre. Después fué solo hacia la humilde casa. Subió las gastadas escaleras que daban al patín y halló la puerta entornada. La madre dormitaba sentada en el lar, donde el fuego se moría, y en él cantaban monótonamente los grillos.

Latiéndole el corazón se acercó despacio a ella, hasta poner las dos manos sobre sus hombros.

—Madre...
Se enderezó el inclinado busto, alzando un bello rostro prematuramente envejecido. Abrió los ojos, espantada como si tuviera ante sí a un fantasma y cayó desvanecida.

Rayaba casi el alba en los cristales cuando, vuelta en sí, acariciaba aún los cabellos rebeldes del rebelde hijo, al que tenía fuertemente abrazado.

—Mi madre, tengo que ir a casa del tío Jesús antes de que venga el día...

Hablaba la madre con la voz velada, casi un susurro:

—¡Ay, hijo! No me gusta nada la vida que llevaste, y estas cosas siempre acababan mal. ¡Ay, si tu padre levantara la cabeza, lo que diría!

Respondía Soto con la suya baja, como niño pillado en travesura:

—No se apure, mi madre, que no volveré a asaltar más barcos. Tengo sobrante, y a usted la quiero tener como una reina, que para fatigas ya le bastaron.

—Hijo, a la pobreza te estoy acostumbrada, y mi regalo mayor es el verte. Pero desconfío que no hayas perdido el temor de Dios. Tendrás que tener mucho arrepentimiento, como aquel Santo que cuentan fué ladrón de caminos, y repartir riquezas con los pobres, sin olvidar a las benditas Animas...

Caminaba por la vieja Moureira Soto, ya con la amanecida. Las últimas palabras de su madre habían caído sobre él como un bálsamo; un bálsamo que era un confort suave de nifez y frescura. Como las hierbas clorosas que llenaban la tierra en la noche del glorioso San Juan.

Halló a su tío hipnotizado ante el relato de las aventuras pasadas, que el caballero Saint-Cyr hacía discurrir ante sus ojos. Por veces se espantaba.

—¡Concho! ¡Debe poner miedo el asaltar así, en medio de la mar, con una espada en la mano, el puente de un gran navío!

Su sobrino se agigantaba ante sus ojos como un semidiós y el caballero Saint-Cyr lo fascinaba. Jesús de Aboal creía estar en un sueño, y temía volverse lelo. Como era ya día, acordaron avisar a los otros que habían venido con el bote para que se volvieran al bergantín, esperando allí al capitán,

que llegaría con la noche. El propio Aboal fué a dar el recado y a prevenir gente segura para poder hacer el traslado de la mercancía, mientras Soto y Saint-Cyr descansaban unas horas.

Al filo de las doce volvió con Manuel de Socorra y «Chischis», los antiguos compañeros de fatigas en el «Maruxa», cuando Soto era rapaz. Prescindieron de Sásiero, por simple e inocente y capaz de irse de la lengua con cualquiera.

Tras las efusiones de rigor se planeó el embarque de las riquezas y efectos a la caída del sol, y en un barco del arte que poseía ahora Manuel de Socorra llamado el «Buen Angelito» embarcarían aquél «Chischis» y el Aboal, con el achaque de salir al «jeito». Soto y Saint-Cyr irían andando hasta la playa solitaria de Aguete, donde serían recogidos para pasar juntos al bergantín.

Por otra parte, Jesús Aboal y «Chischis» abordarían a un caballero principal de Pontevedra, señor de influencia y dado a los tratos del contrabando. Los dos le conocían bien, y sus consejos podían ser muy provechosos, caso de verse en algún apuro y para saber lo que habría de hacerse. Jesús Aboal era hombre astuto y quería atar bien todos los cabos. Claro que a aquel señor había que tenerlo en cuenta cuando la venta de las mercaderías...

* * *

Aquella noche, el amplio bote del arte tuvo que hacer más de un viaje. Tres grandes baúles y dos cajones llenos de pedrerías y cosas de valor constituyeron la carga del «Buen Angelito» desde el Caballo de Beluso hasta Marín.

Hubo que trabajar en todo el silencio posible para no alarmar a los pescadores de la enserada de Bueu, entre la fosforescencia del agua y las voces de los marineros que en las playas próximas tiraban desde tierra de las «rapetas». Pero las mismas voces ayudaban para el transbordo, ahogando los inevitables ruidos. Con las primeras luces de la mañana estaba ya todo terminado y la mercancía a buen recaudo.

Al día siguiente se entrevistó Soto, en casa de su tío Jesús, con un sujeto envuelto en amplia capa, que respondía a nombre de don Francisco y pertenecía al comercio de Pontevedra. Era el señor influyente que le había sido recomendado. Parecía muy cumplido y conocedor de los asuntos. Quedó encargado del trato con los plateros y con otras personas, que comprarían las joyas y objetos.

La presencia del misterioso bergantín en aguas de la ría y las habladerías de los del bote del Resguardo que fuera a reconocerlo habían levantado bastante curiosidad. La Ayudantía Militar de Marina del distrito de Cangas comunicaba:

«Los cabos de mar de Beluso me dan parte de



haber entrado en aquel puerto un bergantín contrabandista nombrado el «Guillero»; su capitán, Angel Corubin, con cuarenta hombres de tripulación y ocho cañones por banda. Lo que participo a V. S. según me tiene prevenido. Dios guarde a V. S. muchos años.—Cangas, 14 de abril de 1828.—Román de Ayala.—Señor comandante de este puerto y provincia.—Es copia.—Cabrera.»

La noticia rodaba hasta el mismo Ferrol, donde S. E. el comandante general del Departamento era informado desde Vigo, donde los cabos de mar de Beluso Juan de la Villa y José de la Torre, «examinados detenidamente» exponen que supieron, por oídas a pescadores, «que todos los de a bordo del bergantín usaban bigote, con un circo en donde cuelgan por el costado derecho e izquierdo puñales; las manos, desde la muñeca hasta el extremo de los dedos, manchadas enteramente de aquitrán; gorretos en la cabeza al uso de Portugal, y que era mayor el número de la tripulación que el de contenidos en su parte. Ellos por sí agregan que, además de los dieciséis cañones que en él hallaron, tienen otro de colisa. Que continuamente tienen un hombre en el tope mayor, como de observación, y concluyen con que se reiteran para ellos las sospechas con haber bajado a tierra, según han oído decir en el puerto de Bueu, y comprado en aquellas inmediaciones pescado, reconviendo de que a ellos no se les quería vender cuando lo vendían a los contrabandistas, sin embargo de que no estaban admitidos a la plática...».

Volaban contradictorios papeles de uno a otro lado. Un oficio de Cangas, de 17 de abril, dirigido al «señor comandante de este tercio y provincia», informa por su parte:

«Habiéndome dirigido a Beluso, y desde allí dada parte de todo lo ocurrido a las autoridades, según V. S. me previno en su oficio de ayer, después de dejar tomadas las convenientes medidas posibles, a precaución, de acuerdo con el capitán comandante de la fuerza militar allí establecida, igualmente que con el Ayuntamiento y comandante de rentistas de esta villa, me he retirado a ella, habiendo examinado detenidamente el bergantín y gente sospechosa. En la tripulación hay muchos negros, sin que a punto fijo se pueda saber el número; pero he visto bastante gente sobre cubierta. Aunque el bergantín tiene ocho puertas por banda, sólo pude divisar cuatro piezas montadas en cada una y un cañón giratorio, de mayor calibre, a proa. No se le ve lancha ni otra embarcación menor de que hagan uso, sino un pequeño botecito, en el que van a comprar el pescado a las lanchas pescadoras, y en el mismo que, según relación del oficial de la tropa de Beluso, salieron ayer a tierra cinco hombres sin armas, los cuales se volvieron a embarcar precipitadamente al acudir el oficial con su gente; todo lo cual pongo en conocimiento de V. S. para los fines a que pueda conducir, quedando en hacerlo de lo demás que ocurra.»

Alarmado por la expectación surgida en torno al bergantín, Benito Soto fué a platicar con don Francisco, que lo tranquilizó, prometiendo intervenir con sus buenos recursos para que todo se calmara. Los piratas, con estas garantías, volvieron a saltar a tierra y a cortejar y correr mozas por Bueu, Bon y Beluso.

El Pazo de Santa Cruz, sumergido entre magnolios y bojés, se asomaba desde lo alto al espejo de la ría y a la gloria del mar abierto.

María Laura Pimentel pasea lentamente por el bosque del Pazo en aquella mañana, luminosa y fresca, de abril. Había interrumpido de pronto a Liszt para salir al aire.

Sentía un ahogo dulce y le zumbaban los oídos, como parecía zumban la primavera. Estaba muy linda con su vestido de muselina blanca, ceñido en el talle alto por un cinturón azul celeste, y los pesados bucles de oro alisados en el molde de boj. Los brazos desnudos parecían sonreír a través de sus hoyuelos, pero la amplia boca escarlata estaba fruncida. Del bosque subía un canto de maitines entre la húmeda clorofila. Cantaban mill pájaros, y sobre el césped, brillante de rocío, paseaba su pompa el pavo real. Por la alameda de anémonas y rododendros que conduce al bosque, María Laura iba despacio, con su sombrero de paja adornado con margaritas en la mano, semejante a una deliciosa fruta fresca que avanzara entre el follaje.

Francisco, el viejo jardinero, la saludó alegremente:

—Buenos días, Anita. Está una hermosa mañana. Precisamente estaba formando este ramo de rosas y jazmines para su cuarto. Mire qué lindo es...

Y tiende a Laura el ramo, en el que se aprietan, húmedas y bellas, las rosas contra los jazmines.

—Muchas gracias, Francisco; son de verdad muy lindas...

Inclina el busto y coge, con encantadora gracia, un jazmín, sigue su paseo, huele la flor y rechaza su perfume, como si la ofendiera. No sabe por qué, pero siente de pronto ganas de llorar, mientras el ligero roce de su vestido la llena de languidez.

Se hunde en el bosque, donde parece acogerla un chaparrón de frescura que le hace mucho bien. Entre el murmullo de los arroyos, que se precipitan entre los altos helechos, el canto de los invisibles pájaros resbala, bajo la cúpula verde, suavemente, entre la luz, como una esmeralda.

—¿Qué hacéis aquí...?

María Laura interroga, con la heredada altivez de los Pimentel, a un gentil joven de casaca azul, que, apoyado contra un roble, parece ensogado. Está bellísima, con la cabeza levantada, la recia y pura nariz aleateante y un cierto aire de desdén enojo.

—Perdonad, pero no me dí cuenta de hallarme en propiedad privada. Vagaba al azar en esta mañana tan hermosa, en la que parece oírse cantar el triunfo de la primavera...

—¿Quién sois? No recuerdo haberos visto hasta ahora.

El joven caballero lanzó una alegre y fresca carcajada que pareció volar entre las ramas con anhelo de nidos.

—Señorita—dijo inclinándose—, tengo el honor de presentarme a vuestra espiéndida hermosura. Me llamo Víctor Saint-Cyr de Barbazán y mi profesión actual es la de pirata.

—¿Pirata? No es lo creo... No tenéis aspecto. A ver, permitid que os contemple despacio. Evidentemente, no. Según mis noticias, los piratas son tuertos o llevan una pata de palo, tienen modales groseros, gastan una barba espesa y enmarañada y llevan al cinto un largo cuchillo. Mientras que vos... ¿Pero por qué intentáis burlaros de mí?

—Nada más lejos de mí que el haceros burla—respondió Saint-Cyr con una chispa de amable desenfado en los verdes ojos—. Pertenezco, en realidad, a la cofradía de los ladrones de agua.

—No es posible...

—¿No habéis contemplado desde vuestra torre un bergantín que hace unos días dió ancla en la bahía...?

—Sí, lo he visto, es muy bonito y oí también ayer en casa contar cosas extrañas de él y de su gente. Mas vos sois educado, amable, seductor...; ¡pero qué tonterías estoy diciendo! Perdonad, debo volver a la torre. Mi madre estará inquieta por mí y puede andar ya buscándome.

—No me habéis dicho todavía cómo os llamáis, si puedo atreverme a preguntároslo. ¿Es vuestro nombre tan bonito como vos?

—Me llamo María Laura.

—Es, en efecto, un lindo nombre el de Laura, aunque no pueda alcanzar a vuestra belleza. ¿Pero por qué hemos de separarnos tan pronto?

—¡Sois realmente atrevido! Tengo que terminar mi lección de piano, y, además, ¿qué dirían en casa si supieran que estaba dialogando en el bosque con un pirata? ¿Por qué me lo dijisteis?

Saint-Cyr se cubrió la frente con la mano, en trágico gesto romántico.

—Podéis denunciarme si así os place. Soy un noble francés para el que la vida no encierra ya ningún encanto, si no es la esperanza de volveros a ver algún día...

—¿Denunciaros yo? ¿Por quién me tomáis...? Pero callad, callad, no pronunciéis palabras que me hacen daño.

Saint-Cyr se adelantó tomando entre las suyas una mano de la muchacha, que palpitaba como un pájaro asustado.

—Laura, si pudiera contaros alguna vez mi vida no sé si me despreciaríais o si despertaríais en vos compasión y amor. Pero decidme que no ha de ser ésta la única vez que nos veamos...

—¡Qué loco sois! ¿Vais a estar aquí mucho tiempo?

—No lo sé aún. En lo que de mí dependa, re-

trasaré todo lo posible la partida. Por vos, quisiera permanecer aquí eternamente.

Se oyó por entre la arboleda la lejanía de una voz:

—Lauraa...

—¿No os lo decía? Mi madre me anda buscando. Si nos sorprendiera aquí... Tengo que irme, no sé si nos veremos más... Esperad, algunas tardes acostumbre a pasear por este mismo bosque, a la caída del sol. Aunque... Adiós, tengo que marcharme.

—¡No os olvidéis de mí, Laura! Volveré, con la esperanza, que es lo último que debe perderse, aun a los que, como yo, lo hemos perdido todo.

Laura lo contemplaba, entre la pura luz del bosque, con los ojos empañados, y, emocionado, el joven caballero apretó con sus labios la roja fresa que era la boca de la muchacha.

Corrió ésta por la espesura hacia la torre. Se sentía cargada de electricidad y a la vez ligera como una corza.

Saint-Cyr bajó lentamente a la playa de Beluso, salpicada de dornas, de regreso ya de la mar. Un quechemarin y una goleta se balanceaban en las tranquilas aguas, bajo la suave brisa mañanera.

Oía a ozono y a yodo, pero el caballero no percibía más que un olor: el suavísimo de los cabellos de Laura. ¿Volvería a encontrarla...? Saint-Cyr se sentía locamente enamorado.

Los asuntos del bergantín iban despacio. Aquella tarde hubo reunión en casa de Jesús Aboal con el negociante e influyente don Francisco.

Se pasaban los días y, finalmente, Soto decidió, por consejo del señor de Pontevedra, zarpar para el puerto de La Coruña, para tratar de vender allí el resto de la mercadería y aun el mismo buque. A pesar de las maniobras en juego, se hablaba demasiado del barco y podía resultar peligroso el prolongar por más tiempo su estancia en aquellos mares.

Se haría una «protesta de mar» fingiendo tener averías grandes, cortándose el mastelero, y dando un barreno al navío para que hiciese agua, entrando de ese modo en La Coruña, donde ya se habían realizado diligencias para que el «Defensor de Pedro»—alias «La Burla Negra», alias el «Guillero»—fuera admitido. Se había empleado bastante dinero para ganar voluntades y acallar escrupulos; don Francisco saldría por tierra, uniéndose allí con ellos.

Con gran alivio de la Ayudantía fué transmitido, al fin, este parte:

«Jurisdicción Real Ordinaria, de Cangas.—Respecto ahora, que son las nueve de la mañana de hoy, acaba de darme parte el mayordomo de la parroquia de Bueu, por medio de un celador de la misma, que al amanecer se hizo a la vela el bergantín que estaba fondeado en aquella rada, y que a las ocho de las ocho, que se hallaba ya desembocando de las puntas de esta ría, llevando su rumbo hacia la isla de Oons, me apresuro a ponerlo en conocimiento de V. S. Dios guarde a V. S. muchos años.—Cangas, 19 de abril de 1828.—Por ausencia del Regidor que administra justicia, Juan Bautista Gavala.—Señor Comandante Militar de Marina (del tercio y provincia de Vigo.—Es copia.—Cabrera.»

Desde lo alto de una piedra, una mujer veía alejarse el barco con inmensa congoja por el hijo que se iba, y desde la torre de un Fazo, una muchacha muy bella lo contemplaba también inmóvil. Tenía los ojos arrasados en llanto y oprimía contra su breve pecho una magnolia.

* * *

Navegaba muy marinero con viento fresco del Noroeste el «Defensor de Pedro».

Iban a lo largo de las piedras de Corrubedo, en donde muge siempre la mar. Benito Soto explicaba a Saint-Cyr que estaban ante la costa llamada de la muerte, y que muchos de sus habitantes ejercían la piratería desde tierra, valiéndose de la industria de las luces falsas. Encendían desde las alturas fachizos en las noches de temporal que desorientaban a los navíos, haciéndolos encallar en las rompientes inmisericordes. Venía después el desvalijamiento de los barcos, y a los ahogados había que cortarles los dedos, para poder quitarles los anillos, de hinchados que estaban. Los géneros se vendían después en La Coruña y otros puertos, habiendo personas que se habían enriquecido por estos medios. El conocía a más de cuatro. Algunos loqueaban por las apariciones



de los naufragados y otros morían de muerte extraña.

Respondió el caballero que en Bretaña y en las costas de Gales sucedían casos análogos.

Recordaba precisamente uno:

—Marco Hamon se había dedicado durante su vida a encender fuegos falsos para perder a los buques que corrían el largo, en la costa de Brest. Desde la punta de Penmanroh, cerca de la bahía de Audierne, hizo, en una oscura noche de mar alta, embarrancar a la goleta «Rosina», que buscaba la entrada de la bahía. Murieron muchas personas, entre ellas el viejo rector de Callac, que había embarcado en La Rochela y se dirigía a su presbitero. Desde las montañas D'Arez al «mar grande» era conocido por su extraordinaria caridad. Se le encontraba a lo largo de los caminos y de los campos, rodeado como Jesucristo, por las gentes humildes y «pobres: pastores, hombres de mar y jornaleros. Tenía fama de santo y de dominar hasta la propia muerte, L'Ankou.

A la semana de esto, Marco Hamon se encontraba en Port-Blanc, cuando vió unas luces raras sobre la isla de Saint-Gildas. Se sintió con un gran frío y empezó a dar diente con diente, cuando oyó el triste chirriar de la carreta de L'Ankou.

Fué encontrado tendido en una playa. Tenía la cara negra, y a su lado se divisaban claramente las huellas del carro de la muerte, que se perdían hasta el infinito.

María Juana, su mujer, invitó vanamente a los vecinos para que velasen con ella el cadáver de Marco. Todos se disculpaban, y la pobre mujer se retorció las manos con desesperación, pues es cosa mala que los muertos queden sin gente que los rodee antes de ser enterrados. Se volvió llorando hacia su casa, cuando tuvo una inspiración y volvió hacia el pueblo. «No dejaré de encontrar en la taberna del «Cuervo Marino» tres o cuatro sujetos de la especie de Marco que no tendrán inconveniente de acompañarme en su última noche —se dijo—. Bastará con que les prometa sidra y aguardiente a discrección...»

Sucedió como pensaba.

En el rincón de una mesa del «Cuervo Marino», unos bebedores alborotaban jugando a las cartas. La mujer de Marco atravesó el umbral, entre un vaho de niebla, y dijo:

—¿No habrá entre los cristianos aquí presentes cuatro hombres de caridad para hacerme un gran favor? Se trata de velar a mi marido, que acaba de ser encontrado muerto. Os daría toda la sidra y el aguardiente que quisierais...

Su voz cantarina parecía quebrada por un soplezo, y sus ojos suplicaban, mansos como los de un perro.

Pierre Le Rhun, Luch ar Britouz y los dos hermanos Troadek levantaron la vista y carraspearon un poco.

—Está bien, María Juana—dijo el primero, apurando el vaso y resacándose la creja izquierda con una mugrienta carta—. No llores; iremos contigo. Precisamente el tabernero nos estaba amenazando con cerrar la taberna y echarnos. ¡Que lo arrastre una centella a las siete islas!

Aquellas cuatro no eran lo que se dice precisamente malos, aunque sí holgazanes borrachones, escandalosos y pendencieros en ferias y romerías. Constituían, de todos modos, el último recurso de María Juana.

Se levantaron, caminando en silencio a través de la noche negra, entre los ladridos de los canes amarrados a los pajares, las voces del mar y los gritos, cercanos y lejanos a la vez, del buho entre los pinos.

Llegaron, tras media hora de caminar por senderos pedregosos, a casa del que en vida fué Marco Hamon, que estaba estirado y con la cara muy negra, sobre la que proyectaba unas extrañas sombras la luz de la lamparilla, colocada a la cabecera del difunto.

Los hampudos bigardos campesinos se miraron a hurtó en la sombra del portal, contemplando el bailoteo que la luz lanzaba sobre la cara de Marco Hamon y que ora le hacía abrir un ojo, ora estirar la boca con risa disparatada. Se animaron, al fin, con tases, y avanzaron hasta el difunto. Santiguáronse torpemente, mientras María Juana, arrodillada, volvía, esta vez con redoblada energía por la presencia de testigos a sus lloros y plantos. Surgió después, como es obligatorio en todo velatorio, el obsequio para los velantes; en este caso, un pastel frío de liebre, sidra y aguardiente. Los cuatro pícaros bebían como cosacos,

hasta que, calentándose bizarramente, acabó por sacar Pierre Le Rhun una baraja del bolsillo, volviendo todos ellos a la interrumpida tarea. La noche se iba pasando y María Juana terminó, al fin, cansada de lloros, en una duermevela, sobre la cama en la que reposaba su difunto.

De repente, dijo Le Rhun, que estaba bastante achispado:

—Si Marco pudiera, estoy seguro de que le gustaría más echar una mano con nosotros que el tener que aguantar las letanías de María Juana. ¡Y si no, que un rayo me divida!

—Caray—respondió el mayor de los Troadek, que también había trasegado de lo fino—. ¿Por qué no le invitamos?...

—¡Cuidado!—respondió con voz temblorosa Luch ar Britouz—; no juguéis con estas cosas... Pero ya era tarde.

Pierre Le Rhun se había incorporado y acercaba y brindaba el corte al muerto con grotesca reverencia.

—¿No quieres cartas, Marco?

Entonces sucedió algo terrible, Benito. El muerto, cuyas manos estaban cruzadas sobre el vientre, dejó deslizar poco a poco su brazo derecho hasta la mesa de los jugadores, aferró su mano sobre las cartas, cortó, y dijo por tres veces, con voz del infierno:

—¡Pique et atout! (¡Condenado sea!) ¡Pique et atout! ¡Pique et atout!

Los cuatro, petrificados al principio se volvieron instintivamente hacia la puerta y salieron corriendo como lobos, mientras a sus espaldas sonaba una carcajada articular y fría, que hizo despertar, dando un grito, a María Juana, y que a ellos les puso nieve en la espalda.

Se precipitaron en la noche, sin procurar ningún camino, y corrieron así hasta el alba, semejantes a bueyes locos.

Cuando con el día alcanzaran al fin sus casas, tenían todos el color de la muerte, Pierre Le Rhun murió, en efecto, dentro de la semana y los otros escaparon, pero después de haber temblado más de un año con una gran fiebre, de la que no pudieron curarse hasta que se ofrecieron a ir, como penitentes y amortajados en una caja, a la milagrosa fuente de Nuestra Señora de Saint-Gonery, de la que en otra ocasión te tengo hablado.

Soto, el capitán, escuchaba como en hipnosis al joven caballero. Un ruido de voces vino a romper el embeleso.

El negrito Joaquín Palabra había sustraído una botella de aguardiente y se la bebió con azúcar. Sintióse animoso, después de haber actuado de equilibrista por el bauprés, había trepado por la gavia de mesana y pasado al mastelero de juanete para terminar abrazado al tope del palo mesana, desde donde daba unos chillidos horrosos, zarandeado por el viento del Noroeste; parecía un mono aterrorizado.

Subió Lerendú a buscarlo, consiguiendo al fin bajarlo cogido por el pescuezo como un gato. Le echaron una tina de agua por la cabeza, le dieron una zurra que le hizo vomitar el aguardiente y lo encerraron castigado en la bodega, donde se oyeron por bastante tiempo sus gritos y gimoteos.

El capitán reunió entonces a la tripulación para perfilar detalles sobre la entrada en La Coruña.

Estaba decidido el fingir necesidad forzosa de arriba, pedir el alijo del cargamento por vía de depósito u hospitalidad y proceder después a su venta bajo las apariencias legales. Para esto había que poner en práctica los consejos dados por la astucia de don Francisco, con objeto de que el «Defensor de Pedro» presentara el aspecto más lastimoso posible, como barco que había sufrido los rigores de la galerna.

Se dió un barrenó a proa para la entrada del agua, abriendo dos agujeros que luego se volvieron a tapar; se cortó el mastelero y se arrojaron al agua masteleros y vergas de juanete, alas, arrastraderas y otra porción de cosas más. También se tiraron al mar gran cantidad de armas—fusiles, pistones y chuzos—dejando tan sólo las consideradas indispensables.

El capitán repartió a los tripulantes la ropa peor y más usada, para que su aspecto de ráufagos fuese lo más real posible.

A bordo volaban nuevamente rumor tras rumor y el aire se enrarecía otra vez con olor de sangre. Había conciliábulos y conversaciones misteriosas. Como en vísperas de tormenta, los nervios parecían estallantes, como cuerdas demasiado tensas, hasta que al fin fulminó la tempestad.

En la noche del 24, Soto había tomado ya una

resolución. Juan Antonio, el cocinero portugués; el negro Joaquín Antonio y el marinero americano de la fragata «Topaz» debían ser ejecutados.

Domingo Antonio, Nicolás Fernández y José de Santos fueron los encargados de la sentencia, cumplida a pistoletazos. Lanzaron los cuerpos al agua y Soto, ya más tranquilo, ordenó al portugués Manuel de Freytas, buen pendulista y conocedor de su idiciana, que procediese como escribano del buque a redactar el documento de protesta de mar, que le había de ser dictada por el piloto Manuel Antonio Rodríguez, el cual cada día que pasaba andaba más asustado.

Se hacía constar que el bergantín había salido de Río de Janeiro para las islas de Cabo Verde con cargamento de aguardiente de caña, azúcar, sederías y café, lo que correspondía a los géneros existentes a bordo.

Una parte de la carga había sido desembarcada en dichas islas, y no pudieron hacerlo con el resto de la existencia por sobrevenir un temporal que les obligó a hacerse a la mar, donde se vieron forzados a abandonar la lancha con diez hombres, los que no pudieron, aunque lo intentaron, venir a bordo, debido a la fuerte marejada.

En otra ocasión se fueron con una verga al agua siete hombres, habiendo fallecido los que faltaban por causa de enfermedad. Desbarbolaron por dos veces y, por último, ante la cantidad de agua que embarcaba el bergantín, se vieron obligados a arribar forzosamente al puerto más próximo.

La protesta, leída en alta voz, fué aprobada por todos y firmada por algunos con una cruz.

Les fué también recomendado especialmente por Soto que guardasen en La Coruña el mayor silencio, pues estaba todo arreglado en términos, que en el momento que uno dijera cualquier cosa, moriría irremisiblemente. Agregó que en adelante se reconociera al piloto don Manuel Antonio Rodríguez como comandante del bergantín bajo el nombre del capitán Pedro Mariz de Sousa Sarmiento, que habían dejado en la costa de Mina.

* * *

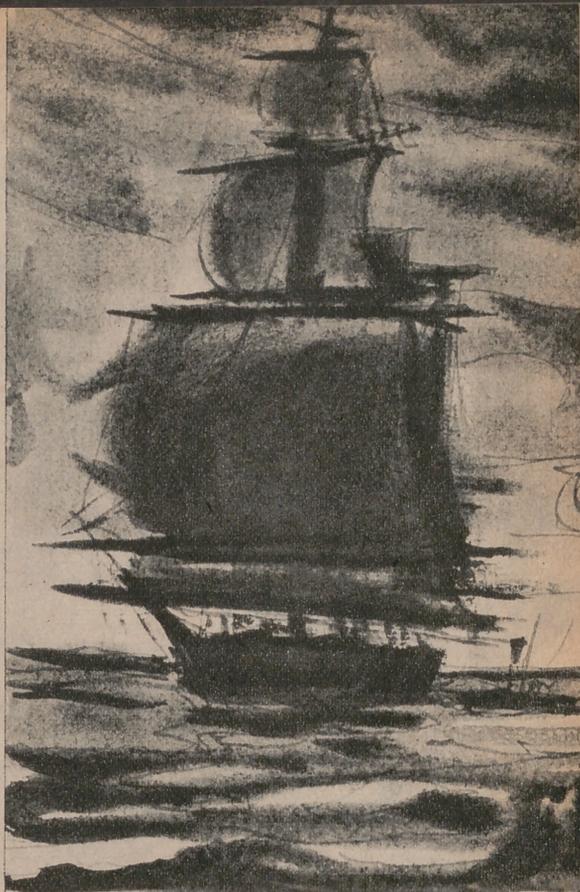
La Coruña se desperezaba coquetona y bella aquella mañana de abril, ante los tripulantes del «Defensor de Pedro». La Torre de Hércules se distinguía, nítida, entre la espuma altiva del Orzán, que parece entonar un gris responso por el gran jefe céltico, el mitológico Bregán, uno de los más puros linajes de la tierra, que con sus barcos de cuero partió, según las viejas leyendas irlandesas, a la descubierta de la Verde Erin, por él poblada.

Brillaba en mil reflejos el sol sobre la cristalería coruñesa y sobre los contrafuertes de las fortificaciones abiertas al mar, se alzaba en la pureza de la mañana abrilena, el sonido hecho llama de las cornetas militares. Como un recorte de muñecos cocreados hacia ejercicio la tropa, y del castillo de San Antón, sobre las rocas peladas, llegaba el eco de las descargas de fusilería. El caballero Saint Cyr contemplaba desde la proa ávidamente a la ciudad. Le recordaba a su Saint Malo bretón, impulso de pilotos audaces. Céltico y romántico, bajo el latigazo del Atlántico, ladrón de vidas.

Estaba entonces muy turbada la romántica, liberal e inquieta Coruña. No hacía muchos años que se había alzado salvando la comprometida causa de Riego y haciendo posible el período liberal de los tres años y más recientemente Quiruga organizaba la resistencia contra los cien mil hijos de San Luis, que entraron en España al mando del duque de Angulema. Pese a la detención de Morillo, la ciudad se defendió bastante tiempo, hasta tener que rendirse por capitulación a los morriiones galos, que ya habían tomado El Ferrol, Vigo y Santiago.

Con su bello rostro fruncido la ciudad andaba muy excitada y en el castillo de San Antón, que cruzaba fuegos con el baluarte de San Carlos, desbordaban los negros calabozos de presos políticos.

El «Defensor de Pedro» enfilaba el puerto constelado de gaviotas, que se deslizaban como blancas madamas, mostrando izada la imperial bandera brasileña y achicando agua con el mayor aparato, para ofrecer la sensación de un buque maltrecho y desmantelado por el temporal. Sobre las once dieron fondo y a poco se presentó la falda



de Sanidad. En ella erigía su figura comercial, aprisionada en negro frac, don Francisco, procedente y natural de Pontevedra. Había llegado hacía dos días y se presentaba como consignatario del bergantín.

Preguntaron por la protesta y por los documentos de navegación que fueron entregados por el piloto Rodríguez vestido de Pedro Mariz de Sousa Sarmiento. La raída tripulación, que presentaba el aspecto más lamentable posible, fué a su vez inspeccionada por la Sanidad, pasando todos ya, sin más obstáculos, a libre plática.

El capitán se frotaba las manos bajo la cazurra sonrisa del astuto señor de Pontevedra que multiplicaba sus atenciones con los empleados, mientras al piloto don Manuel Antonio Rodríguez que por dentro seguía temblando, le parecía todo aquello un sueño. El esperaba que la simple inspección de la protesta y la compulsión de los documentos presentados, bastarían para levantar un monte de sospechas. La inverosímil derrota del bergantín, el contenido de la carga con productos como las sederías, que el Brasil no fabricaba, su destino a las islas de Cabo Verde, habitadas por un montón de negros semidesnudos, y la falta de las dos terceras partes de la gente, le parecían sobrado motivo para despertar el celo de los fieles e incorruptibles empleados.

Paseando sus entumecidas piernas por los alegres cantones coruñeses, que bebían lentamente el dulce sol, el segundo teniente de la Armada brasileña, seguía haciéndose preguntas sin respuesta. ¿Cómo podían las autoridades considerar como verdadero escribano a un tosco marinero con las manos alquitranadas como el tal Manuel de Freytas? ¿Cómo no se hizo un reconocimiento del bergantín más escrupuloso? Se hubieran encontrado cosas curiosas, ya que amén de las pistolas, sables y fusiles que los piratas aun conservaban, había a bordo todavía cañones...

¿A quién se le ocurrió confrontar el diario de navegación con la derrota de las Cartas...?

Se pellizcaba de vez en cuando el asustado don Manuel Antonio Rodríguez para cerciorarse de que no estaba bajo los efectos de una pesadilla.

Había mantenido la esperanza de que bien en Pontevedra o allí en La Coruña, las cosas se aclararían por sí mismas, facilitándole la tarea para poder soltar aquella larga cadena que le oprimía.

Y ahora veía nuevas complicidades que le aterraban más aún. Parecía que la cabeza le daba vuel-



tas y que los cristales, incendiados por el sol Poniente, le hacían guiñadas de burla. Acabó derribado sobre una mesa de la taberna del Berecho, trasgando, entre suspiros, un gran vaso de guardiente.

Los piratas, severamente advertidos por el capitán respecto a la conveniencia de detener la lengua, se desparramaron por la ciudad, tras las buenas mozas y el vino del puerto. Víctor Saint-Cyr dejó a Soto enfascado en los tratos con don Francismo y otros caballeros y pasó lentamente con las últimas luces del día, por las ensaladas rúas y plazas, gustando de perderse adrede.

En la tarde serena y aromada de sal, magnolias y rosales, sentía desvanecerse su alma como si él mismo no tuviera existencia. De pronto se le presentaba como una revelación el vacío de su propia vida, como un búcaro que hubiera guardado las mejores ensañaciones y se rompiera de improviso bárbaramente.

Sus veintiún años parecían multiplicarse en una carrera agotadora y sin sentido. ¿Por qué no se había quedado en aquella ría de Pontevedra al lado de aquella muchacha, Laura, tan hermosa y pura?

¿Pero el amor no era también una ilusión incoercible que le dejaba siempre una honda tristeza insatisfecha? Sí, como las riberas de una isla muy hermosa, como un espejismo, que tirase de uno igual en sueños que en vigilia y que no pudieran ser jamás alcanzadas. Le hacía daño aquel vacío interior que se agrandaba en su desolación, sin que pudiera rellenarlo ahora ya con nada.

En su desesperanza había terminado, como si un imán lo arrastrase, en el jardín de San Carlos habitado entre cipreses, mirtos y rosas, por la melancolía. Sintió en un ahogo grande subirle a la garganta un sollozo, al leer, ya con sombras, el epitafio de sir John Moore herido de muerte hacía diecinueve años, en lucha contra las tropas francesas de Soult. ¿Su tío el mariscal Saint-Cyr, se encontraría también en aquella batalla de La Coruña?

En el sepulcro de granito con su urna de blanca piedra, rezaba la inscripción:

«Joaenes-Moore
Exercitus Brytannycy Dux
Proelio occysus
A. D. 1809»

Evocaba el joven caballero al joven general que expiró la misma noche del día en que recibió sus heridas, mientras arengaba con claras voces de bravo el cincuenta! La carga del cincuenta regimiento de Granaderos, antes del reembarque de las tropas inglesas, perseguidas por el mariscal Soult desde Astorga, reembarque que parece ser siempre inevitable en las guerras británicas.

¡Qué gran figura la de sir John Moore! Lady Stanhope, ardiente y fantástica como las sombras, lo había amado locamente para terminar enterrando su «spleen» en los arenales de Siria, donde la había de hallar, mas tarde, Lamartine.

Si los amados de los dioses mueren jóvenes. La vida en el fondo... También él moriría muy pronto; lo sentía ahora, como un presentimiento, que le proporcionaba ya seguro alivio.

Con la noche moría el último canto amarillo del mirlo, cimero en el ciprés. Era como un adiós, desgarrado en espiral finísima, a todo y a todos. Bajo la verdura del jardín de San Carlos, Víctor Saint-Cyr de Barbazán lloraba de verdad contra un fondo de mirtos. Lloraba por motivos desde luego más sutiles que los que provocaban el llanto del asustadizo y desventurado piloto Rodríguez.

A los tres días de arribada seguía balanceándose sin novedad en el puerto de La Coruña el «Defensor de Pedro». Aquella mañana, el aterrado piloto Rodríguez, vestido de Sousa Sarmiento, se presentó en una escribanía pública de la ciudad. Le acompañaban como escolta José de Santos, Domingo Antonio y el llamado escribano del bergantín Manuel de Freytas, a quien habían revestido ya con frac, para mayor acato del cargo. A continuación la descarga de la mercancía no ofreció dificultades mayores, pasando, con todas las de la ley, a depósito y custodia en la Real Aduana de La Coruña.

Llevadas a efecto la descarga y el depósito del cargamento, se procedió seguidamente a la venta de la mayor parte. Pero no eran éstas tan sólo las preocupaciones del capitán Soto.

Otra vez le rondaba el fantasma de la delación. No había tomado cuerpo concreto, mas, sin embargo, su singular sentido la veía acercarse como niebla baja. El primero en manifestarse fué Nuño Pereira, uno de los destacados en la sublevación del «Defensor de Pedro» en la costa de Africa. Pereira estaba cansado tenía dinero y temía que la realidad del bergantín y de sus tripulantes fuese descubierta. Era hombre de confianza y mesa de Benito Soto, pero juzgaba a éste temerario en exceso al prolongar tanto las cosas. El no quería abandonarlos. Pero...



En la mente confusa de Nuño Pereira se alzaba entre sueños con nitidez la horca, cuyo nudo condecora a los piratas de rompe y rasga. Recordaba un viejo grabado que le había enseñado el caballero Saint-Cyr, una tarde de calma chicha en la que el barco inmóvil parecía desmayado bajo la luz del trópico. Saint-Cyr estaba leyendo un libro bajo la sombra de una vela lacia y él se acercó curioso. Entonces le mostró la obra que trataba de la vida de los piratas de toda la tierra. Era un libro muy curioso, con unos grabados preciosos en xilografía, impreso en París en 1811.

Venía allí el pirata Espartaco con su galera «Milvus», que Saint-Cyr le explicó significaba «El Milano», en una ensenada rocosa de la isla de Farmacusa. Aquellos piratas tenían un aspecto terrible con sus negras barbas enmarañadas, su anillo en la oreja y su afilado y curvo cuchillo a la cintura, y sus nombres eran justamente temidos en las costas del Asia Menor desde el Helesponto a Tiro. Le explicó también Saint-Cyr que eran tan audaces que hasta se atrevieron a capturar a Julio César, que él no sabía quién era. Luego otros piratas. Wolf el Sajón, que quería decir lobo. Los atrevidos vikingos escandinavos que desafiaban al mar con las proas endragonadas de sus «Drakans» y «Senekkaras» y entraban a velas desplegadas por los estuarios y ríos navegables, dejando una estela de ruinas, de sangre y de humaredas, como jalón de su franco y terrible paso. Caían como aguiluchos sobre los poblados y al sentir broar su cuerno de marfil, toda la cristiandad temblaba. Iban mandados personalmente por su Rey, el cruel Olaf que, cosa curiosa, terminó haciendo penitencia y llegó a ser santo. Luego los berberiscos y turcos sedientos siempre de botín y sangre. Eran aquellos turcos, según Saint-Cyr le explicaba, muy probados en las artes de la mar, buenos entendedores de los vientos y escuchas de las señales de las estrellas. Hubo una gran batalla en la que los derrotó el hijo del Rey de España, que era un príncipe muy apuesto. El gran general de las naves turcas se llamaba Ali-Bajá y con él iban Uluch-Ali, de Argel, moreno y terrible, con un grueso anillo de oro en la oreja izquierda, gran corsario para el oro, las mujeres y los mercantes de Levante; Mohamed Siroco, con nombre y maña de viento fogueado, con canciones en villas sicilianas donde las mozas temblaban por su arribo, y aquel Pertew Bajá hábil en los combates y maestro en maniobras de escuadras, consejero de consejeros, eslavo renegado y cuchillo de cristianos. Le decía el caballero francés que en aquella gran batalla los turcos perdieron a su generalísimo Ali-Bajá y al almirante Mohamed Siroco, con 250 bajeles, teniendo más de 25.000 muertos.

Seguía, como una alucinación, la rueda de piratas: los filibusteros de la ruta de las Antillas que asaltaban a los pesados galeones españoles carga-

dos de barras de plata y de oro que entraban a sangre y fuego en Panamá, La Habana o Cartagena de Indias. Tenían su refugio en Maracaibo y la isla de las Tortugas. Se llamaban Morgan, Drake, Frobisher, Cavendish y sir Walter Raleigh. Algunos eran ahorcados sobre el Támesis y otros ennoblecidos por el Rey de Inglaterra. Cuestión de suerte... Los feroces bucaneros del Caribe, así llamados por el bucan de que se alimentaban en gran parte, que era una especie de cocina o tasajo, y su jefe, el francés Francisco Lolonais, que había sido transportado a las islas del Caribe en su infancia como esclavo o criado, viniendo después a La Hispaniola donde se unió algún tiempo a los cazadores o bucaneros para acabar, protegido por el gobernador de Tortuga, monsieur de La Place, siendo terror de aquellos mares. No había recuerdo de un pirata más cruel e implacable que el Lolonais... Los piratas del golfo Indico en la ruta de las Especies, y los piratas chinos, peritísimos en toda clase de torturas, sobre sus ágiles juncos, con sus coletas, sus amplios trajes que parecían flotar al suave viento, y sus alianjes cuervos como la muerte. En fin, el temerario capitán Kid, con la bandera negra ondeando sobre su veloz fragata, «La Calera Aventurera...». Pero lo que a Nuño Pereira le ponía ahora espanto era el recuerdo de aquel grabado en el que se veía a diecisiete piratas descuartizados puestos sobre las puertas de las murallas de Londres. En una esquina había una cabeza con un inflado y saliente ojo, que miraba fijamente más allá del mar. Ahora no habría ningún Rey, ni gobernador que los protegiera...

Animado con espuelas de vino, decidió al fin huir del barco, refugiándose en la ciudad. Soto se dispuso a obrar en consecuencia y con rapidez. Se sentía otra vez dueño de las decisiones audaces, como en el combate contra el «Unicornio». Había que terminar con los miedos y deserciones. Pereira fué buscado afanosamente por el puerto de La Coruña, hasta que dieron con él los sabuesos del capitán en una buhardilla de la calle de Panaderas donde una moza de partido lo había refugiado. Para mayor tranquilidad, Benito Soto había requerido la ayuda de la fuerza armada, presentando a Nuño Pereira como desertor. Fué trincado y conducido a bordo por Nicolás Fernández, con escolta de bayonetas. Pereira estaba helado de miedo, mientras Soto lo miraba sonriente, sin pronunciar palabra. El hombre empezó a imaginarse toda suerte de torturas chinas y aquella noche se tiró de cabeza al mar. Ayudado por la corriente logró ganar la orilla.

Ya no pudieron volver a encontrarlo. El capitán propaló por medio de sus agentes que aquel marino estaba desgraciadamente loco.





“YO CREO QUE LO UNICO QUE VERDADERAMENTE SE ES CANTAR FLAMENCO”

AFRICA HA INFLUIDO TOTALMENTE EN LA OBRA DEL ESCRITOR LUIS ANTONIO DE VEGA

Funda en 1937 el semanario “Domingo” :-: Lleva publicadas hasta ahora 25 novelas

“Soy partidario de la esclavitud del hombre y la mujer”

SU DIVERSION PREFERIDA ES CALLEJEAR

AL pronto, Luis Antonio de Vega produce una impresión poco definible, como si tuviera un conglomerado de caracteres que se proyectan en intervalos. Alto, pelo rabirosamente negro y cara rojiza, descuella en él un paralelismo con un director de orquesta. Sus largas manos se agitan constantemente, y sus ojos dominan los cuatro ángulos del salón. Es un hombre sin pausas. Con prisa. Con esa prisa de las confidencias a borbotones, con un suave tartamudeo de ritmo apasionado. Un traje a rayas oscuro y un alfiler de dos diamantes sobre la corbata.

Es fácil conversar con él. Nos insinúa una rápida panorámica de su vida.

Nació en Bilbao. No tiene antecedentes periodísticos. Comenzó a trabajar en el «Noticiero Bilbaíno». De joven sintió la mordedura del éxodo. Año 1926. Larache. Comienza a hablar la «jaquetilla»: un español anterior a la expulsión de los judíos. Marruecos llama a su puerta y ésta se cierra para abrirse diez años más tarde. Una permanencia que tendrá extraordinaria importancia en su producción literaria. Antes había publicado cuatro novelas muy malas, y Federico Sántz de Robles le reprocha el que nunca las haya mencionado.

HOLGADO.—¿Cuáles son esas novelas?

L. ANTONIO DE VEGA.—«El retorno de Uria Masart», «La tragedia de Las Urdes», «Primavera en Castilla» y la «Canción de las últimas rosas». Las cuatro, pésimas, se lo aseguro.

MARIA DEL CARMELO.—¿Qué diferencia fundamental

existe entre el Luis Antonio de Vega que escribió esas novelas y el Luis Antonio de Vega de «El amor de la sota de espadas»?

L. ANTONIO DE VEGA.—Una integral, aparte de otras muchas: Africa. Esta experiencia me transformó totalmente, hasta el punto que su influencia en mi obra fué, digámoslo así, decisiva. El vivir con intensidad el problema del moro y del judío me ha llevado a insistir sobre temas africanos y judíos. Humanamente también Africa me ha transformado.

MARIA DEL CARMELO.—¿Hay alguna obra suya en la que usted refleje más que en ninguna otra su preocupación por la psicología africana?

L. ANTONIO DE VEGA.—Sí. La biografía de «Almanzor». La he escrito desde el punto de vista árabe. Abordé la figura de Almanzor como lo haría un «afáquir» o un «adú».

HERRERO.—¿Ha influido en usted algún autor árabe?

L. ANTONIO DE VEGA.—De todos los clásicos árabes, el que más impresión me ha dejado es Jafiz.

HOLGADO.—Después de esa larga permanencia en Africa conocerá usted muchos temas árabes. Háblenos de ellos.

«LO UNICO QUE VERDADERAMENTE SE ES CANTAR FLAMENCO»

(Luis Antonio de Vega forma un péndulo con su cuerpo sobre el sofá y se inclina hacia nosotros. Parece como si llegase un aliento de misterio, de confabulación. Giran una vez más sus ojos, y las manos piruetean ale-

gremente al compás de las palabras.)

L. ANTONIO DE VEGA.—Yo creo que lo único que verdaderamente sé es cantar flamenco. El cante flamenco tiene un claro origen árabe. Procede, en alguna de sus coplas más típicas, del cante campero que entonaban los labradores moriscos de Granada. Sus letras están inspiradas en versos de grandes poetas árabes. Así, por ejemplo, la «caña» es una derivación directa de un canto árabe: la «gaña» en Tetuán. Dice la leyenda que nació este canto cuando un poeta se cayó y se rompió una mano, y al ir sobre un camello se quejaba tristemente. Aunque esto fuese tan sólo leyenda, serviría para explicar la terrible dificultad de interpretación de la «caña». La primera vez que la oí, bajaba del «barrio de las bocas pintadas», y en un cruce de callejuelas escuché la voz de una mujer de un harén solitario, que entonaba la «gaña». Tanto me impresionó, que volví muchas noches a escucharla.

JALON.—¿Cree que los espectáculos llamados folklóricos han perjudicado al cante grande?

L. ANTONIO DE VEGA.—No. El cante grande, como otras muchas cosas, se va perdiendo. Pero no por la popularidad de las fáciles coplas que divulgan los espectáculos folklóricos. Al contrario. En cierto modo, estos espectáculos ayudan a la pervivencia del cante andaluz. Y como viene aquí justo, les diré que pienso escribir un libro sobre las influencias musulmanas en los tantos españoles.

MARIA DEL CARMELO.—Según parece, lo que más le preocupa son los asuntos marroquíes. Siendo usted vasco, ¿cómo no se ha dejado arrastrar principalmente por los problemas vascos?

L. ANTONIO DE VEGA.—La cosa vasca me está reforzando. Es ahora, en «El amor de la sota de espadas», la obra con la que conseguí el Premio «Alarcón», cuando vuelvo a lo vasco.

HERRERO.—¿Qué ambiente recoge en ella?

L. ANTONIO DE VEGA.—El del Bilbao de principios de siglo. Es el momento en que Bilbao deja de ser Vizcaya para encerrarse en sí mismo y respirar su propia formación.

HOLGADO.—¿Cuántas obras se han presentado?

L. ANTONIO DE VEGA.—Unas ochenta o noventa. Y, según mis noticias, el fallo no fué muy discutido.

MARIA DEL CARMELO.—¿Concurrieron mujeres?

«LAS MUJERES TIENEN MAS TALENTO, MAS INTELIGENCIA QUE LOS HOMBRES»

(Luis Antonio de Vega sonríe. Y nos muestra otra faceta insospechada. El cambio es brusco, aunque a veces uno dude si existe en realidad tal cambio. Las palabras parecen llevar una soterrada ironía, un sutil pincelazo de burla. Y, sin embargo, las pronuncia firme y serio, y razona y arguye como intentando convencernos de que admira la sinceridad.)

L. ANTONIO DE VEGA.—No. Este Premio es sólo para hombres. Así la victoria es más fácil, y por eso me considero un poco «campeón de Segunda División». Porque las mujeres—yo soy un convencido feminista—siempre suelen tener más talento, más inteligencia que los hombres y, por lo tanto, siempre suelen escribir mejor. En estos últimos años han invadido la novela, y a la vista están los resultados. Y tengo para mí, que el día que comienzan a escribir para el teatro, Torrado no vuelva a estrenar. En mi novela me refiero a todas estas cuestiones en torno a la mujer. Los hijos del viudo en Vizcaya eran los únicos que iban a la Misericordia; en cambio, los hijos de viuda, jamás. Estos llegaban a pilotos, a ingenieros o algo por el estilo. Puede decirse que he intentado resaltar los méritos de la mujer vasca.

HERRERO.—¿Cuáles son los personajes femeninos en los que pretende plasmar a la mujer vizcaína en sus diferentes aspectos?

L. ANTONIO DE VEGA.—En primer lugar, Luz Barrenechea, llamada «Santa la Botera». Esta mujer se ocupaba en pasar la ría a las gentes con su pequeño bote. Quedó viuda de un angulero. Ella es la madre del protagonista, que es el único personaje de la novela totalmente imaginario. Luego está Doña Casilda Iturrizar, costurera, casada con un hombre riquísimo del que se queda pronto viuda, y que emprende el camino de la caridad. En fin, desfilan varios personajes femeninos que demuestran el temple de la mujer va-

ca, la cual domina la mayor parte de las veces al hombre.

HOLGADO.—¿Cree usted que el hombre debe ser dominado por la mujer?

L. ANTONIO DE VEGA.—Creo, en efecto, que el estado perfecto del hombre es la esclavitud. Pero... ¡cuidado! Si pienso esto del hombre, ¿qué no he de pensar de la mujer?

MARIA DEL CARMELO.—Cambie mos de tema. Háblenos usted del semanario «Domingo».

L. ANTONIO DE VEGA.—Lo fundamos Juan Pujol y yo en Burgos. Habíamos trabajado ya juntos en la época en que él dirige «Informaciones» y yo estaba en Roma de corresponsal de este periódico. Comenzó la tirada en febrero de 1937, y ahora, aunque prácticamente lo llevo yo solo, pertenece a los dos.

HERRERO.—¿Ha hecho en él alguna campaña de Prensa de la que esté verdaderamente satisfecho?

L. ANTONIO DE VEGA.—Sí. Una contra los nacionalistas vascos, paralela a otra que hizo Pujol contra la masonería.

JALON.—¿Alguna particularidad o faceta curiosa del semanario?

L. ANTONIO DE VEGA.—«Domingo» parece tener un talismán que lleva la suerte a las colaboradoras. Una gran parte de las mujeres que hicieron sus primeras armas literarias en el semanario ocupan un destacado puesto en la actualidad. Podría nombrarle a muchas, pero basten, como ejemplo, Angeles Vilarta, Premio «Femina 1954», y Dolores Medio, Premio «Nadal 1953».

«POR PRIMERA VEZ EN LA HISTORIA DEL MUNDO» PLANTEA UN PROBLEMA SOCIAL

(Hay una pausa. Luis Antonio de Vega rechaza un cigarrillo. No fuma. En el intervalo que marca la cerilla hay tiempo para, ya compenetrados con el personaje, dirigir una mirada al despacho en el que trabaja diariamente.

Sobre una mesa, un montón de libros con una portada roja, viva y chillona. Es su último libro. Título: «Por primera vez en la Historia del mundo». En él plantea nuevamente un problema racial, arropado por los suaves tonos del sol madrileño en el barrio, con olor a churros calientes, de Las Vistillas. Al otro extremo de la mesa, unas felicitaciones de Año Nuevo, las mismas felicitaciones que este año le sobraron. Detalle curioso y original: el Año Nuevo es el de 1905. Las encontró en una librería de vie-

jo y le hicieron gracia. Todo el despacho lo preside ese desorden ordenado, innato al hombre febril que siempre tiene ocupadas las dos manos.)

MARIA DEL CARMELO.—¿Cuál es su sistema de trabajo?

L. ANTONIO DE VEGA.—Me acuerdo temprano. Madrugó. Desde que aprendí a escribir a mano, lo que constituyó para mí un arduo problema, pues la máquina de escribir también deja su aquel de esclavitud, descubrí que podría trabajar mucho más. Escribo en la cama de siete y media a nueve y media, cosa que antes no hacía, porque con la estilográfica se puede escribir en la cama, en el café. Con la máquina... ¿Cómo voy a llevarme una máquina al café? Luego vengo aquí, a «Domingo», y estoy en la Redacción hasta la una y media. Por las tardes, escribo, callejeo, voy a los espectáculos.

JALON.—¿Qué diversiones prefiere?

L. ANTONIO DE VEGA.—Ante todo, callejear, callejear mucho por los barrios viejos. Prefiero Las Vistillas, que me roban gran parte de mis tardes, y rehúso sistemáticamente el Madrid de los Austrias, que no goza de mis simpatías. Me gusta mucho el cine. ¿El fútbol? El fútbol es para jugarlo, no para verlo. La verdad es que yo tengo vocación de futbolista. Mi mayor ilusión había sido ser extremo derecha del Arenas o de la Real Sociedad. Jugar, oír las ovaciones de las chicas guapas dirigidas a mí, naturalmente, y después del partido, en plena euforia triunfal, tomarme unos «chiquitos» con algunos amigos y admiradores.

MARIA DEL CARMELO.—¿Cuáles son sus libros preferidos?

L. ANTONIO DE VEGA.—El que yo prefiero—y ya es sabido que las preferencias del autor no suelen coincidir con las del público—es «El camino de los dro-medarios», libro que escribí en



Luis Antonio de Vega y su hermana Josefina en el año 1913

el momento justo: libro que describe, o recoge, la última estampa de la Mauritania antigua. Del Marruecos que no conocía el automóvil ni el avión. De un Marruecos que desaparecía con mi viaje. Tiene un carácter documental, principalmente. Tengo que reconocer que mis libros se han vendido poco, a excepción de «Los que descienden de Evas». Lo atribuyo, quizá, a los temas que planteo.

HERRERO. — ¿Cómo construye usted la novela, formando primero toda la arquitectura de ella, o guiándose por un motivo y dejando correr la pluma?

L. ANTONIO DE VEGA. — Para construir una novela, solamente es necesario tener la idea clara del final y de tres capítulos. Estos tres capítulos, hábilmente diseminados, constituyen el nudo, el problema sobre el cual el escritor se apoya, y el final responde a la ecuación vital del desenlace.

HERRERO. — ¿Cree usted en la inspiración?

L. ANTONIO DE VEGA. — ¿Y qué es eso? ¿Un momento determinado para escribir o para recibir del Olimpo una idea genial? No. La inspiración no es más que otra utopía. Yo escribo siempre, a todas horas, en cualquier momento, del mismo modo. Me resulta fácil escribir. No tengo esos momentos psicológicos tan careados por los escritores. Confieso, humildemente, que en este aspecto soy un dejado de la mano de la Musa.

(Ya estamos de nuevo en otra magnífica desorientación. Después de estas palabras, Luis Antonio de Vega se levanta, se acerca a su mesa de trabajo y parece que va a buscar algo; pero no. Del mismo modo, se vuelve, se sienta y sonríe. Otro cigarrillo. No llega un solo ruido de la calle. Son las dos de la tarde. Seguramente en una callejuela de Marruecos una esclava de un harén entonará tristemente una agañan, y seguramente en Bilbao algunos mozos de botina terciada cantarán en lenguaje bravo. Luis Antonio de Vega. ¿Abstraído en sus dos enraizamientos? ¡Quién sabe!)

VEINTICINCO NOVELAS PUBLICADAS
MARIA DEL CARMELO. —

¿Qué premios literarios ha conseguido usted?

L. ANTONIO DE VEGA. — Conseguí mis primeros cuatro premios con las cuatro novelas de las que hablé al principio. La Biblioteca Patria, que tenía la Editorial en Córdoba, tenía un concurso permanente. Se enviaban novelas, las leían, y si eran de su gusto, las publicaban. Así fué como edité mis primeras obras. Unas ediciones que ahora considero casi con remordimiento de conciencia. Después conseguí el Premio del Real Consistorio de «Julio Cejador» en 1924; luego, el Premio «Unamuno»; más tarde, el «Africa», con la novela «Los hijos del novio». Luego logré el del Círculo de Bellas Artes con «Yo le di mis ojos». Y, por último, el Premio «Alarcón».

JALON. — ¿Cuántas novelas lleva publicadas?

L. ANTONIO DE VEGA. — Veinticinco, en total.

HERRERO. — ¿Prepara usted algo?

L. ANTONIO DE VEGA. — Siempre tengo alguna cosa en perspectiva. Actualmente preparo dos cosas, dejando aparte mi proyecto de realizar el libro de las influencias de los musulmanes en los cantos españoles. La primera es un libro sobre Cartagena, y la segunda, una novela titulada «Crimen pasional».

LA MAGIA DE AFRICA

(De pronto, Luis Antonio de Vega cambia bruscamente de conversación y volvemos a Bilbao, en donde antes, en la época que relata su novela «El amor de la sota de espadas», ser abogado o militar estaba mal visto. Nos asombramos. Habla también de su vida. Es casado, sin hijos. Remueve asimismo el centro de su físico y ahora es su corazón el punto de mira de las palabras. En este viaje de ideas nos enteramos de dos mujeres más de su obra, una de las cuales explica el título de la novela: la Reverte (la sota de espadas), que luego fué Agustín Rodríguez, y la Guerrita (la sota de oros). Habla también de sus viajes, y tiene un recuerdo nostálgico para Alejandría y para Trípoli. Quiere volver a Trípoli. Es una

ciudad abierta, con amplia afinidad con su espíritu. También, ¿cómo no?, surge la cocina vasca, la buena comida. Y muestra su disconformidad con los que dicen que el arte de comer consiste en dejar intacto el apetito para la cena. Para él, el comer ha de ser necesariamente un esfuerzo violento y debe uno levantarse de la mesa ya saciado. Y así, mientras sus ojos giran y sus manos finas y expresivas dibujan en el aire, llegamos de nuevo al punto de partida de esta entrevista: Africa. Mágica palabra para Luis Antonio de Vega. Y ahora es él quien camina solo, sin apoyos de interrogaciones, y va descubriendo curiosos velos, y hay un tono cálido en cada palabra y una suave melancolía de arena que se posa, inajugable, en los segundos.)

L. ANTONIO DE VEGA. — He dicho antes que soy partidario de la esclavitud del hombre y la mujer. La esclavitud física, plasmada en el trabajo, les redime de todo y les eleva. He visto en Africa, y cualquiera puede verlo, una nueva definición de esclavitud y libertad. Situándonos en una callejuela, veremos pasar viejas horribles, pordioseras, cargadas de leña arreando un borriquito. Esas mujeres: son libres. Al poco tiempo, es inevitable, llegará una mujer marivillosa, llena de sedas y de joyas, acariciada de perfumes. Esa mujer es una esclava. Igual que éste, en Africa los pequeños secretos no son sino verdaderos ejemplos vivos. Todo en Africa tiene un sello distintivo. Todo es necesario, útil. Incluso ese simbolismo que parece la segunda alma del árabe. Ese simbolismo que rige cada paso, cada acto, cada palabra. Desde 1926 el árabe ha parado su reloj, y éste sigue marcando la misma hora. Recuerdo que en aquel tiempo, si oía una casa ya no volvía a levantarla. Ya los temibles tuareg sentían vergüenza de tener canas en la barba, convertidos por obra de la civilización en pacíficos sedentarios.

(La voz de Luis Antonio de Vega se apaga lentamente. Hay un cruce de preguntas perdidas que caen en un abismo sin fondo.)

L. ANTONIO DE VEGA. — Los árabes son señores en toda la extensión de la palabra. Y han servido siempre de vehículo de civilizaciones entre Oriente y Occidente.

(Encendemos el último cigarrillo. El, mientras, abre su estilográfica y escribe unas dedicatorias. Se pone, tras breve tiempo, en pie y su figura alta y fuerte queda de cara al sol, que tamborilea silencioso en el cristal de la ventana. Aun tenemos tiempo de saber que escribió una obra de teatro titulada «La casa del descalzado», de ambiente judío. Pero añade que la juzga irrepresentable. Y luego desfilta Cartagena y dice que él es «californio», y que tiene obligación, cuando visita Cartagena, de cantar a los miércoles y de salir a la calle a los viernes a pedir limosna. Nos despedimos. Al bajar la escalera queda todavía el carrusel de sus ojos, el pirueteo de sus manos y su melitilla preferida: «Yo soy mucho de esto.»)



Luis Antonio y un amigo con la alcaldesa y dos concejales de Segovia

**EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER**

EL FABULOSO LEONARD JEROME

Por Anita LESLIE

L origen americano de Churchill, casi olvidado en la primera fase de la vida pública de este político británico, adquirió nuevo realce durante la pasada guerra mundial y, sobre todo, cuando el propio «premiere» británico aludió a este parentesco en el discurso que pronunció ante el Congreso de los Estados Unidos en 1945. En el libro cuya resumen publicamos hoy en EL ESPAÑOL se trata, en parte, de atender a esta curiosidad, presentando en una amenísima biografía la vida del abuelo materno de Churchill, Leonardo Jerome, cuya vida fué de lo más polifacética y digna de consideración.

ANITA LESLIE: «The Fabulous Leonard Jerome». Hutchinson: Stratford Place, Londres, 1954.

LEONARDO Jerome nació en 1818 en una apartada granja próxima a Siracusa, al oeste de Nueva York. Su familia era de la estirpe de los colonizadores y era el quinto de ocho hermanos, de los cuales sólo había una mujer: Mary. Todos los hermanos de Jerome eran fuertes y trabajaron desde muy jóvenes. Su vitalidad animal parece que afligía ligeramente a sus padres, diligentes y temerosos de Dios.

A Isaac Jerome, padre de esta animada familia, le preocupaban siempre las distracciones frívolas de sus muchachos y pensaba que de seguir así irían directos al infierno. Los Jerome procedían de una familia que había dejado La Rochelle por razones religiosas, y por ello tomaban muy en serio la vida. Isaac trataba de meter el código puritano a sus hijos, pero no lograbaorrar la sonrisa que aparecía en la amplia boca de Leonardo.

Como miembro de una familia de ocho hijos, Leonardo no podía esperar una cara educación. A la edad de catorce años todavía vivía en la blanca casa de madraz, pero ya se esperaba de él que contribuyese al fondo familiar. Los cuatro hermanos mayores, Allen, Thomas, Addison y Aaron, fueron a Princeton. Allen se graduó en Teología; los otros se abrieron camino durante dos años, pero como su padre podía facilitarles sólo una pequeña ayuda, lo pasaron mal. Addison se estableció en Nueva York sin un penique, pero confiado en que pronto sería lo suficientemente rico para ayudar a sus hermanos más jóvenes. Mientras tanto, Leonardo obtenía un empleo en el almacén de su pueblo que le proporcionaba el salario de un dólar semanal.

Después de un trabajo de varias horas en el que tenía que discutir sobre los precios de sierras, hachas, fusiles, redes, arados y barriles de whisky, Leonardo huía a sus libros, acurrucándose ante una rugiente chimenea durante el invierno o tumbándose en el pórtico en las calurosas tardes veraniegas.

El viejo Isaac observaba los esfuerzos de sus hijos sin comentario. «La vida les enseñará», per-

saba. Y así fué. Sus hijos se abrieron camino y también Leonardo fué aumentando sus

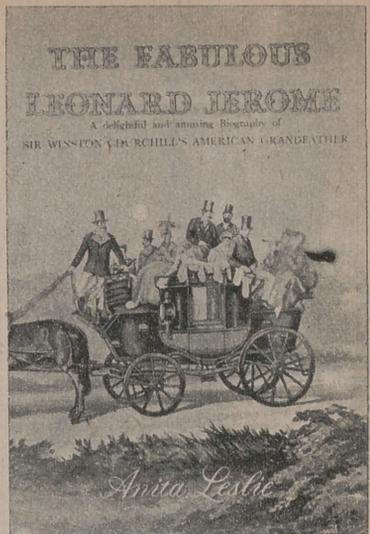
ahorros. A los dieciocho años estaba presto para recibir la enseñanza universitaria. Su hermano Aaron disponía ya de fondos suficientes para pagarle un año de Princeton y Addison le escribió para que iniciara sus estudios. En el libro de alumnos de la Universidad se recoge el hecho de que un día de noviembre de 1836 llegó a aquella Universidad un grupo de jóvenes entre los que destacaba uno alto, de aspecto agradable, que se llamaba Leonardo Jerome. La descripción que da de él es, en general, halagadora. En julio de 1839, Leonardo se graduaba. Tenía veintitún años y toda una vida por delante, para la cual no se sentía muy mal equipado. Aunque había abandonado sus primeras aficiones musicales, no las había dejado por completo y, además de su profesión jurídica, sabía tocar el violín y bailar diversas danzas, entre ellas bailes españoles.

EN BUSCA DE LA FORTUNA Y EL MATRIMONIO

El mundo comenzó a abrirsele. A 20 millas de Schenectady, donde residía, estaban las ciudades de Albany y Troy, ambas en el río Mohawk. ambas muy diferentes entre sí.

En sus recorridos iba con frecuencia a Albany, vigorosa capital del Estado, en donde esperaba ganar renombre. Después de ser admitido en el ejercicio de la abogacía y de haber obtenido un primer empleo, se dió cuenta de que la ciudad estaba saturada de jóvenes abogados ambiciosos y que el trabajo iba a ser muy duro.

En 1840, Leonardo, arrepentido, decidió volver al oeste del Estado de Nueva York, donde nuevas y expansivas ciudades ofrecían mayores oportunidades. Al desembarcar en Palmira, Leonardo informó a su tío, Hiram Jerome, que había sido recientemente nombrado juez de Wayne, de sus propósitos, ya que éste siempre había deseado que sus sobrinos fuesen hombres de leyes. Colcó inmediatamente a Leonardo y sugirió que La-



Leonard Jerome y su esposa Clara Hall (1853)



Lord Randolph Churchill



Así era Wall Street en 1856

wrence, el hermano siguiente, se trasladara a Princeton.

Vinieron entonces dos años de duro trabajo en la oficina del juez. Leonardo empleó energía y su tío decidió enviarle a Rochester. Cuando pequeño, Leonardo había conocido a Rochester como un pueblo de casas blancas que se extendía a lo largo de las cataratas del Río Genesee. Ahora encontró la ciudad completamente desconocida, ya que la población había aumentado, de unos pocos cientos, a 23.000 habitantes.

Repentinamente, en agosto de 1844, Lawrence se casó con la señorita Catherine Hall, una muchacha de veintiún años, de ojos negros, huérfana y al cuidado de unas tías suyas de Palmira. Tenía dos hermanas y eran herederas de una pequeña fortuna.

Era entonces una gran época para el periodismo. Leonardo no supo resistir a la tentación de dirigir su propio periódico e invirtió todos sus ahorros para publicar un diario. Después de muchos disgustos con el juez, que no quería que sus sobrinos abandonasen la carrera legal, en 1846 se hicieron propietarios conjuntos del «Daily American». La política absorbía una considerable porción, aunque no todas las energías de los editores de Rochester. Nuevas publicaciones eran lanzadas al mercado, aunque muchas de ellas sin objetivos políticos, no requiriéndose más que unos pocos de cientos de suscriptores dieran pie a su publicación con el fin de correr la aventura. El «Daily American» gozó de un gran éxito y pronto se convirtió en soporte del partido demócrata.

Catherine tenía una hermana más joven, Clara, a la cual Leonardo la observaba desde hacía largo tiempo y con la que se encontraba a menudo en el vapor que la llevaba hasta Palmira. Habló con Clara cuando sus asuntos financieros iban bien, y pronto vinieron las tías a Rochester, acabando todo a pesar de ciertos recelos de la familia, en la iglesia presbiteriana de Palmira.

LA ABUELA DE CHURCHILL

Clara Hall poseía una extraña belleza. Los retratos muestran un rostro oval melancólico y su cabello lo llevaba con raya en medio, cubriéndole algo la frente. Sus ojos eran negros y tristes.

Una extraña y desgraciada infancia pudo haber dejado su huella. Clara apenas si recordaba a sus padres, que habían muerto ambos cuando tenía dos años. Sólo las historias recogidas en el círculo familiar le daban un borroso retrato de su padre, que yacía en el cementerio parroquial de Palmira junto a su misteriosa y bella mujer. El padre de Clara aparecía a través de todas estas descripciones como un hombre de fuerte personalidad. Clara escuchaba con temor mientras le leían sus escritos y discursos. Su madre aparecía diferente y una cierta suavidad y curiosidad parecían descubrir su origen indio.

Tres de los huérfanos alcanzaron la madurez. Fueron las hermanas gemelas Catherine y Caro-

lina, que habían nacido en 1823, y Clara, que nació en 1825. Clara revelaba en su carácter las características de las mujeres hermosas de las pequeñas ciudades. Aunque nunca mencionaba su sangre india, no olvidaba nunca que ésta corría por sus venas. Clara amaba lo que no entendía y es quizá por lo que amó a Leonardo Jerome, a quien ciertamente le quiso toda su vida.

CONSUL EN RAVENA Y TRIESTE

Leonardo fué recompensado por sus servicios a la causa demócrata, cuando en marzo de 1850 el Senado norteamericano confirmó su nombramiento como cónsul en Rávena, entonces Estado papal. Clara se sintió complacidísima, pues se dio cuenta de las grandes perspectivas que podría ofrecerle a su marido la carrera diplomática. Pero Leonardo aspiraba a más y punca marchó para Rávena, siendo nombrado dos meses después tesoroero secretario de la Merchants State Telegraphic Co. de Rochester, que se abría ante las grandes posibilidades del telegrafo.

Leonardo esperaba un favor político mayor, asegurándole a Clara que viajarían por Europa en la primera oportunidad. Durante casi dos años tuvo que esperar en Brooklyn mientras que Leonardo y Addison invertían su dinero en nuevos y repetidos negocios. En enero de 1852 aquella vida terminaba repentinamente. El Senado confirmó a Jerome en su segundo nombramiento, designándosele para el Consulado de Trieste.

En abril desembarcaron en Marsella y recorrieron la floreciente Riviera y el norte de Italia hasta los confines del Imperio austrohúngaro. Los pasaportes eran desconocidos en aquellos días, salvo para un país como Rusia y para los turbados Estados italianos.

Trieste era muy diferente de Rochester y Nueva York, y Leonardo no podía darse cuenta en primera vista de la dureza con que se podían mantener juntas las piezas del viejo Imperio. Detrás de todo aquello yacía una bomba cronometrada que debería explotar en el siglo siguiente. Cuando el Emperador Francisco José subió al Trono decidió someter a las provincias italianas, encomendando esta tarea al anciano mariscal Radetzsky. El mariscal optó por la tremenda, impuso la ley marcial, ahorcó y encarceló a miles de italianos hostiles.

PARIS Y LA EMPERATRIZ EUGENIA

Desde su marcha de Trieste, los Jerome recorrieron un largo camino y la fortuna se mostró ampliamente generosa. Durante su segunda estancia en París era ya un hombre conocido mundialmente. Entonces la Corte de Napoleón III se había convertido en un lugar donde se daban cita la belleza y la moda internacional. Las hijas de los Jerome, ya mayores todas ellas, admiraban extraordinariamente a la Emperatriz Eugenia, cuya Corte daba sombra a todas las demás de Europa.

Naturalmente las Tullerías eran una Corte en la que los americanos gozaban más que en otras.

En ésta no aparecían tímidos o molestos. La señora Jerome encontraba un encanto en la Emperatriz Eugenia muy superior al que poseían otras princesas de sangre real. Eugenia era para ella y su marido lo que debía ser una Emperatriz. También el Emperador les parecía el hombre más simpático del mundo. Leonardo, a quien le había causado horror la política del Emperador Francisco José, encontraba en Napoleón III un ser humano al que podía respetar.

LA PERSONALIDAD DEL PADRE DE CHURCHILL

Después de una operación económica que casi arruinó a Leonardo Jerome ocurrió algo importantísimo para la familia. Su hija Jennie, su preciosa y hermosa Jennie, se comprometió en matrimonio. La persona que surgió en el horizonte familiar en aquella época de sentimientos encontrados ha sido muy bien descrita por la pluma filial, es decir, por el propio Winston Churchill: «Detrás de un hombre de veintitrés años, de un hombre desarrollado, reservado en sus maneras, entregado a sus amigos íntimos, había también un hombre elegante en su manera de vestir, un serio deportista, un incansable lector que marchaba a grandes pasos en aquellos días por los selectos círculos de la moda y el Club, buscando las diversiones del campo y la ciudad.»

La familia, residente en el palacio de Blenheim, era consciente de lo vetusto de su estirpe, y por ello el duque determinó que Randolph debería dedicarse a la política y defender a los conservadores. Así estaban las cosas cuando en agosto de 1873 se trasladó a Cowes para disfrutar de los placeres del mar. Fué allí donde conoció a Jennie, con la que bailó a pesar de su desagrado por la danza. Se vieron varias veces y sucedió lo que suele ocurrir en los casos en que dos personas de diferente sexo se sienten atraídas. El duque se mostró seriamente preocupado por las intenciones de su hijo y se negó a dar su aprobación hasta que se enterase de las circunstancias de la familia Jerome. Deploró la precipitación con que había sido tomada la decisión. También Jennie temía dificultades en su propia familia, pero la intervención de su madre hizo que se aprobaran los proyectos de su hija muy querida. El duque acabó también cediendo y el matrimonio se llevó a cabo.

EL INCIDENTE DE CHURCHILL CON EL PRINCIPE DE GALES

La Corte inglesa se vió posteriormente toda ella sacudida por un incidente que tuvo como protagonistas a Randolph, su hermano y el Príncipe de Gales.

El asunto fué el siguiente: el hermano de Randolph, lord Blandford, que había escrito sarcásticas líneas sobre los matrimonios precipitados, se casó con la hija del duque de Abercorn y fué padre de varios hijos. A pesar de su propensión a describir en verso cómo deben ser los matrimonios, no dió muestras de marido modelo, y aunque lady Blandford nunca supo nada, cortejaba abiertamente a la hermosa condesa de Aylesford. Lord Aylesford era un hombre famoso en las cacerías, y el Príncipe de Gales le invitó a que le acompañase a la India. Lord Blandford, indiscretamente, aprovechó este momento para cazar en territorios colindantes con la casa campestre de lady Aylesford.

Cuando lord Aylesford volvió se inició un asunto que iba a hacer temblar toda la estructura de la sociedad. El Príncipe de Gales insistía en que, habiendo comprometido a la citada señora, Blandford debía pedir el divorcio y casarse con ella. Lord Blandford se negó a hacerlo así. Mientras tanto la única persona que no sabía nada de lo que le ocurría a su marido era la propia lady Blandford. Su tranquilidad era verdaderamente admirable, incluso en los momentos más críticos del incidente.

Randolph luchaba furiosamente por su hermano contra el Príncipe y amenazaba con revelar ciertas cartas amorosas escritas por el propio Príncipe que lady Aylesford por alguna razón le había permitido leer. Las palabras se hicieron cada vez más gruesas, y finalmente Su Alteza Real envió a lord Knollys para que desafiara en duelo a Randolph, sugiriendo la ciudad de Rotterdam como el lugar adecuado para llevarlo a cabo. Incluso los nervios de Jennie comenzaron a sen-



El pequeño era Winston Churchill en 1880

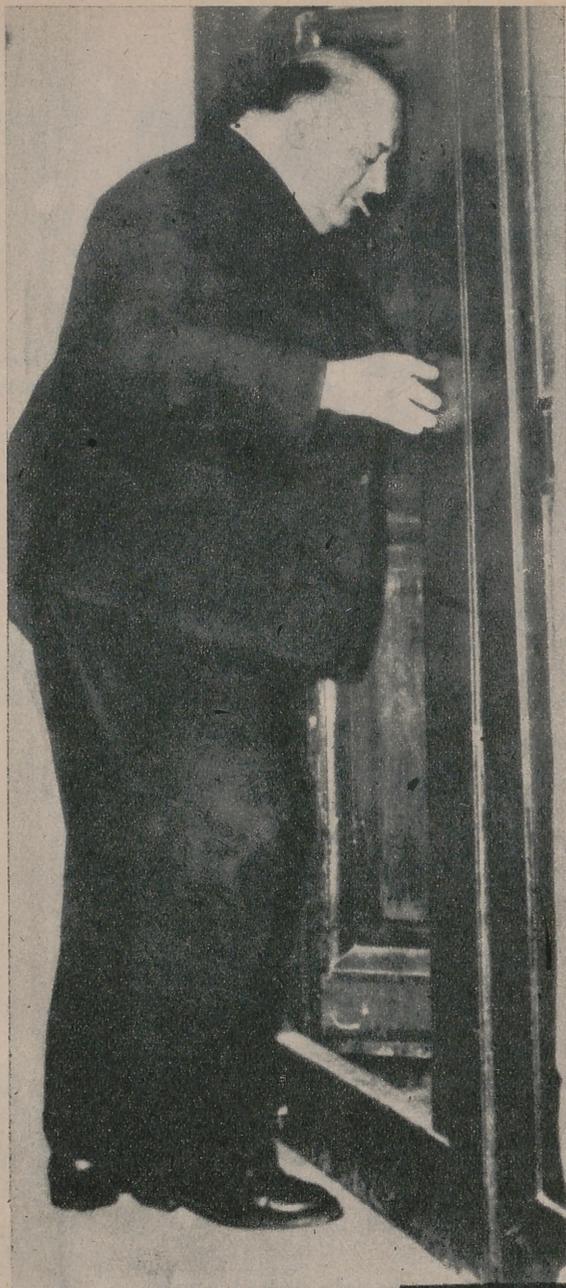


Winston y su hermano John en el año 1884

tir los efectos. Pasó noches sin sueño hasta que Randolph, que nombró padrino suyo a lord Falmouth, fué con un mensaje a decirle al Príncipe que nunca lucharía contra su futuro Soberano.

La disputa entre el Príncipe de Gales y lord Randolph Churchill hirvió a fuego lento durante bastante tiempo. Un primer intento para rectificar la brecha salió mal. Se quiso que tuvieran un primer encuentro, pero los conciliadores no advirtieron a su debido tiempo a su Alteza Real, y éste mostró una fría sorpresa ante el caballero que él había desafiado a duelo. Randolph, considerándose insultado, volvió pálido y furioso a casa diciendo que había sido engañado y metido en una trampa.

En 1883, la Reina Victoria decidió poner fin al asunto y mantuvo una entrevista con Jennie. Consciente del orgullo de Randolph, el Príncipe le envió un mensaje sugiriendo que la reconciliación podía llevarse a cabo con dignidad para ambas partes. Durante siete años la sociedad se había encontrado en el dilema de escoger entre dos antagonistas. Y las circunstancias en aquellos momentos exigían una decisión inevitable, pues la Reina Victoria se daba perfecta cuenta de que no podía tener un ministro de la Corona que no hablase con su futuro Soberano.



SI se suben las escaleras del Palacio de Justicia en Roma es fácil encontrar en seguida en el primer piso el despacho del juez Raffaele Sepe. Mucha gente espera ante la puerta y, si tiene usted paciencia, puede ver salir al juez mismo. Es inconfundible.

El juez Sepe es un gigante de 1,87 de estatura sobre el ancho armazón de cien kilogramos de peso y el aire inescrutable, sereno y paciente de un hombre de su peso. Si en el camino su mirada se cruza con la suya hallará en ella una fría atención cortés. Sin embargo, la boca, de labios delgados y contraídos hacia dentro, refleja perfectamente su enorme obstinación.

El juez ha escuchado ya a más de 1.000 testigos. Ha confrontado las declaraciones y oído con mirada tranquila, sobre la que caen los grandes y pesados párpados, las contradicciones más fabulosas. Sin embargo, lo único que irrita a este hombre es la falta de precisión en las declara-

El juez, Raffaele Sepe, encargado del proceso «Montesi», entrando en la prisión de Roma para tomar declaración a los acusados.

ciones. En esos momentos, cuando la delgada línea de los labios parece trazada por una débil pincelada, su irritación es asombrosa. Las reticencias no le gustan. Las cosas son, según él, de un modo u otro. Eso es lo que ha de declararse.

Raffaele Sepe, antiguo general de brigada, es un hombre concienzudo y metódico. Cada papel le parece precioso y nada se pierde entre sus manos. Las gentes del Palacio de Justicia y muchas de la calle pensaron que con sus maneras la tradicional lentitud de los procedimientos aumentaría. Pero no fué así.

Ha reunido más de 80 volúmenes de declaraciones. Ha interrogado a más de 1.000 testi-

VUELVE A ESCENA EL "CASO MONTESE" MAS DE DOS MIL TESTIGOS HAN DESFILADO ANTE JUEZ PARA DECLARAR EL "JUICIO DEL SIGLO"

PICCIONI, ACUSADO DE HOMICIDIO INVOLUNTARIO

EL TRAFICO DE ESTUPEFACIENTES SE MANTIENE EN LA ACUSACION



En el centro, Saverio Polito, questore de la Policía romana en los días de la muerte de Wilma Montesi acusado por el ministerio público de complicidad

gos, de un total aproximado de 2.000. Y en marzo del año pasado, cuando contestaba a las primeras interrogaciones de la Prensa, lo hacía con una precisión inalterable:

—¿Mi partido? El Código. ¿Mi programa? La ley.

Una enorme curiosidad pública se despertó con relación a su figura. La gente comenzó a llamarle el «campionissimo» de la justicia. Pero nada de ello cambió su vida reglamentada. Los domingos se le podía ver seguir



la ruta que hiciera durante muchos años con su mujer para ir a la iglesia. Va vestido con un traje oscuro y el aire absorto. Algunas veces le acompaña su hija mayor, Alma, de quien se dijo iba a entrar en un convento. Hace unos meses, María-Rosaria le hizo abuelo, y al juez le gusta conversar en casa con su hijo, Arcangelo, de veintiún años, estudiante de ingenieros.

Dentro del despacho, impasible y grave, tiene tras sí un arca fuerte de dos metros por 0,70 de altura, en la que se acumulan día tras día los expedientes del «caso Montesi». Un arca que, como verdadera arca de Noé, guarda en sus entrañas inexpugnables el sumario del «juicio del siglo».

Tal es en líneas generales el hombre que ha dirigido la instrucción hasta nuestros días. Tal es quien hizo tambalear al Gobierno de la Democracia Cristiana y dimitir a uno de sus ministros, el padre del acusado Piero Piccioni.

**AHORA SE CUMPLIRAN
LOS DOS AÑOS**

El día 11 de abril se cumplirán los dos años del descubrimiento, en la playa de Tor Vaianica, del cadáver de una muchacha joven, morena, de grandes ojos, cuya cabeza se hundía en la arena y cuyo nombre, que después se supo, era el de Wilma Montesi.

Frente al sector de la playa donde fué encontrada muerta está la finca «Capocotta», propiedad del marqués Hugo Montagna. Ninguna relación inmediata se estableció entre Wilma y Montagna. La Policía de Ostia se limitó a registrar la cosa y a llenar, en un breve parte, que a las siete y media del 11 de abril de 1953 se había encontrado muerta en la playa una mujer. Nada más.

El médico que la examinó y firmó la defunción se descubrió después que lo había hecho con

nombre falso. Según sus declaraciones, para evitar la publicidad. La muerte era por accidente. Un infortunado «baño de pies» produjo la catástrofe. ¿Algo más? Que no se pudo averiguar nunca qué había hecho Wilma Montesi en las veinte horas anteriores a su muerte. Eran veinte horas de órbita cerrada, implacable, que no arrojaron en ningún momento una luz clara.

detuvo un coche. Descendieron dos hombres y vi cómo llevaban entre ellos una mujer, con la que se dirigieron a la playa. Un poco más tarde regresaron solos al coche, cuyos faros habían permanecido encendidos...

La fabulosa historia—con los faros encendidos y todo—iba acompañada de fotografías, y Thea Ganzolary recibió por la firma de su declaración un millón de liras.

Todo ello, naturalmente, la llevó a la cárcel.

Quedaban, sin embargo, al descubierto las orgías desarrolladas en la finca «Capocotta» y las conexiones que con ella mantenía la buena sociedad romana y los miembros importantes de la Democracia Cristiana, el partido en el Poder.

Aun la misma muerte de Wilma Montesi, la muchacha que no dejaba nunca de estar en su casa a las ocho de la noche, dejó de tener importancia ante el formidable escándalo que se organizó desde el punto de vista político. Comunistas y socialistas intentaron crear, con la muerte de Wilma Montesi, un verdadero proceso del Gobierno. Así, el principal acusador, el abogado comunista Sotgiu, se convertía en el eje del tinglado, separado ya, por muchos motivos, de lo que sucediera en la playa. Lo que importaba eran las posibilidades políticas que se levantaban con el escándalo.

«En la guerra, como en la guerra», que dice el refrán, los cafionazos tan pronto van de un lado a otro como al revés. Mientras Sotgiu solicitaba, poco más o menos, la cabeza de los directores de la Democracia Cristiana, las cañas se volvían lanzas y se descubría a su vez que era Sotgiu, con su esposa, el centro de uno de los más feos asuntos de inmoralidad descubiertos en Roma.

Mientras tanto, el cofre del juez Sepe se fué llenando. Cada

**ANA MARIA CAGLIO,
TESTIGO NUMERO 1
DEL PROCESO, PUBLICARA UN LIBRO
EN TORNO AL
ESCANDALO:**

“UNA HIJA DEL SIGLO”

Wilma Montesi, joven romana, de aparentes buenas costumbres, tenía novio y no se supo nunca que llevara una doble vida.

Todo el mundo conoce que seis meses después, cuando el caso estaba olvidado, Silvano Mutto, director de la revista «Attualita», publicó un artículo sensacional en el que Piero Piccioni y Hugo Montagna eran acusados terminantemente. Se apoyaba el periodista en la declaración de una mujer extraña, Ana María Monetta Caglio, a quien pronto se la comenzó a conocer como el «Cisne Negro».

Unos meses más tarde, «Attualita» daba las declaraciones de Thea Ganzolary, en las que se podían leer sin más estas extraordinarias frases. «Escondida detrás de un matorral pude ver toda la escena. En plena noche se

expediente portaba en letra clara el nombre del declarante. No quedaba más que comenzar. Y esto, al parecer, ha llegado: Piero Piccioni deberá responder de homicidio involuntario. El «marqués» Hugo Montagna (cuyo derecho a llevar el título ha sido más que discutido) y el antiguo comisario de Policía de Roma Saverio Polito deberán atenerse a la acusación de complicidad.

Dieciocho personas más están citadas para comparecer en el mismo proceso. Todas ellas comprendidas en el mismo delito: falsos testimonios a lo largo de la encuesta. Entre ellos figuran dos personas de gran importancia en el proceso: Adriana Bisaccia y Silvano Mutto, el periodista cuyas revelaciones pusieron en marcha la máquina judicial.

LA REQUISITORIA FISCAL: «NO HUBO ACCIDENTE»

El doctor Marcelo Scardia es el autor de las 300 páginas de la requisitoria en la que se concreta y se ajusta la acusación del Ministerio Público.

La defensa se asustó un poco cuando le entregaron el enorme legajo. Un ordenanza lo llevó a casa del abogado de Piccioni. El abogado Morra, a su vez, entregaba al profesor Girolano Bellavista, defensor de Montagna, la primera copia de la requisitoria.

El volumen comienza negando la posibilidad de una muerte por accidente.

«La tesis de la muerte de Wilma Montesi por baño de pies o «pediluvio» fué construída—dice—con el deseo de impedir que las investigaciones policíacas profundizaran más. La hipótesis de muerte por accidente nace el 13 de abril, cuando Rosa Pasarelli acude espontáneamente a casa de los Montesi para declarar que había visto a Wilma el día 9 en el tren Roma-Ostia...»

Hay que tener en cuenta, para seguir el hilo de la requisitoria del Ministerio Público, que es muy importante demostrar que Wilma no sale en tren, es decir, por sí sola a la playa, lo que

acercaría la cosa a una simple excursión con accidente, sino de otra forma: acompañada por cualquiera de los asiduos a la finca «Capocotta».

Por eso mismo el razonamiento de la requisitoria contra la declaración de Rosa Pasarelli se basa en la destrucción de esa posibilidad. Sigámosla:

«La declaración de Pasarelli—dice—es errónea e interesada. En principio, ninguno de los Montesi pensó que Wilma se hubiera dirigido hacia el litoral, y la declaración de la portera, Adalgisa Roscini, es terminante: Wilma Montesi no salió de casa antes de las 17,15 del día 9. Por lo tanto, según el Ministerio Público, es imposible que hubiera tenido tiempo suficiente para alcanzar el tren que salía para Ostia a las 17,30.»

Todavía añade esta flecha envenenada: «Para conciliar el testimonio de la portera con el de Rosa Pasarelli, la declaración de Adalgisa Roscini se falsificaba un tanto: en el expediente constaba que la portera declaró haber visto salir a Wilma Montesi a las 17...»

Ese cuarto de hora hacía posible la llegada a la estación.

LA FECHA DRAMÁTICA: EL 10 DE ABRIL DE 1953

El día 11 de abril, a las 7,30, se descubría en la playa de Tor Vaianica el cadáver de Wilma Montesi. El primer informe médico determinó que la muerte podía haber ocurrido en un período que llegaba a las dieciocho horas anteriores. Pero el informe lo firmaba el médico con nombre falso. Cuando en la investigación policíaca se apretaban en torno a él los tornillos de los interrogatorios hacía una declaración pintoresca: «Firmé con nombre falso para evitar la publicidad.»

La acusación mantiene taxativamente como fecha de la muerte de Wilma Montesi la de la noche del 10 de abril.

¿Cómo llega a esas conclusiones?

«En Tor Vaianica se encontra-

ba la señora Ana Salvi, perteneciente a distinguida familia, que afirmó haber visto el 10 de abril, entre las 17 y las 17,30, a una joven morena, alta, de cabello negro, de fino aspecto, que llevaba una bella chaqueta de punto verde. A la mañana siguiente reconoció el cadáver, como el de la muchacha que había visto la tarde anterior. «Llevaba—dice—la misma chaqueta que había contemplado la tarde anterior...»

Existe también otro testigo que afirma haber visto a la muchacha morena, con la chaqueta de punto, a las cinco y media de la tarde del día 10. Se trata de la señora Jole Balelli Manzi, que vive muy cerca de «Capocotta».

EL PUNTO CENTRAL DE LA REQUISITORIA: ¿CONOCIA PICCIONI A WILMA MONTESI?»

La clave del sumario ha sido siempre la imposibilidad de determinar con absoluta evidencia que Piero Piccioni conocía a Wilma Montesi con anterioridad a la fecha de su muerte. Establecido el conocimiento, las posibilidades de un veredicto de inculparidad disminuyen enormemente. De ahí que la requisitoria se afierte a una previa amistad entre Wilma Montesi y Piero Piccioni.

Sin embargo, como en otros muchos extremos del «affaire» se cruzan aquí los hilos de una contradicción tan extraña como sorprendente.

El Ministerio Fiscal hace descansar la acusación en las declaraciones del mecánico Mario Piccinini.

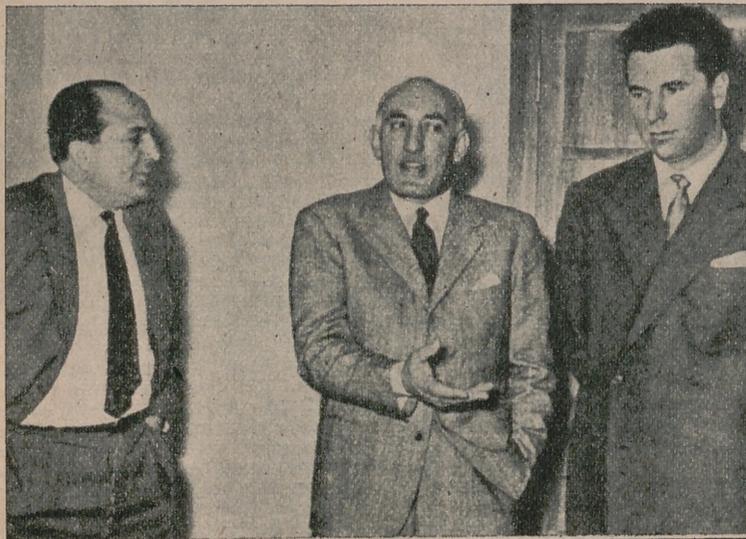
Piccinini es un hombre de pelo entrecano, bigote negro y larga nariz, que mira turbado ante sí en los interrogatorios. Según la requisitoria, «en la primera década del mes de marzo de 1953, una noche recibió aviso del ferroviario Alfonso Di Francesco para ir juntos a sacar de un atrancamiento en la arena a un «Alfa Romeo 1900». Dentro del coche estaba una mujer, a quien el mecánico reconoció el 14 de abril, al publicarse sus fotografías en los periódicos, como Wilma Montesi...»

Pero, en el entretanto, las declaraciones del ferroviario Alfonso Di Francesco se publican hoy como un mentís total a las de Piccinini. Hélas aquí:

LO QUE DICE DI FRANCESCO: «ERAN UNOS RECIEN CASADOS SUIZOS»

La importancia que tiene que se demuestre que Piero Piccioni conocía a Wilma situó las dos declaraciones, la del mecánico y la del ferroviario, en el terreno de las notas sensacionales del proceso. Por ello, naturalmente, el interés enorme que ha despertado la reconstrucción, ante el periodista Renzo Trionfera, de las horas de aquella noche de marzo.

«No recuerdo la fecha—dice el ferroviario Di Francesco—, pero sí que eran las cuatro y media de la mañana en el reloj de la estación. Poco tiempo después de haberme fijado en la hora entré en el despacho de billetes un joven alto, moreno, que me dijo había dejado atrancado su coche



Hugo Montagna, el pretendido «marqués», propietario de la finca «Capocotta», centro de escándalos y ante la que muriera Wilma Montesi. Aquí se le ve rodeado de sus abogados. Actualmente prepara un libro sobre el escándalo

en el arenal. Como no podía dejar a esa hora el servicio tuvimos que esperar un rato. Llamé además al mecánico Piccinini para que nos ayudara. Mientras tanto, el joven me dijo que en el coche estaba su mujer y que eran recién casados, que habían tenido el capricho de visitar la playa. Añadió también que eran de origen suizo...»

Cuando el juez le pregunta por la mujer que permanecía en el interior del coche, el ferroviario, un hombre de anchas espaldas, con la boina entre las manos, responde esta extraordinaria revelación: «La mujer que estaba en el coche, muy bella, no hablaba italiano y se dirigía siempre al hombre en francés. Su cabello tenía el color rubio rojizo y estaba cortado a la altura del cuello.»

Cuando el juez le pregunta a Di Francesco si conoce el francés, responde: «No lo conozco, pero oía constantemente decir «oui», «oui».

Así se producían las dos declaraciones más extrañas del sumario. Dos hombres que habían estado en el mismo sitio daban de la situación la más contradictoria referencia: uno, la mujer era morena, de pelo largo, a quien reconoció más tarde como Wilma Montesi.

El otro decía: «Se trataba de una mujer rubia, de pelo corto, ondulado, que no hablaba italiano.»

Ante el hombre se produce igualmente la duda. Piccinini se inclinó por reconocer un parecido a Piero Piccioni con el hombre del «Alfa Romeo 1900». Alfonso Di Francesco asegura que el desconocido era más bajo que el hijo del ex ministro de Asuntos Exteriores.

LA COARTADA DE PICCIONI: MAL DE GOTA

Wilma Montesi desapareció de su casa el día 9 de abril. Ese mismo día regresaba a Roma, desde Amalfi, Piero Piccioni.

Al comprobar esas últimas horas de vida de la muchacha y someter a estrecha vigilancia al hijo del ex ministro de Asuntos Exteriores, la requisitoria de Scardina dice lo siguiente: «Según sus declaraciones, estaba enfermo de mal de gota y padecía frecuentes estados febriles, por lo que ese día se puso en comunicación con el doctor Filipo después de haberle avisado telefónicamente. Este aconsejó a Piccioni que guardara reposo absoluto y se metiera en cama. Al día siguiente le visitó el doctor Bernardini, quien le encontró en la cama con fiebre alta. Piero Piccioni exhibía dos documentos importantes: la receta de fecha 9 del profesor Filipo, y el análisis del día 10 de abril.» ¿Era suficiente?

No para el Ministerio Público, que llega a las siguientes conclusiones: «Cuando se enseñó al profesor Antonio Salvatorelli el certificado de análisis de orina, afirmó no reconocer su firma. Examinada su agenda de trabajo no se encontró en el mes de abril rastro de tal análisis. El doctor Bemo Carucci, a quien le enseñaron otro documento, llegó a la misma conclusión que el anterior en cuanto al no reconoci-

Ana María Caglio, el «Cisne Negro», cuyas declaraciones contra Piccioni y Montagna la situaron como principal testigo. Ahora, aprovechando el escándalo, publicará un libro de título significativo: «Una hija del siglo».



miento de su firma. Llegados a tan grave punto comenzó una investigación técnico-gráfica que reveló alteración en las fechas...»

Tal es el punto de vista de la acusación.

LA AMISTAD DEL COMISARIO DE POLICIA MONTAGNA CON

Las declaraciones de Saverio Polito, comisario de Policía de Roma, y las de Hugo Montagna, el propietario de la finca «Capocotta», reflejaron desde los primeros momentos una negativa constante a reconocer existía entre ellos cualquier clase de amistad. Pero la responsabilidad del jefe de la Policía romana en el «affaire» aparece notoriamente clara en la requisitoria, que alude a un «claro favorecimiento» para la ocultación de datos y la eliminación de una investigación a fondo.

En cuanto a si existía o no amistad, la requisitoria es terminante. Se añade una noticia interesante: los teléfonos del comisario Polito y Montagna quedaron sujetos a vigilancia especial. El 3 de julio, después de haber depuesto ante el magistrado, Polito, llamaba inmediatamente a Montagna para decirle «que parecía excluido del caso la acusación sobre estupefacientes y drogas». Todavía añade, en frase hecha pública por la requisitoria del Ministerio Público, esta frase dirigida al presunto marqués: «Eres un ciudadano libre y puedes hacer lo que quieras.»

EL TRAFICO DE ESTUPEFACIENTES Y DROGAS

La requisitoria no excluye en modo alguno que Hugo de Montagna y Piero Piccioni no estuvieran comprometidos en el trá-



El mecánico de cincuenta años. Murio Piccini, importante testigo, pero cuya declaración es un enigma

fico de estupefacientes y drogas. Admite la posibilidad de que en ese estado inconsciente Wilma Montesi fuera trasladada a la playa, donde murió por sucesivas inmersiones.

La requisitoria advierte que «no es posible establecer con absoluta certeza» que los hechos sucedieran así. Pero da a continuación una serie de datos que van cerrándose en torno a los dos hombres, Piero Piccioni y Hugo Montagna, con referencia al tráfico de estupefacientes.

Todos ellos, si bien misteriosos, poco claros para el definitivo convencimiento de los jueces.

EL MISTERIO DE «GIANNA LA ROSSA»

A propósito del tráfico de estupefacientes, la requisitoria ofrece un misterio.

Se trata de una mujer que el 16 de mayo de 1953 se presentó al párroco de Bennone, en la provincia de Parma, para entregarle una carpeta que debía ser entregada a una persona que exhibiera determinada mitad de un billete de entrada al Museo Nacional. En abril de 1954 llegaba a la sección de instrucción una carta firmada por una mujer, Gianna la Rossa, en la que se quejaba de determinadas crueldades que la habían infligido Montagna y Piccioni. Pero lo extraordinario era que acompañaba a la carta un billete de entrada al Museo con las instrucciones necesarias para retirar, de la parroquia de Bennone, la carpeta. Cuando se abrió se encontró una carta en la que, simplemente, comunicaba que en el momento de

leer su escrito habría perdido, seguramente, la vida. Volvía a citar nuevamente a Montagna y Piccioni como culpables.

Más tarde, en octubre del 54, una mujer, Carina Versolato, después de ingerir una alta dosis de barbitúricos, pronunciaba, antes de morir, una serie de frases, no todas comprensibles, en las que se aludía claramente al tráfico de estupefacientes.

En su bolso se encontraron dos números telefónicos que no figuraban en el listín oficial. Correspondían a teléfonos secretos de Montagna y Piccioni.

PICCIONI SE DEFIENDE

La defensa de Piccioni, aunque no completa, porque el abogado defensor se reserva algunos aspectos de ella para emplearlos en el momento oportuno, descansa en que, en líneas generales, la acusación es excesivamente generalizadora.

La primera cuestión corresponde a la declaración de la requisitoria de que es imposible que Wilma saliese en el tren de las 17,30 para litoral, porque, según la declaración de la portera, Wilma no salió de casa antes de las 17,15. Eso, dice la defensa, es una cosa absurda. Pudo salir antes o pudieron llevarla en coche a la estación...»

Hay que entender que es muy importante para la acusación que Wilma no saliera en el tren, porque ello significaría que Piccioni u otro de la finca «Capocotta» la llevara a la playa en su coche.

La defensa dice que, según declaraciones de una vecina de

Wilma, ésta le había confesado que tenía un eczema en el pie derecho, para cuya curación la misma vecina la había aconsejado los baños de mar.

Y al aludir a la negativa del Ministerio Público a aceptar una muerte por «pediluvio», la defensa presenta el «L'Avenir Medical» en 1953, en el que se citan varios casos de ese tipo.

—¿Por qué—dice la defensa—se da crédito a la señora Salvi que cree haber visto a Wilma paseando con un hombre en Tor Vaianica y no al de la Passarelli?

Está claro, además, que Wilma Montesi nada tiene que ver con el tráfico de estupefacientes, porque no se ha podido descubrir, en modo alguno, una sola teoría sobre la existencia de una doble vida en la muchacha sin cuyo fondo sería imposible su participación en hechos delictivos. La primera sorpresa que produce a la familia es su desaparición del día 9.

El esquema anterior reproduce bien las ideas, lógicas, de la defensa. Su plan es demostrar que Wilma Montesi nada tiene que ver con los asiduos de Montagna. Se trata de una muchacha, completamente apartada de todo hecho delictivo, que sale en tren para tomar unos baños de pies y tiene un desgraciado accidente.

La defensa de Montagna, preparada por el profesor Girolamo Bellavista, más cauta que la de Piccioni, por contar con escasas simpatías, se inclina por situar las primeras declaraciones partiendo del punto de vista de que se trata de esgrimir contra Hugo Montagna el escándalo. Dice que el vocablo «Capocotta» ha tenido fortuna y que se ha creado, escandalizando, los términos «capocottaro» para definir la vida de las juventudes dedicadas a las orgías o entregadas a los estupefacientes.

Queda así, pues, pendiente de la llamada del juez Sepe, la definitiva resolución, si ello es posible, del «caso Montesi». En torno a él han existido toda clase de especulaciones políticas que han ido alterando y deformando los hechos más simples. Se le ha llamado, en Italia, el «juicio del siglo» quizá atendiendo a que, en cierto modo, a quien importaba juzgar era a la sociedad misma. A sus errores.

Mientras tanto, aprovechando la resonancia del proceso, que según todos los indicios comenzará pronto, el «testigo número uno», Ana María Caglio, el «Cisne Negro», cuyas declaraciones fueron decisivas contra Montagna a pesar de las relaciones amorosas que los unieron, anuncia un libro suyo que aparecerá dentro de unos días en Italia: «Una hija del siglo».

Así en torno a los escándalos, cada uno, partidos o personas, han ido a servir sus propios y personales intereses. La verdad quizá la pueda decir, un hombre, el juez Sepe, que tiene sobre las espaldas más de 2.000 horas de interrogatorios y cuyas manos han forjado el expediente Montesi. Un expediente de más de 20.000 hojas.

Enrique RUIZ GARCIA



El ferroviario Alfonso Di Francesco, cuyo testimonio de haber visto en marzo de 1953 en el Alfa Romeo una mujer rubia, en vez de la morena de las declaraciones de su compañero el mecánico Piccinini, sumergen a la Justicia en la confusión

ENTREVISTA EN 2 ACTOS

MIGUEL MIHURA,

AUTOR TEATRAL
Y HUMORISTA

«¡SUBLIME DECISION!»
ESTA EN LA LINEA
DEL TEATRO
CLASICO ESPAÑOL

UNA REDACCION QUE
SE CONVIERTE EN
ESCUELA DE NUEVOS
VALORES DE LA GRACIA

EN el escenario, sin decoración alguna, vestidos de calle y sin maquillar ensayan una escena un actor y una actriz. Sentado en una butaca de la segunda fila, el empresario alto y corpulento, contempla el ensayo, silencioso y quieto. Entre el patio de butacas y el escenario, subido en una escalerilla de madera que arrancando del pasillo central asciende hasta la espalda de la «concha», el autor, vigila atento el ritmo y el tono, el movimiento y las frases de los actores.

Ahora alza una mano. Detiene la representación:

—No, por favor. No es así.

El actor se para en la mitad de una frase, escucha sumiso la corrección del autor, y luego repite, siguiendo fielmente la entonación que le ha marcado éste:

—A los cinco minutos, tan pronto, ya estás en su mesa...

La actriz replica. El diálogo sigue sin fallo unas cuantas frases más. Y pronto, otra vez, el autor vuelve a pararlo con un gesto cortés y rotundo. Ahora corrige a la actriz:

—Isabel, es al revés. Es así: «Sí, papá, me reiré... ja... ja.»

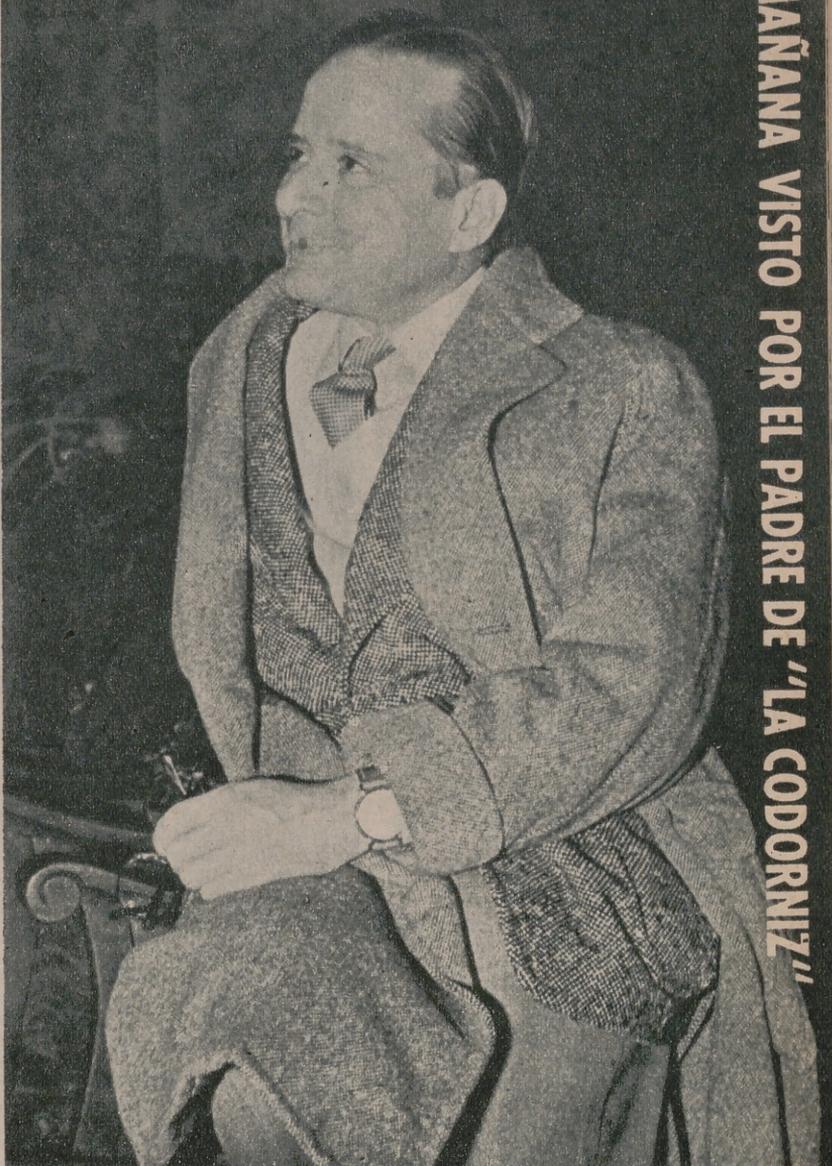
Y modula perfectamente todos los matices que encierra la breve frase. Señala, sin vacilar, en una letra, el paso de la primera afirmación a la última carcajada.

La actriz, con el mismo respeto con que antes lo hizo el actor, repite adoptando el nuevo acento:

—Sí, papá, me reiré... ja... ja.

EL HUMOR DE AYER, DE HOY Y DE

MAÑANA VISTO POR EL PADRE DE "LA CODORNIZ"



El empresario, Arturo Serrano, sigue callado e inmóvil en su butaca. Ni el más leve gesto, ni un involuntario alzamiento de las cejas, ni una sonrisa incontrolada indican que, pese a su extensa experiencia teatral, tenga nada que oponer a las observaciones del autor. Y no se adivina tampoco en la actitud de los actores otra cosa que no sea amistoso sentimiento y sincero respeto, aunque ambos, Isabel Garcés y Mariano Azaña, hayan entrado ya en esa dorada etapa de su carrera en la que no quedan gestos ni acentos por aprender, en la que se dominan todos los ademanes y todas las entonaciones con las que puedan expresarse desde las tablas de un escenario la risa y el llanto, la serenidad y el estremecimiento.

Para lograr una tal autoridad indiscutida en el teatro, para dominar así las voluntades de todos, del empresario inteligente y veterano, de dos actores maestros en el difícil arte de la interpretación, seguramente no le bastarían a Miguel Mihura, al autor, unos cuantos estrenos afortunados ni un Premio Nacional de Teatro. ¿Qué otro título, qué otra

condición reúne además este hombre breve y serio que desde la mitad de la escalerilla, avanzando el cuerpo sobre el apoyo de la pierna derecha adelantada un par de escalones, sin despojarse de un abrigo gris claro y cubierto con un flexible del mismo color, abarca toda la escena con una mirada a la que no escapa detalle y ausculta los diálogos con oído tan minucioso?

Unas horas antes él mismo, al contarme su vida, me ha dado la respuesta: ha nacido y se ha criado a la luz y al calor de las candilejas. Miguel Mihura es a todo lo largo y a todo lo ancho, de los pies a la cabeza, de la cruz a la firma, un hombre del teatro.

EL RECUERDO DEL PADRE.—LA AFICION A LA NOCHE.—«ME GUSTARIA NO SER ESCRITOR PERO VIVIR EN EL TEATRO»

Hay un perceptible contraste entre su traje, de aire deportivo, de claro tono juvenil, y la expresión madura y meditativa de su cara. Su voz tiene un sonido cinematográfico de «voz de fon-

do» muy de acuerdo con su rostro de filósofo—medio idealista, medio irónico—y muy apropiado para la evocación.

—Mi padre, Miguel Mihura Alvarez, era actor. Empezó en el Apolo, en una época en la que el género chico contaba con nombres que más adelante conquistarían la jama en empeños mayores. Lola Membrives, Valeriano León... Comenzó a destacar en una obra titulada «La mala sombra», en la que alcanzó uno de sus primeros éxitos como actor. Y pronto pasó a la Compañía de comedias del Lara. Con Leocadia Alba, con Pepe Isbert, con Emilio Thuillier... No sólo fué actor. Fué también autor. Conocía a fondo todos los secretos del teatro y era hábil como nadie para colocar sus obras. Con algunas, con «El amigo Carvajal», por ejemplo, o con «La niña de los besos», una zarzuela, triunfó plenamente. Y para que no le quedara cosa por hacer en el teatro, fué además empresario.

El hijo recuerda con cariño y con admiración no disimulada al padre: un hombre con gran afición al trabajo y gran apego al hogar, que, terminada la función, se encerraba a escribir en su casa. La madre, que vive todavía, no perteneció nunca al teatro. Los Mihura son dos hermanos: Jerónimo y Miguel. Y los dos, solteros. La madre vive con Jerónimo, con el director de cine, y Miguel acude frecuentemente a comer con ellos.

—Mi padre murió joven. El año 25, cuando tenía solamente cuarenta y seis años, en San Sebastián. Con él, a su lado, empecé a conocer el teatro, a vivirlo desde niño. A tratar, a ser amigo de autores—los Quintero, Arniches, Muñoz Seca—y cómicos. Con él, cuando era gerente del teatro Rey Alfonso, hoy cine Panorama, tuve mi primer empleo en la contaduría del aquel teatro. Y en su compañía y en la de la gran amistad de un actor cómico sensacional, de Pedro Zorrilla, que formaba con mi padre, hice mis primeras gras por provincias. Así me fui iniciando en todos los aspectos del teatro. Así los fui conociendo todos. Entonces aprendí a estar pendiente del cielo los domingos, a desear la lluvia, tan benéfica para las taquillas como para los campos, para que el público no se fuera a pasear... Entonces me acostumbré a las pensiones a los viajes y a los cafés con leche. A ver de cada ciudad solamente el hotel y el teatro. A olvidarme de los monumentos.

También de esta época arranca la afición de Miguel Mihura a la noche. A la vida nocturna. Al traspasar habitual de las gentes de teatro.

La noche, en la que desaparece la masa y se perfilan más nítidos los caracteres de los hombres, es el ambiente más teatral, quiero decir más concorde o más apropiado para los hombres que se dedican al teatro. Y también es seguramente el tiempo más propicio a la observación aguda del contraste de los sentimientos, de la mezcla de la verdad y la mentira, de lo imaginado y lo realmente sucedido, en la que se apoyan los cimientos más firmes



Los actores, «de calle» y sin maquillar, pasan y repasan las escenas de «¡Sublime decisión!»

de esta modalidad de la filosofía práctica que llamamos «humorismo». Anda, pues, como el pez en el agua Miguel Mihura, autor de teatro y humorista, en la noche.

—Pese a mi gran afición al teatro o mejor dicho, precisamente por ella, por el respeto enorme con que lo miré siempre, no pensé al principio ser autor teatral. No quise estudiar. No me interesaba carrera alguna. Me gustaba el dibujo. Aprendí dibujo académico. Y admirador de la obra de Manolo Tovar, y admirador de la vida periodística, entré de su mano en el periodismo. Tenía entonces diecisiete años. Durante doce viví del dibujo. Publiqué caricaturas y dibujos en «La Voz», en «El Sol», en «Gutiérrez» en «Muchas Gracias», en «Ya»... Y a veces algún artículo firmado con el apellido materno: Miguel Santos.

Un amigo de Mihura se acerca a la mesa de Chicote, donde charlamos. Y le pide un «vale» para el estreno de su última obra. «¡Sublime decisión!», en la noche del Sábado de Gloria. Mihura esquivo:

—A mí eso de los vales me parece una barbaridad. Yo no me puedo ocupar de ello. Lo lleva la taquillera. Toma una tarjeta y que te atienda ella.

El amigo se aleja con la tarjeta. Mihura se acaricia una sien con la mano derecha—es éste su gesto más frecuente—y me explica:

—Cada día me vuelvo más cómodo. Me gustaría no ser escritor, pero vivir en el ambiente del teatro.

Y subraya la sinceridad de su declaración con una sonrisa en la que hay algo, aunque parezca imposible tal mezcla, de diversión infantil y picardía de viejo. Algo que resume a un tiempo la repulsa al trabajo y el guiño cómplice a la afición íntima.

«LA AMETRALLADORA» Y «LA CODORNIZ».—«NO QUIERO ENMENDAR LA PLANA A NADIE. QUIERO SOLO EVITAR CONFUSIONES»

De 1936 a nuestros días solamente se han producido dos

grandes triunfos en el periodismo de humor: «La Ametralladora» y «La Codorniz». Y las dos publicaciones puede decirse sin exageración que nacieron de las manos diestras y finas manos de dibujante, de Miguel Mihura.

—El Movimiento Nacional me cogió en zona roja. A los siete meses pude «liberarme», pude pasar a zona nacional. En San Sebastián empecé a dibujar para «Vértice». Hice una primera plana firmada «Lilo» para evitar represalias a mi familia, que seguía aún en la otra zona. Miquelarena y Arrarás, en la Delegación de Prensa, en Burgos, reconocieron por el estilo que el dibujo era mío. Y me hicieron llamar. Recibí un telegrama del Cuartel General del Generalísimo y acudí a Salamanca. Allí me encargaron la dirección de un periodiquito pequeño, tirado con pocos medios, destinado a los combatientes: «La Ametralladora». Conseguí que me autorizaran a tirarlo en San Sebastián, donde, además de tener mi residencia tenía la posibilidad de emplear mejores medios tipográficos: offset, color...

Al principio compartimos la dirección Tomás Borrás y yo. Él atendía al aspecto literario y propagandístico; yo, al artístico y técnico. Así, hecha en un trozo de la mesa donde Aroztegui hacía «Flechas y Pelayos», sin casi medios, nació, renació la nueva y pimpante versión de «La Ametralladora», que fué pronto tan popular en el frente como en la retaguardia. Borrás, que tenía inquietudes literarias más altas, se marchó al poco tiempo. Y entonces busqué alguien que me ayudara. Elegí a un muchachito huérfano que me pareció despierto y hábil: a Alvaro de Laglesia. Y yo le hice, le enseñé, durante aquellos años que fué secretario mío, todo lo que de este oficio del periodismo puede enseñarse. Entonces no escribía aún. Recuerdo que en «La Ametralladora» sólo publicó unos versos.



Mihura y Arturo Serrano, el empresario del Infanta Isabel, siguen con atención el desarrollo de la obra

«La Ametralladora», planeada como publicación subvencionada, «nacida para perder», ganó dos millones de pesetas. Logró un éxito casi internacional. Terminó, naturalmente, con la guerra.

Entre la etapa de «La Ametralladora» y la de «La Codorniz», Mihura se dedicó a los guiones cinematográficos, a hacer diálogos en la C. E. A., en Fonoespaña.

—El doblaje casi podría decir que lo inventé yo.

Y luego, «La Codorniz».

—«La Codorniz» fué un producto de mi experiencia en «La Ametralladora». Yo quería fundar un semanario de humor. Y después de varias gestiones conseguí que Jesús Ercilla, como Delegado Nacional de Prensa, me diera la autorización oportuna. Busqué naturalmente, un apoyo

financiero. Lo encontré y empecé a tirar «La Codorniz», como director y propietario, en los talleres de Rivadeneira. Venciendo la oposición de algunos que habían trabajado conmigo en «La Ametralladora». Llamé otra vez a mi lado a Alvaro de Laiglesia para que se hiciera cargo de la jefatura de redacción del semanario. «La Codorniz» alcanzó un éxito de furor. Llegué a tirar 50.000 ejemplares. Una tirada récord en España en semanarios de este género. El célebre «Gutiérrez» nunca llegó a lanzar más de los 14.000...

Miguel Mihura calla unos momentos. La mano alisa la piel de la frente como si quisiera borrar algo. La mano desciende a la sien como si quisiera recordar. Piensa cómo decir, sin violencia, sin acritud, unas palabras que le suben a los labios. Y al fin encuentra el camino:

—No quiero con nada de lo dicho enmendar la plana a nadie. Quiero, eso sí, aclarar algunas

cosas. Evitar los confusionismos, las ideas equivocadas: «La Codorniz» la creé yo. Yo solo la dirigí. Y le di la fisonomía y el contenido que aseguraron su éxito. A los tres años, en pleno triunfo, tirando 47.000 ejemplares, tenía ganas de cerrar para descansar, de suspenderla durante un par de meses para irme de veraneo. Y estaba a punto de hacerlo cuando recibí una oferta interesante, y la vendí con el compromiso de seguir durante algún tiempo supervisando los números y enviando seis páginas para cada uno.

«NO CREO EN LA SUERTE».—NI FACIL NI DIFÍCIL.—A BARCELONA O A UN HOTEL.—«NO ESCRIBO OBRAS DE COCTEL»

Le ofrezco un pitillo, un «Chesterfield». Lo rechaza. Y cuando estoy pensando si sólo fumará negro, saca una cajetilla de «Kent», toma un pitillo y lo enciende.

—¿Es caprichoso?

—Mucho.

—¿Cree en la suerte?

—No. No creo en la suerte. La suerte, todos los jugadores lo saben, es una racha. Pero una vida no puede sustentarse sobre rachas. Creo en el trabajo, en la continuidad del esfuerzo. La suerte es un fogonazo. Decían del maestro Guerrero que era hombre de suerte, que la atraía con su optimismo. Pero la verdad es otra. La verdad es que hoy se oyen muchas de sus obras y, amigo, hay que reconocer que era... estupendo. El trabajo, no la suerte, es lo fecundo. Y muchas veces, cuando aparece un hombre, en cualquier actividad, y triunfa de pronto, habría que ver cuántos años de trabajo silencioso se ocultan detrás de ese triunfo.

Miguel Mihura valora a los hombres por lo que realmente valen, no por lo que aparentan, no por la autopropaganda que se hagan. Es contrario a toda vanidad, a toda insolencia, a toda esa teoría soberbia de los «números».



Miguel Mihura, en su puesto de observación, durante el ensayo

res uno». Y a él, le resulta fácil o difícil escribir?

—Ni fácil, ni difícil. A veces me cuesta mucho escribir. A veces en una noche hago un tercer acto nuevo. Porque a la vista de los ensayos, e incluso del estreno, arreglo, corrijo, quito y pongo, según las condiciones de los actores y según la reacción del público. Así, rehice, para aumentar el papel a Ozores, que se descubrió como un cómico estupendo, el tercer acto de «Ni pobre ni rico, sino todo lo contrario». Y así también volví a hacer de nuevo el tercer acto de «A media luz los tres», en solo media hora, en la media hora que dura su representación.

Esto no quiere decir que Miguel Mihura afirme ser un gran trabajador. Tiene buen cuidado de dejar bien claro que trabaja por necesidad, no por afición.

—Vivo de mi trabajo. Pero soy irregular. Trabajo cuando no tengo dinero, cuando me falta. Si lo tuviera siempre, creo que no trabajaría nunca. Me pone triste, enfermo, tener que escribir.

Lo que no impide que cuando llega el momento, Mihura, se tome la labor en serio. Muy en serio.

—Me aislo, me voy de Madrid para escribir. Generalmente a Barcelona. Allí escribí «El caso del señor vestido de violeta». Allí he escrito la última, la que voy a estrenar el Sábado de Gloria: «¡Sublime decisión!». Alguna vez me he vuelto a Madrid antes de tiempo, antes de terminar. Entonces me refugio en un hotel.

Pese a todo ello, pese a sus propias palabras, un resumen de sus actividades y sus obras, permite calificar a Miguel Mihura como grande y buen trabajador. Como trabajador continuo, aunque sea a la fuerza, que alterna sus tareas periodísticas y sus comedias con sus actividades en el cine. Como guionista consigue tres premios nacionales: «Mi adorador Juan», «La calle sin sol» y «Una mujer cualquiera», escrita para María Félix. Hizo versiones en castellano, en Ro-

ma, Berlín y Buenos Aires. Pero prefiere el teatro:

—El cine se apoya mucho en los trucos, en los efectos. El teatro es más difícil para el actor y para el autor. El teatro es algo muy grande, muy verdadero y muy serio.

—Cuando colabora con su hermano, con Jerónimo, ¿se entienden bien?

—No solamente bien, sino que es el único director de cine con el que yo puedo trabajar a gusto, porque existe entre él y yo un mutuo respeto.

Miguel Mihura no tiene temperamento excluyente. Es hombre abierto a la polémica, a las ideas que difieren de las suyas. Y cuando le pido que se juzgue a sí mismo como autor teatral, que se defina, afirma escuetamente:

—No escribo obras de cóctel. No soy autor de cóctel mundano, ni hago estrenos «de sociedad».

Y al oírlo, recuerdo que me habló, al principio, de su enorme y sincero respeto por el teatro.

EL TEATRO COMO UNA BATALLA. — PREMIO A LOS TREINTA AÑOS. — CADA UNO EN SU SITIO

Volvamos al Infanta Isabel, donde sigue el ensayo de «¡Sublime decisión!»

Mihura se ha quitado el flexible gris. Y fuma, utilizando una larga boquilla plateada y negra, apoyado en una butaca. Descansa un momento, mientras descansan, también los actores. Pero estoy seguro de que sigue pensando en la obra, en tal escena, en el efecto cómico... De que repasa mentalmente las situaciones difíciles, las entradas, los finales. Un estreno es como una batalla. El triunfo depende de muchos y muy variados detalles. Incluso del buen o mal tiempo, incluso en la proximidad de otro estreno, o la coincidencia con él.

En este breve descanso reanudo y concluyo la entrevista.

—«¡Sublime decisión!» es mi novena obra. La primera fue

«Viva lo imposible», en colaboración con Calvo Sotelo, estrenada en el Cómico, allá por el año 40.

—Y de todas, ¿cuál prefiere?

—«A media luz los tres». Es, en cierto modo, mi propia vida. La vida de un solterón. Ahora, tengo gran cariño a «Tres sombreros de copa», porque escrita hace treinta años, nadie quiso estrenarla, y ahora me ha ganado el Premio Nacional de Teatro.

—Y de «¡Sublime decisión!»...

—Sólo voy a decirle que esta en la línea del teatro de humor español tradicional, clásico. Nada más. No me gusta hablar de las obras antes del estreno.

El breve descanso termina. Continúa el ensayo. Los actores vuelven a la acción y al diálogo. Y el autor, el general de esta batalla, a su puesto de observación, a la media altura de la escalera.

Torna la mano a contener los fallos. Torna la voz a corregirlos.

—Antonio, no salgas tan rápido. Lo que vas a decir es una evocación, un recuerdo... Hazlo de modo más suave, más... Así.

Y Mihura recita el comienzo del monólogo. Y el actor repite. Y el autor satisfecho le anima y le agradece:

—Ahora ha ido muy bien. Sigue.

Se cruzan las frases brillantes, ingeniosas, de cada escena. Aroman, aquí y allá, esas irresistibles incitaciones a la sonrisa que constituyen la entraña del humor más verdadero y más puro.

El humor de Mihura, creador de una nueva expresión, de una nueva forma, del humor ha cubierto el ciclo vital de todos los impulsos revolucionarios fecundos: tiene ahora, sin haber perdido ninguno de sus auténticos valores originales, un sólido regusto clásico. Es el humor de hoy y el de siempre. El eterno humor.

La mano se alza, con el movimiento habitual, a la frente. Tiene una frente muy despejada y muy alta, Mihura. Quizá contagie ella de su seriedad a todo el rostro del humorista, en el que la nariz, carnosa, equilibra el amplio y burlón dibujo de la boca.

Al abandonar el teatro quedan todos formando un grupo perfecto. Cada uno en su sitio. Los actores, en el escenario. El empresario, en una butaca. Y el autor, envuelto en esta noche artificial que forma la sombra del patio de butacas y el resplandor de las candilejas, en medio. De cara al mundo creado por su imaginación, absorbo en él y en las criaturas que lo llenan, a veces más cargadas de humanidad que los hombres de carne y hueso. Y de espaldas al mundo real, donde, a ratos, todos nos sentimos antes de ficción, personajes de comedia.

Entre la realidad ya la fantasía, a medio camino en la escala que sube de los hechos a los sueños, queda el autor: Miguel Mihura, un hombre de teatro.

Diego JALON



Un momento del ensayo de «¡Sublime decisión!», con Isabelita Garcés en primer término

UNA HISTORIA LIMPIA Y EJEMPLAR

EL REAL MADRID SE PROCLAMA CAMPEON DE LIGA

DE LA PLAZA DE TOROS AL NUEVO CHAMARTIN

120.000 espectadores en el Estadio Santiago Bernabéu

El domingo 10 de abril es la jornada final del Campeonato de Liga. La competición ha sido larga; siete meses han transcurrido desde que se inició, en los últimos días del verano pasado. La actividad deportiva de cada equipo queda recogida en el encasillado de la tabla de clasificación; con las cifras de partidos ganados, perdidos y empatados. La suma de puntos abre para unos las puertas del descenso y de la promoción, y para otro, las del título de campeón. El domingo de Resurrección en el estadio Santiago Bernabéu, saltarán al césped los once jugadores del Real Madrid C. F., que han sabido ganar para su Club el Campeonato de Liga de la temporada 1954-55.

Después de 30 partidos jugados por todas las tierras de la geografía española, desde Las Palmas hasta Vigo, el equipo madrileño renueva este año el



Esta escena corresponde al ejercicio futbolístico de la pasada temporada: el conde de Mayalde hace entrega a los campeones de la codiciada copa de Liga

título ganado en la temporada anterior. Así, en el libro de oro del Club se podrá anotar por cuarta vez el galardón del título de campeones de Liga, que se sumará a las nueve veces que ha sido, a lo largo de su historial, campeón de España y a las otras nueve ocasiones que fué finalis-

ta de Copa. El día 10, en el magnífico escenario de Chamartín, con capacidad para 120.000 espectadores, ante 50.000 socios, el Real Madrid dará la vuelta de honor al campo, para recibir el aplauso de los aficionados.

Más de cincuenta años han transcurrido desde que a principios de siglo se constituyó en paladín de un deporte que entonces se escribía con nombre extranjero.

TOREROS CONTRA FUTBOLISTAS

—¡A la plaza!... ¡Oiga!... ¡A la plaza!

En la calle de Alcalá, desde la Puerta del Sol hasta la iglesia de las Calatravas, hay una larga fila de ómnibus tirados por cinco mulas. El viaje hasta la plaza de toros de la carretera de Aragón costaba, por el año 1902, la suma de dos reales. Una buena localidad de sombra no pasaba de dos pesetas.

Son muchos los aficionados que quieren presenciar el apartado de los toros que van a li-



Del último encuentro Real Madrid-Atlético de Madrid, jugado en el Metropolitano

diarse aquella misma tarde del domingo 9 de marzo de 1902. Los ómnibus se van poniendo en marcha, al trote largo de las caballeras, que hacen resonar sus colleras de cascabeles. Otros prefieren alquilar las clásicas «manuelas», en las que llegan a meterse cinco o seis personas, más otras dos que acompañan al cochero en el pescante. Todos están deseando ver el lote que le tocará torear a «Bombita» o a «Machaquito». A aquel bullicio se une el griterío de los vendedores ambulantes:

—¡A la rica agua de la fuente del Berro!... ¡Agua!... ¡Naranjas!...

Un cuarto de hora tarda cada carruaje en llegar a las inmediaciones de la plaza; la cuesta de la Puerta de Alcalá es una prueba difícil para los pobres jamegos. Por las cercanías de los corrales del coso taurino hay numerosos corrillos de «entendidos», que discuten acaloradamente. De pronto se produce un silencio total y las disputan cesan. De la taberna «La Taurina», que existe aún en nuestros días, sale un grupo de muchachos en paños menores. Atraviesan la calle de Alcalá formando un conjunto compacto y poniendo especial cuidado en no quedar rezagado ninguno de ellos, para no afrontar a solas las iras de los madrileños. Dando saltos y largas zancadas se dirigen a los terrenos que hay en la avenida de la Plaza de Toros, en su confluencia casi con Alcalá. Aquel campo se halla rodeado por una zanja profunda, para evitar que fuera cruzado por las pesadas carretas de bueyes o volquetes, que arrojaban sobre él materiales de derribos o inmundicias.

La gente no da crédito a lo que está viendo; en sus propias narices, aquel grupo de jóvenes corre desaforadamente detrás de un pelotón, al que todos, como locos, dan las patadas que pueden. Otros extraños individuos no intervienen más que de vez en cuando, y hay uno, con largas barbas y un pito en la boca, al que obedecen ciegamente los demás. Pero lo que más intranquiliza a aquellos espectadores, con su bombín sobre una oreja y la capa de color ala de mosca sin embozar, es que esos locos están a la vista del público en camiseta y calzoncillos cortos. Y ellos, que los usan de cintas, requieren la presencia de dos «guindillas» de don Alberto Aguilera, Alcalde de la Corte, para que pongan coto a tanta irreverencia.

Se recoge la pelota y se entabla una larga discusión. Parece ser que aquellos locos actúan con todas las de la ley y entre no pocos insultos, Meléndez, Padrós, Spottorno, Gorostizaga, Mendía, Páramo, Neyra, Giral, Palacios, Martens y Rodero, siguen dando puntapiés a la pelota. Con gran entusiasmo vencen por un gol al equipo formado por Giral, Meléndez, Molera, Salvador, Valcárcel, Spottorno, Stampher, Palacios, Varela, Celada y Bueno. El señor de las barbas y el pito es Carlos Padrós.

Se interrumpe el juego porque se hace la hora de comer y todos ellos, muy agrupaditos, se

retiran a la taberna para cambiarse de ropa.

Aquella mañana del día 9 de marzo de 1902, quedó definitivamente clavada en Madrid la bandera del fútbol, por unos entusiastas pertenecientes a una sociedad, constituida el 6 del mismo mes, y que se llamaba Madrid Foot-Ball Club. Usaban como uniforme, pantalón y camisa blancos, medias y gorra azules, y banda morada con el escudo de Madrid bordado en colores.

EL MADRID, EN UNA TIENDA DE MODAS

En Madrid se había jugado al fútbol antes que la nueva Sociedad deportiva Madrid Foot-Ball Club iniciara sus actividades. En 1890 se conocía ya el deporte del balón en la capital de España. Varios jóvenes que habían regresado de estudiar en Inglaterra, introdujeron el fútbol entre nosotros. Aquellos muchachos importaron las modas británicas del sombrero hongo de copa alta y ala corta, de la pipa y de afeitarse el rostro. Con ello trajeron también la fórmula del fútbol, que entonces se guardaba en secreto por los ingleses.

Se jugó en Madrid, pues, con anterioridad a las «experiencias» de Lamiaco, en Bilbao, y de la Bonanova, en Barcelona. El lugar preferido para los primeros partidos era el camino de El Pardo. Aquellos intentos cuajaron en la Sociedad Foot-Ball Sky, año 1896. En 1897 cambió su nombre por el de New Foot-Ball Club, que utilizaba pantalón azul y blusa roja, que más tarde se convertirían en los colores del equipo nacional.

Con estos precedentes, el jueves 6 de marzo de 1902 se celebra la primera Junta general extraordinaria del Madrid Foot-Ball Club y en ella quedan elegidos don Juan Padrós, como presidente, y don Enrique Varela, como vicepresidente. El 18 de abril, el nuevo presidente eleva la siguiente instancia en el Gobierno Civil:

«Juan Padrós y Rubió, del comercio de Madrid, que habita en la calle de los Madrazo, 25, tercero izquierda, a V. E., respetuosamente, expone: Que con objeto de constituir una Sociedad de juegos de sport, que se denominara Madrid Foot-Ball Club, le acompaña las bases por que ha de regirse, para su aprobación.»

Y puesto que se trataba de una Empresa deportiva, se batió una marca de organización, un récord—como se decía entonces—de ganas de vivir: el 6 de marzo se celebró la primera Junta; el 8 se jugó el partido en las inmediaciones de la plaza de toros; el 18 de abril se solicitó permiso para constituir oficialmente el Club, y el 22 tuvo ya vida legal.

La Sociedad Madrid Foot-Ball Club tuvo su primer domicilio en la calle de Alcalá, número 48, esquina a la de Cedaceros. Había allí una tienda de modas que se llamaba Al Capricho. En la trastienda, en la botica, entre maderaplanes sencillos y telas de Cachemira, Padrós dirigió los pasés de la entidad. Con su pierna rígida, su barba en punta, su cara de pocos amigos y su perfil

de pájaro huracán abrió el camino difícil de los años iniciales.

HAY QUE OBEDECER AL CAPITAN

Son las seis de la tarde, y poco a poco van llegando los socios a la tienda. Padrós se halla sentado junto a una mesa. Mendía, Gorostizaga, Spottorno vienen de las tertulias del café Inglés, de Fornos, de Lisboa. Luego aparecen Páramo, Molera... Muchos bigotes a la borgoñona, bastones, botines y corbatas de nudo hecho. Los hongos de color se van dejando por cualquier rincón. Por fin llega Mr. Arthur Johnson, súbdito inglés domiciliado en la villa, a quien le entristecía lo poco en serio que se trataba el fútbol en España. Mr. Johnson se había ofrecido para poner toda su ciencia del balón a disposición de la nueva Sociedad, y se convirtió así en el primer entrenador del Madrid. Tan a pecho se tomó el cargo, que contrajo matrimonio un sábado y dirigió a sus jugadores en el encuentro del domingo siguiente, como si tal cosa. Padrós impone silencio a los reunidos y concede la palabra a Mr. Johnson:

—En el Reglamento que estamos elaborando hay que incluir unas cuantas instrucciones sobre el modo de celebrar los partidos. Es imprescindible que cada jugador obedezca al capitán, que es el único que puede ordenar y distribuir a sus hombres. Con esto se evitarían las charlas y discusiones que, por desgracia, existen ahora.

Padrós se acaricia la barba y afirma:

—Estoy de acuerdo con tal sugerencia...

Todos los demás aprueban también. Mr. Johnson prosigue:

—Los jugadores deberán actuar siempre en el mismo puesto y no cambiarse de unos a otros. El sistema que empleamos actualmente de que cada hombre cambie continuamente de sitio, no es fútbol. Además, se debería emplear más astucia y agilidad en volver la pelota al juego cuando se sale de las líneas que limitan el campo. Si se llevara esto a efecto bastaría con una hora u hora y media de juego, en lugar de las dos o tres que ahora se emplean, y que principalmente se destinan a conversación o a fumar...

Armando Giral le interrumpe:

—Lo de volver al juego la pelota con prontitud es muy bueno siempre que no nos ocurra lo del otro día, que di una patada al balón y se coló por la ventanilla de un ómnibus, que se la llevé hasta la misma Puerta del Sol...

—También es importante saber a donde se tira—replica el inglés—y prestar más atención a la «combination», o devolución de la pelota de unos jugadores a otros, pues en la actualidad brilla por su ausencia.

Todas estas instrucciones aparecieron recogidas en el primer Reglamento del Madrid. El periódico «Heraldo del Sport», del 21 de junio de 1902, dice sobre este tema:

«El padre de los dos socios señores Palacios, dueño de la

acreditada litografía de la calle del Arsenal, ha impreso y regalado a la Sociedad, en elegante tomo, el Reglamento de la misma y las bases de juego, siendo el primer Club que los tiene, y pudiendo, de ahora en adelante, todos los jugadores estudiar bien las reglas, sin tener que depender de peritos expertos que a veces, no los interpretan bien.»

En este Reglamento del año 1902 se hallan en germen todos los principios y tácticas que mucho tiempo después, en 1955, por ejemplo, siguen siendo verdades incontestables en el deporte del balón: juego de conjunto, técnica y disciplina de equipo.

EL CAMPEONATO DE ESPAÑA, INICIATIVA DEL MADRID

El Madrid Foot-Ball Club no se da por satisfecho con la celebración de los partidos dominicales en el campo de la avenida de la Plaza de Toros. A los pocos días de constituirse la Sociedad, su presidente, Padrós, con una Comisión, visitan al Alcalde de la villa. Convencen a don Alberto Aguilera para que les preste su ayuda a fin de que se celebre un «concurso» de fútbol durante las fiestas de mayo de aquel mismo año de 1902. La Junta directiva recibe el encargo de redactar las bases para el Campeonato.

La idea es acogida con tanto entusiasmo, que el 3 de mayo se habían inscrito las siguientes Sociedades españolas: Foot-Ball Club de Barcelona, New Foot-Ball Club, Club Español de Foot-Ball (Barcelona), Vizcaya y Athletic Club de Bilbao. El premio al ganador sería una magnífica copa regalada por el Alcalde, fabricada en los talleres de Marabini. Padrós se había salido con la suya, a pesar de que el bondadoso gigante que era Alberto Aguilera le había dicho que el fútbol era cosa de chicos, y que era preferible que la juventud estudiase, en lugar de correr detrás de una pelota. El conserje de las Casas Consistoriales anunció así al corregidor de la villa la visita de Padrós y de la Comisión:

—Señor Alcalde, están ahí los pelmazos de las patadas...

Ultimados todos los detalles de organización, llega el día 13 de mayo de 1902. Hay bastante público a las once de la mañana cuando se enfrentan, en las pistas del hipódromo madrileño, el Barcelona y el Madrid, en su primer partido oficial. La utilización de tal campo entraña el peligro de que la hierba está abonada con estiércol de las cuadras. Todos los jugadores tuvieron que ponerse inyecciones contra el tétano. Los muchachos salían dispuestos a jugarse la vida.

La tribuna se halla cubierta por una percalina bicolor. Pueden contarse unas dos mil personas. Padrós, Gorostizaga, Meléndez y Mendía hacen los honores y actúan de introductores de embajadores, porque, entre otros diplomáticos, acude el de Su Majestad británica. Cada invitado varón lleva un cartoncito colgado del ojal. Las damas tienen entrada libre. Ha habido



Mestalla, 1936: El Madrid conquista el Campeonato de España. Este equipo estaba integrado por Emilín, Zamora, Ciriaco, Lecue, Sañudo, Luis Regueiro, Bonet, y agachados, Eugenio, Quincoces, Souto y Pedro Regueiro

necesidad de alquilar 200 sillas en el Rastro para acomodar a la concurrencia.

El ambiente es distinguido; las señoras, con talle de avispa y sombreros enormes de bailarina de can-can. El vuelo de las faldas deja al descubierto tres botoncitos de la botina breve y puntiaguda. Predominan los tonos claros, las sombrillas rameadas y los polvos de arroz en los bellos rostros de las aficionadas. Los caballeros se muestran graves y solemnes, haciendo alarde de sus figuras lánguidas, animadas por una camelia descuidadamente prendida en el ojal. Hay húsares encorsetados, artilleros de charolado ros e infantes con teresiana. Y entre el público, golfillos que se han colado para presenciar un espectáculo que muy pronto se hará popular.

Da principio el partido. Componen el equipo catalán los siguientes jugadores: Puelles, Llovet Wity, Terradas, Mayer, Valdés, Parsons, Gamper, Morris, Stenberg y Albéniz. Señores: seis extranjeros entre ellos, de donde se desprende que no es problema nuevo en el fútbol el de la par-

ticipación de súbditos de otros países. El Madrid lo componen: Sevilla, Molera, Giralt, Góngora, Spottorno, Palacios, Johnson Giralt, Neyra y otro hermano Giralt.

El partido fué reñido, el público aplaudió con entusiasmo y el Madrid encajó su primera derrota oficial por tres tantos a uno.

Se continuó jugando el Campeonato hasta el día 15 de mayo, fiesta de San Isidro. En tal fecha, y entre olor a aceite de churrros, a gallineja y albahaca, el Vizcaya iniciaba su extraordinaria carrera futbolística proclamándose campeón de la competición y llevándose para su Club la copa regalada por el Alcalde madrileño, fabricada en los talleres de Marabini. El Madrid ganó la copa de la Gran Peña, en pugna con el Español. Este modesto triunfo le permitió guardar en su vitrina el primer trofeo. Días después recibió desde Bilbao otra copa que le regalaba el primer campeón de España, como testimonio de una amistad que no se ha interrumpido nunca.



Madrid campeón de España 1917: De izquierda a derecha: Machimbarrena, R. Petit, C. Aranguren, E. Teus, Sansinenea, Múgica, De Miguel, Muguíro y R. Alvarez

EL REY REGALA UNA COPA

Fué un hecho cierto que la llama del fútbol prendió. En las tres regiones «fundadoras», vizcaina, catalana y madrileña, se incrementó su desarrollo; en otras surgieron pequeños focos. Se laboraba sorda y constantemente en todas partes, pero en años sucesivos, a Madrid sólo venían contados equipos a disputar el título del Campeonato, circunstancia que se explica si se tiene en cuenta que los Clubs atravesaban una vida lánguida. Los viajes se satisfacían del particular peculio del jugador. Realmente, hasta 1907, puede asegurarse que no se lograba una inscripción copiosa; en tal año jugaron el Campeonato cinco equipos. Al siguiente son solamente dos los que concurren. Faltaban ingresos económicos para costear unos gastos que iban en aumento. La taquilla no existía prácticamente; el precio de un asiento de primera fila para presenciar los encuentros jugados en el Hipódromo era de un real. Las demás, valían diez céntimos...

Pero los madrileños no se desanimaron. En la capital, en el año 1903, existían ya las siguientes sociedades: Amicale, New Foot-Ball Club, Hispania, Iberia, Moncloa, Retiro, Victoria, Español y Moderno. La actividad de esos Clubs es una constante ebullición. Se juega sin orden sin concierto, como si un simultáneo sarampión hubiera hecho presa en todos. Sigue siendo el Madrid, pese al gran esfuerzo del Moncloa, la entidad más potente, y empieza a absorber deportistas de las otras sociedades: el marqués de Valdeterrazo, Normand y Vallarino, procedentes del New, y Parages, del Amicale.

La convocatoria para el «concurso» del año 1903 encuentra escaso eco en provincias. El Barcelona, no se decide a volver a la Corte, y las sociedades de Vigo, Huelva, Salamanca y San Sebastián excusan su asistencia. Pero el torneo encuentra una decidida protección: Don Alfonso XIII, que ya ha presenciado algunos partidos, concede a Padrós una copa «que sólo será entregada en propiedad al Club que venza durante tres años consecutivos o tres alternos». El Madrid disputa la final con el Bilbao y es derrotado por tres tantos a dos. Y como entonces ya se ponía pasión, hubo entre los aficionados sus más y sus menos. Aquel Campeonato trajo «cola» y dió lugar a la constitución del Athletic de Madrid, a costa de una disensión que se promueve por unos cuantos socios bilbaínos del equipo del Madrid que habían animado durante la final a sus paisanos. Y como fueron censurados por muchos, los vascos se lanzaron a la constitución de la nueva sociedad, que nació, según la revista «Arte y Sport», como una «sucursal» bilbaína. Por el Arenal y por Achuri encontraron una fórmula para distinguir a los dos Clubs hermanos: el Athletic B. (el de Bilbao) quería decir el «bueno» y el Athletic M. (el de Madrid), el «malo».

Por aquel tiempo el Madrid recoge a los socios del New, que desaparece, y funde también en sus

filas a los jugadores del Amicale.

Van transcurriendo los años y el Madrid, a pesar de los muchos contratiempos de índole interna, siguió su marcha ascendente. En 1905 gana por primera vez el Campeonato de España. El mismo año, y con ocasión de la visita a nuestra Patria del Presidente de la República francesa, M. Loubet, el Madrid disputa el primer encuentro internacional celebrado en la capital. A las tres y media de la tarde del 23 de octubre, en el Hipódromo, empata a un tanto con el Gallia-Club campeón de Francia. Hay muchos nombres nuevos en el equipo: Bisbal, Berraondo, Arsuaga, Yarza, Gallardo, Normand, Parages, Prast, Alonso, Revuelto y otro hermano Yarza.

DE LA PLAZA DE TOROS AL NUEVO CHAMARTIN

La capital de España va cambiando de fisonomía; los años se van llevando muchas cosas. Se arrinconan los quinqués de petróleo, los caballos de silla para pasear por el Retiro, las temporadas fijas de zarzuela grande. Las señoritas de compañía pertenecen ya al recuerdo, como el rigodón y la polca. Aquellos deportistas que se vestían en la taberna La Taurina han cambiado sus reales. Se han trasladado a la calle de O'Donnell, a la manzana formada por las calles de Narváez, Duque de Sexto y Fernán González. El campo está vallado y dispone de tribuna y una caseta de madera con sala de lavabos, duchas y departamentos para vestuarios.

La inauguración tiene lugar el 31 de octubre de 1912, con un partido jugado contra el Spórting de Irún. Se alinearon, por los madridistas, Clavet, Irureta, Bernabéu, López Aranguren, Menéndez, Saura, Juantorena, Comaña, Albéniz y Aranguren. El alquiler del terreno ascendía a 1.000 pesetas anuales, que eran entregadas religiosamente a su propietario, Laureano García Camisón. La tribuna, capaz para 200 espectadores, fué levantada anticipando el hierro, la clavazón y la mano de obra el padre del socio Ortiz de Zárate.

En el acondicionamiento del terreno de juego participaron, pico y pala en mano caballeros tan circunspectos como Menéndez, Aparici, Chulilla, Goicoechea, Santiago y Marcelo Bernabéu... Cuando la valla fué pintada de blanco, costó muchas horas de trabajo a los socios madridistas.

Durante los años que el Madrid es titular del campo de O'Donnell, el Club conquista una vez el título de campeón de España. Ocorre este acontecimiento el año 1917, revalidando así el galardón ganado en 1905, 1906, 1907 y 1908. La primera final se celebra en Barcelona, el 13 de mayo en competición con el Arenas, de Bilbao. El partido terminó con un empate a cero. Los vascos eran maestros en el fútbol defensivo y sujetaron muy bien a la delantera madridista, formada por De Miguel, Sansinenea, René Petit, Muguero y Sotero Aranguren. La segunda final tiene lugar a las cuarenta y ocho horas, y tuvo que reaparecer De Miguel, lesionado en el anterior encuentro, con un brazo en cabestrillo. De portero se alineó Teus, y en la defensa,

Erice y Múgica. La media estaba formada por Aranguren, Machimbarrena y Alvarez. El tiempo reglamentario concluyó con empate a uno, marcado el gol blanco por René Petit, en jugada personal. Durante la prórroga de cuarenta minutos, Alvarez clavó el balón en la red contraria. El Madrid era nuevamente campeón de España.

El año siguiente el Madrid queda finalista del torneo, al perder frente a la Real Unión de Irún.

Los tiempos del campo de O'Donnell se acercan al final. Así como los avances urbanos de la Villa echaron al Madrid de las inmediaciones de la plaza de toros, en el año 1923 el propietario del terreno se decide a edificar en el solar. Y el Madrid tiene que hacer nuevamente sus males. Tiene que dar su adiós a aquel campo, donde se consagraron jugadores de la categoría de Monjardín, Félix Pérez, Del Campo, Sansinenea, Belaunde...

El Madrid se traslada al antiguo velódromo de la Ciudad Lineal, con la novedad de que el terreno de juego es de hierba. Inaugura su nueva sede el 29 de abril de 1923, con un partido contra el Irún, que terminó con la victoria madridista por dos a cero. El autor de los dos tantos fué José María Ubeda.

Y entramos ahora en la época contemporánea; en 1924 se adquieren los terrenos del viejo Chamartín y se ejecutan obras de carácter permanente para dar cabida a 14.000 espectadores, que en el transcurso del tiempo se aumentan hasta 22.000. Su tribuna cubierta tiene 2.000 asientos y en sus sótanos se instalan los vestuarios y gimnasio. El chalet se acondiciona para local social y como complemento al fútbol se establecen pistas de tenis, frón y piscina, primera en Madrid al servicio exclusivo de una sociedad deportiva. Para estas obras, el Real Madrid gestiona una operación de crédito por la suma de medio millón de pesetas. El precio de los terrenos ascendió a 642.000 pesetas.

Con la llegada del Madrid a Chamartín se produce la transformación total del fútbol español. En 1926 se implanta oficialmente el profesionalismo en este deporte y el Madrid firma sus dos primeros contratos con José María Peña, procedente del Arenas Club, de Gucho, y con Miguel Alvarez «Miguelón», del Racing Club, de Sama de Langreo. En 1928 se reúnen en San Sebastián los representantes de los Clubs más importantes, asistiendo, por el Madrid, Parages y Hernández Coronado. Se adopta un acuerdo de gran trascendencia: «Se organizará una competición de Liga con la Unión de Clubs, formando en la Primera División el Real Madrid F. C., F. C. Barcelona, Athletic Club de Bilbao, Real Sociedad de San Sebastián, Real Unión de Irún...» El Campeonato de Liga está en marcha. En los primeros encuentros, el Madrid va a la cabeza de la clasificación y no pierde ninguno de sus partidos. Ni siquiera empata. Pero, mediado el torneo, el equipo falla; todas sus líneas demuestran escasa solidez. Como se diría

ahora, el once madridista se ha-
bia quemado).

Pero Chamartín va a conocer
muy pronto una etapa de oro del
Club. Los años 1932 y 1933 gana
el Campeonato de Liga. Y lo que
constituye la gran proeza: en la
temporada 1931-1932 el Madrid
queda imbatido. Los hombres del
equipo eran: Zamora, Ciriaco,
Quincoces, Prast, León, Lazcano,
Regueiro, Olivares, Hilario y Ola-
so. En el camino del triunfo, el
Madrid del antiguo Chamartín
queda campeón de España en
1934 y 1936. Y finalista los años
1929, 1930, 1933... Se explica todo,
porque eran los tiempos de los
dos Regueiro, de Emilio, de Sou-
to, de Samitier, de Sañudo. Y
también los de Bonet, de Mardo-
nes, de Lecue...

La guerra cierra esta etapa y
clava su metralla en las instala-
ciones de Chamartín. El año 1939
hay que reconstruir el campo y el
equipo. La mayoría de los joga-
dores de 1936 han pasado a la
situación de jubilados. El 3 de
diciembre de aquel año el Real
Madrid vuelve a saltar al césped
para jugar su primer partido
oficial de la nueva España. Visten
la camiseta blanca: Espinosa;
Mardones, Quincoces; Souto, Ipi-
ña, León; Méndez-Vigo, Villa Al-
day, Lecue y Sánchez.

EL REAL MADRID JUEGA ANTE 120.000 ESPECTA- DORES

Por último, se llega al momen-
to del gran salto: la construcción
del nuevo Chamartín, donde el
importe de las obras se ha conta-
do por millones, lo que obligó a
buscar recursos fuera de los lí-
mites de la «afición», teniendo que
entablar batalla para atraer al
capital privado, como si se trata-
ra de cualquier otra inversión
cotizable en Bolsa. El Real Ma-
drid ha enseñado así el camino a
los demás Clubs españoles para
engrandecer sus instalaciones de-
portivas.

—¡Al fútbol!... ¡Oiga!... ¡Al
fútbol!...

En la plaza de Cibeles se van
alineando las filas de autobuses.
Miles de personas esperan turno
para ser trasladadas al estadio
Santiago Bernabéu. Una larga
caravana de vehículos enfila el
paseo de Recoletos. De las bocas
del Metro sale una verdade-
ra muchedumbre. Por todos lados
se oyen los mismos nombres:

—Di Stefano no tiene más re-
medio que jugar esta tarde...

—Rial es el mejor interior que
pisa los campos españoles...

—Lo de Gento es algo que va
a pasar a la historia...

—Y qué me dices de Nava-
rro...?

Esta estampa es la de cualquier
tarde madrileña que juegan los
«merengues» en casa. Ha cambia-
do mucho todo desde que aquel
día 9 de marzo de 1902 unos mu-
chachos atravesaban, entre rechif-
las del vecindario, la calle de Al-
calá para jugar el primer parti-
do del Madrid. Los ómnibus
arrastrados por cinco caballerías
viven sólo en el recuerdo de al-
gún madrileño que otro. Los ju-
gadores ya no persiguen una pe-
lota vestidos con unos pantalones
que cubren la pierna hasta
la rodilla. En aquellos tiempos ro-
mánticos del fútbol no se había



Equipo de veteranos del Real Madrid. Ya se le notaba «exceso de peso» y algunos años menos de ímpetu. Entre ellos, Iñoneta, López Quesada, Saura, Castell, Espinosa, Bernabéu, La Serna, Rocamora, etc. Grandes figuras del fútbol español

descubierto la WM, ni siquiera el «One back system». La potencialidad de un equipo radicaba en la dureza de sus defensas y en la habilidad personal de sus delanteros. El fútbol tenía mucho de toreo y se jaleaban los tres regates de un interior como los tres pases de pechó de un espada. La jugada más espectacular era aquella en la que el portero, el «goal-keeper» como se le llamaba, rodaba, envuelto con el balón, hasta el fondo de la red, empujado por los jugadores contrarios. Y, sin embargo, Muñoz, Lesmes, Marquitos o Pérez Payá son los sucesores de René Petit, de Peña, de Olaso, de Zamora, de Félix Pérez, de Samitier y de tantos y tantos que, vistiendo la camiseta blanca de los nuevos campeones de Liga, han pasado a la historia grande del fútbol español.

¿Son los de ahora pecres que los de antes? Es el mismo Ipiña quien contesta la pregunta:

—El equipo del campeón de Liga de la temporada 1954-55 es tan bueno como el mejor que haya podido tener el Real Madrid a lo largo de su vida deportiva. El juego ahora es muy distinto al de entonces, pero el Club de Chamartín sigue manteniendo las características que le han dado personalidad en todos los campos. Su estilo a través de los años ha sido y continúa siendo una hábil asimilación de las dos escuelas futbolísticas españolas más definidas: la noroeste y la catalana.

Refiriéndose a las censuras que algunos dirigen al Madrid porque creen que este Club no ayuda a la cantera regional, Ipiña dice:

—Después de haber jugado el Madrid cerca de dos mil partidos y de haber hecho popular entre nosotros el fútbol, parecen infundados tales juicios. Además, cada año se prueban a unos 400 muchachos que aspiran a ingresar en nuestro equipo. No hace falta recomendación de nadie para que sean atendidos los candidatos. Pero el equipo del Real Madrid no puede saltar al campo con más de once jugadores, y es imposible acoger a todos. Los mejores ingresan en el conjunto juvenil y luego cuidamos que pasen al

«amateur». No sería hacerles un favor el retenerlos en la caseta sin esperanzas apenas de alinearlos...

El Real Madrid, además del fútbol, practica y alienta otros muchos deportes, como el baloncesto, la natación, frontón, pelota base, rugby, judo, tenis de mesa, atletismo... El ajedrez es también cultivado por el Club y ha dado de sus filas cuatro campeones de España, entre ellos a Arturito Pomar.

Aquella multitud que tomaba los autobuses en Cibeles se ha acomodado ya en los graderíos del estadio Santiago Bernabéu. El equipo blanco ha saltado al campo. La pelota se pone en juego y 120.000 espectadores gritan y aplauden, olvidando por dos horas todas sus inquietudes. Muchos títulos tiene el nuevo campeón de Liga en su historial, pero uno de los más meritorios es haber transformado el espectáculo de aquella lejana mañana de marzo de 1902, en un descampado de Madrid, en esta otra estampa deportiva que tiene lugar en un estadio que aparece marcado ya en todas las guías turísticas como uno de los conjuntos arquitectónicos más representativos de la capital de España.



1955: Aquí vemos al excelente jugador del Madrid O'sen, en el área de gol, disponiéndose a romper la red, si es preciso

